

# La Noche a Través del Espejo

Fredric Brown

Traducción de Susana Carral

Prólogo de Juan Salvador

Lectulandia

Considerada la obra cumbre de Fredric Brown, *La noche a través del espejo*, recrea la alocada estructura de *Alicia en el país de las maravillas*, y *Alicia a través del espejo*, en un relato policíaco desconcertante, que se va complicando conforme avanza la acción. Todo un alarde de ingenio, imaginación y sentido del humor. El protagonista, Doc Stoeger, es un editor de un semanario local en una pequeña ciudad, harto de no haber publicado una sola exclusiva en veintitrés años. La visita de un extraño personaje que, como él, también ama la literatura de Lewis Carroll, lo atrapa de un cadena de sucesos extraños, casi surrealistas, que pondrán en peligro sus vidas. Un final tan inesperado como sorprendente cierra una novela negra perfecta y extraña, rebotante de ingenio, que trasciende los límites del género negro y se ha ido convirtiendo con el tiempo en uno de los clásicos de la novela norteamericana del siglo XX.

**Lectulandia**

Fredric Brown

# **La noche a través del espejo**

ePub r1.2

Akhenaton 30.10.2014

Título original: *Nigth of the Jabberwock*  
Fredric Brown, 1950  
Traducción: Susana Carral Martínez  
Ilustraciones: John Tenniel

Editor digital: Akhenaton  
Corrección de erratas 1.1: Castroponce  
Corrección de erratas 1.2: Yorik  
Retoque de portada: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# La Noche a Través del Espejo

Fredric Brown

Traducción de Susana Carral

Prólogo de Juan Salvador



# Introducción

## por Juan Salvador López

LA HISTORIA de *La noche a través del espejo* transcurre prácticamente en una noche de jueves del mes de junio en una pequeña ciudad donde nunca pasa nada. El director del periódico local desea que, por una sola vez, haya algo fresco y relevante de lo que informar. La sensación que me produce cada vez que la leo es la de entrar en un mundo paralelo que es este al mismo tiempo, “el lector llega a plantearse no ya que esas historias puedan ser reales, sino que deberían serlo, pues la vida ganaría mucho con ellas”, como dice César Mallorquí en la presentación a uno de los libros de Fredric Brown.

Fredric William Brown (1906-1972) era un hombre menudo y de salud frágil, de joven desempeñó varios trabajos y luego fue durante muchos años corrector de pruebas de imprenta en el *Milwaukee Journal*. Al mismo tiempo redondeaba sus ingresos con la escritura de cuentos para las revistas *pulp* de los años cuarenta. Hasta 1947 no publica su primera novela, *La trampa fabulosa*, protagonizada por Ed y Am Hunter, a los que dedicaría una serie compuesta por otras seis, y con la que gana el Premio Edgar. Durante toda su carrera literaria alternó la escritura de cuentos y novelas policíacos y fantásticos, carrera que finalizó en 1963 debido a una enfermedad.

Es autor de veintidós novelas de misterio, cinco de ciencia ficción, una autobiográfica y cientos de cuentos, algunos de ellos ultracortos, de entre una y tres páginas, en una época en que las revistas pagaban por palabras. Aunque las cifras puedan engañar, Brown es probablemente el único escritor que ha sobresalido tanto en el género negro como en la ciencia ficción. Algunos de sus cuentos y novelas se han adaptado a la televisión y al cine: en el programa de Alfred Hitchcock colaboró varias veces, *Arena* apareció en un episodio de *Star Trek*, en dos ocasiones *The Screaming Mimi* se ha llevado a la pantalla, existe una penosa versión de *¡Marcianos, largo de aquí!*, Guillermo del Toro hizo un cortometraje con un relato suyo y a partir de sus novelas negras se han hecho varias películas en Francia.

Su obra literaria siempre ha contado con fieles lectores. En el ámbito hispano, en los años sesenta en México la colección Caimán publicó la mayoría de sus títulos policíacos y la colección Nebulae los de ciencia ficción. Ahora mismo podemos encontrar la ciencia ficción completa, cuentos y novelas, en la editorial Gigamesh. Uno de los principales impulsores de Fredric Brown ha sido Javier Coma, en la colección Black, en la Cua de Palla y también en Etiqueta Negra de Júcar, probablemente la mejor colección de género negro por su variedad y selección de novelas.

El título original de esta obra es *Night of the Jabberwock* (1950), que tuvo una primera traducción en Buenos Aires en 1953 como *Noche de brujas*, posteriormente

se publicó en catalán en 1986 como *Nit diabólica* y un año después salió la hasta ahora última edición, *La noche a través del espejo*, estas dos últimas gracias al consejo e iniciativa de Javier Coma.

*La noche a través del espejo* de Fredric Brown es una novela redonda, de embriagadora precisión. Por eso es complicado decir qué me gusta más de ella. La trama llena de giros y sorpresas, los tragos de *whisky*, la crítica a la política y al periodismo, los personajes cercanos y creíbles, el bar de Smiley, la atmósfera nocturna y onírica, el despliegue de humor y paradojas, o el juego de espejos y distorsiones con *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, de Lewis Carroll.

Brown fue un lector voraz, jugador de póquer, bebedor habitual, trabajó durante mucho tiempo en un periódico, comenzó a publicar novelas con más de cuarenta años, cuando se atascaba con una trama o buscando inspiración, cogía un autobús Greyhound y viajaba sin rumbo fijo... Muchos de sus personajes recogen varias de estas características, hombres corrientes de mediana edad que se ven envueltos en sucesos extraordinarios e inexplicables que les hacen dudar de la realidad misma, todo ello recorrido por un sentido del humor irónico y sarcástico.

Leí esta novela gracias a la recomendación de Alfonso Álvarez Lorenzo, un amigo librero, insomne lector y coleccionista de ediciones de *Alicia* (en la colección Avatares de Valdemar hay una pequeña muestra de ilustraciones). Alfonso era un aficionado a la literatura popular y fue una de las inspiraciones para la creación de nuestra librería, Estudio en Escarlata.

Esta es una de mis novelas favoritas a pesar de los múltiples fallos y erratas que tenía la edición que leí, fruto de una traducción apresurada y de la aparente ausencia de corrector. Ahora he podido leer y comparar ambas versiones y esta que tienen en sus manos goza de la clara y diáfana traducción de Susana Carral y de los cuidados del editor Jesús Egido, con el que el autor hubiera hecho buenas migas.

Disfruten de la lectura, y las relecturas, y tomemos un trago a la salud de Fredric Brown.

Juan Salvador López

## LA NOCHE A TRAVÉS DEL ESPEJO



### 1

Pentelleaba el sol y los escurrosos tovos  
Jugoneaban aspeando la matambecida  
Amagados manerían los borogovos  
Y las cerdidas rantas pantimecían.

EN MI SUEÑO, me encontraba en medio de Oak Street en plena noche. El alumbrado público no funcionaba: sólo la tenue luz de la luna destellaba en la enorme espada que yo hacía oscilar en círculos por encima de mi cabeza mientras el jabberwock se acercaba sigilosamente. Se arrastraba sobre el vientre por la calzada,

flexionando las alas y tensando los músculos a la espera de cargar contra mí por última vez; sus garras hacían contra las piedras el mismo ruido que las matrices al recorrer los canales de una linotipia. Entonces, y para mi sorpresa, habló:

—Doc. Despierta, Doc —dijo.

Una mano, y no era la de un Jabberwock, me sacudía el hombro.

En vez de noche cerrada, empezaba a caer el crepúsculo y yo ocupaba la silla giratoria de mi desvencijado escritorio, desde donde miraba a Pete por encima del hombro. Pete me sonreía.

—Hemos terminado, Doc —dijo—. Falta que recortes dos líneas a la última entrada y habremos terminado. Temprano, por una vez.

Puso ante mí una galerada que sólo ocupaba el largo de un componedor. Cogí un lápiz azul y taché dos líneas, que resultaron formar una frase completa, por lo que Pete no tendría que recomponer nada.

Se acercó a la linotipia, la apagó y se hizo un silencio profundo, tanto que resultaba posible oír el goteo de un grifo situado en el rincón más alejado de la sala.

Me puse en pie y me estiré. Me sentía bien, aunque un poco atontado por haberme dormido mientras Pete componía la última entrada. Por una vez, aquel jueves el *Carmel City Clarion* estaba listo para entrar en prensa antes de tiempo. Claro que no incluía noticias de verdad, pero eso era lo normal.

Sólo eran las seis y media y aún no era de noche. Habíamos terminado varias horas antes de lo normal. Decidí que debíamos celebrarlo allí mismo.

Resultó que la botella de mi escritorio tenía *whisky* suficiente para una copa en condiciones o dos tragos cortos. Pregunté a Pete si quería uno y me dijo que no, que aún no, que prefería esperar a tomarlo en el bar de Smiley, así que me serví una buena copa, como había esperado poder hacer. Invitar a Pete no resultaba peligroso: pocas veces bebía antes de dar por terminada la jornada y, aunque mi parte del trabajo estaba hecha, a Pete aún le quedaba casi una hora de ocupación mecánica por delante.

La copa calentó una zona por debajo de mi cinturón mientras me acercaba a la ventana junto a la linotipia para mirar la calma del crepúsculo. Las luces de Oak Street se encendieron mientras permanecía allí de pie. Había soñado algo, ¿qué era?

En la acera al otro lado de la calle, Miles Harrison dudaba frente al bar de Smiley, como si se viese tentado por una jarra de cerveza bien fría. Casi podía oír cómo le funcionaba la cabeza: “No. Soy ayudante del sheriff del condado de Carmel, aún me queda trabajo por hacer esta noche y no bebo si estoy de servicio. La jarra puede esperar”.

Sí, seguramente su conciencia había ganado, porque siguió camino.

Ahora me pregunto —aunque, por supuesto, no lo hice entonces— si, de haber sabido que estaría muerto antes de la medianoche, se habría tomado la cerveza. Creo que sí. Desde luego yo me la habría tomado. Pero eso no demuestra nada, porque me la habría tomado de todos modos: nunca he tenido una conciencia como la de Miles Harrison.

A mis espaldas, en el astralón, Pete encajaba la última línea en la rama de la portada. Dijo:

—Perfecto, Doc, encaja. Esto ya está.

—Pongamos las prensas en marcha —le dije.

Aunque no era más que una frase hecha, porque sólo teníamos una prensa y no de las de rodillos, sino una Miehle plana que se movía de arriba abajo. Además, no empezaría a funcionar hasta la mañana siguiente. El *Clarion* es un periódico semanal que sale los viernes: el jueves por la noche lo dejamos descansar y el viernes por la mañana lo imprime Pete. La tirada no es gran cosa.

Pete preguntó:

—¿Piensas acercarte al bar de Smiley?

La pregunta era una tontería. Siempre me acerco al bar de Smiley los jueves por la noche y, normalmente, cuando termina de guardar las matrices bajo llave, Pete se acerca también, al menos un rato.

—Claro —respondí.

—Entonces te llevaré una prueba —dijo Pete.

Algo que también hace siempre, aunque yo casi nunca le dedico más que un vistazo general. Pete es un tipógrafo demasiado bueno como para cometer errores importantes y en cuanto a las erratas leves, Carmel City ni se fija.

Ya no estaba ocupado y el bar de Smiley me esperaba pero, por algún motivo, no tenía prisa en marcharme.

Después de la dura jornada del jueves —que mi breve cabezada no engañe a nadie: había trabajado mucho—, resultaba agradable permanecer allí de pie, observando el crepúsculo caer sobre aquella calle tan tranquila y previendo la intensa maniobra de no hacer nada el resto de la noche, con unas cuantas copas que me ayudasen a ello.

A unos doce pasos del bar de Smiley, Miles Harrison se detuvo, se dio la vuelta y retrocedió. “Bien —pensé—, tendré un compañero en la barra”. Me alejé de la ventana y me puse chaqueta y sombrero. Dije:

—Te veo luego, Pete.

Bajé las escaleras y salí al cálido atardecer de verano.

Me había equivocado con Miles Harrison: ya estaba saliendo del bar de Smiley —demasiado pronto hasta para un trago rápido— mientras abría una cajetilla recién comprada. Me vio, me saludó y se quedó esperando frente a la puerta del bar, encendiendo un pitillo al tiempo que yo cruzaba la calle.

—Tómame algo conmigo, Miles —sugerí.

Negó con la cabeza, fastidiado.

—Ojalá pudiera, Doc, pero tengo que ocuparme de un asunto un poco más tarde. He de ir a Neilsville con Ralph Bonney a buscar el dinero de sus nóminas.

Eso ya lo sabía yo. En una población pequeña todo el mundo se entera de todo.

Ralph Bonney era el dueño de la Compañía Pirotécnica Bonney, situada a las

afueras de Carmel City. Fabricaba fuegos artificiales, sobre todo grandes castillos para ferias y exhibiciones municipales, que se vendían por todo el país. Desde principios de año hasta el 1 de julio solían trabajar en turnos de noche y de día para cubrir la demanda del 4 de julio.

Ralph Bonney tenía algo en contra de Clyde Andrews, presidente del Carmel City Bank, y efectuaba sus operaciones bancarias en Neilsville. Todos los jueves, bien entrada la noche, se acercaba hasta Neilsville, donde abrían el banco y le daban el dinero en efectivo necesario para abonar la nómina de su turno de noche. Miles Harrison, ayudante del sheriff, lo acompañaba para protegerlo.

A mí siempre me había parecido una tontería, porque la nómina del turno de noche sólo ascendía a unos pocos miles de dólares y Bonney podía retirarlos junto con el dinero necesario para abonar la nómina del turno de día y guardarlos durante unas horas en su oficina; pero así era como hacía él las cosas.

—Ya lo sé, Miles —dije—. Aunque para eso faltan varias horas y una copa no te hará daño.

Sonrió.

—No, pero probablemente luego me tomaría otra porque la primera no me hizo daño. Por eso respeto la norma de no tomar ni una sola copa hasta que termina mi turno, de lo contrario estoy perdido. Gracias de todos modos, Doc, la tomaremos otro día.

Tenía razón, pero ojalá no hubiese dicho nada. Ojalá me hubiera permitido invitarle a un trago... o a varios, porque eso de dejarlo para otro día no le servía de nada a un hombre que iba a ser asesinado antes de la medianoche.

Aunque, como entonces no lo sabía, no insistí. En cambio dije:

—De acuerdo, Miles. —Y le pregunté por sus hijos.

—Los dos están bien. Tienes que venir un día a vernos.

—Sí —respondí, y entré en el bar.

Smiley Wheeler, grande y calvo, se encontraba solo. Al verme entrar, sonrió y dijo:

—Hola, Doc. ¿Cómo va el negocio de la prensa?

Luego se rió como si hubiera dicho algo terriblemente gracioso. Smiley no tiene ni el más mínimo sentido del humor pero alberga la idea equivocada de que lo oculta riéndose de casi todo lo que dice u oye decir.

—Smiley, eres como un grano.

A Smiley se le pueden decir verdades como esa: por muy en serio que hables, cree que estás bromeando. Si se hubiese reído, le habría dicho dónde situaba yo el grano; pero por una vez no se rió.

—Me alegro de que hayas venido pronto, Doc. Esta tarde es un aburrimiento.

—En Carmel City todas las tardes son un aburrimiento. Y generalmente me gusta así. Pero, por Dios, si por una vez ocurriese algo un jueves por la noche... Me encantaría. Por una vez en mi prolongada carrera, me gustaría contar con una noticia

fresca que ofrecer a un público deseoso de informarse.

—Pero Doc, nadie busca noticias frescas en un semanario local.

—Ya lo sé —respondí—. Por eso me gustaría dar la sorpresa una vez. Llevo veintitrés años dirigiendo el *Clarion*. Una noticia fresca. ¿Es tanto pedir?

Smiley frunció el ceño.

—Ha habido un par de robos. Y un asesinato... hace unos años.

—Ya —dije—. ¿Y qué? Uno de los obreros de la pirotécnica de Bonney se emborrachó, discutió con otro y le pegó con demasiada fuerza en medio de la pelea. Eso no es asesinato, es homicidio. Además, ocurrió un sábado y el viernes siguiente, cuando salió el *Clarion*, ya era agua pasada, todo el mundo se había enterado.

—Pero compran tu periódico de todos modos, Doc. Buscan sus nombres por haber asistido a reuniones de la Iglesia y para saber quién vende una lavadora de segunda mano y... ¿quieres una copa?

—Ya iba siendo hora de que uno de los dos lo propusiera —dije.

Me sirvió un trago y, para no dejarme beber solo, él se sirvió medio. Nos los bebimos y yo le pregunté:

—¿Crees que Carl vendrá esta noche?

Me refería a Carl Trenholm, el abogado, que es el mejor amigo que tengo en Carmel City y uno de los tres o cuatro que juegan al ajedrez y con los que se puede mantener una conversación interesante sobre temas que no estén relacionados con las cosechas o la política. Carl solía aparecer por el bar de Smiley los jueves, sabiendo que yo paraba allí para tomarme algo después de haber dejado listo el periódico.

—No lo creo —respondió Smiley—. Carl se pasó aquí casi toda la tarde y salió con una buena tajada. Tenía algo que celebrar. Había ido temprano al Juzgado y ganado el caso. Supongo que habrá ido a casa, a dormirla.

—Vaya, podía haber esperado un poco y lo habría ayudado. Oye, Smiley, ¿dices que Carl celebraba que había ganado el caso? A menos que hablemos de cosas distintas, que yo sepa, lo perdió. ¿Te refieres al divorcio de Bonney?

—Sí.

—Pero Carl representaba a Ralph Bonney y la mujer de Bonney consiguió el divorcio.

—¿Eso es lo que vas a sacar en el periódico, Doc?

—Claro —respondí—. Es lo más parecido a una buena historia que tengo esta semana.

Smiley negó con la cabeza.

—Carl me comentó que esperaba que no lo incluyeras, o al menos que sólo fuera una breve nota diciendo que ella había conseguido el divorcio.

—No lo entiendo, Smiley. ¿Por qué? ¿Y cómo es que Carl no perdió el caso?

Smiley se inclinó hacia mí por encima de la barra, confidencialmente, aunque en el bar sólo estábamos él y yo. Me dijo:

—Verás, Doc: Bonney quería el divorcio. Su mujer era una bruja. Pero no tenía

motivos para solicitarlo él, al menos ninguno que deseara comentar ante el tribunal, ¿entiendes? Así que compró su libertad. Le ofreció una compensación si era ella quien pedía el divorcio y se declaró culpable de los cargos que ella presentó contra él. ¿Quién te dio tu versión de la historia?

—El juez —respondí.

—Él sólo vio la parte externa del asunto. Carl dice que Bonney es un buen tipo y que las acusaciones de crueldad no son más que una sarta de mentiras. Jamás le puso la mano encima. Pero la mujer era semejante infierno que Bonney habría admitido cualquier cosa con tal de librarse de ella. Y encima la compensó con cien mil de los grandes. A Carl le preocupaba el caso porque pensaba que nadie iba a tragarse las acusaciones de crueldad.

—Vaya, pues no es esa la impresión que va a dar en el *Clarion* —dije.

—Carl comentó que sabía que no podías contar la verdad, pero que esperaba que no le dieras mucha importancia. Que te limitaras a decir que la señora Bonney había conseguido el divorcio y recibido una compensación económica, sin mencionar las acusaciones de crueldad.

Pensé en mi única noticia verdadera de la semana y en el cuidado con el que había enumerado todas y cada una de las acusaciones que la mujer de Bonney había realizado y gemí al pensar que tendría que reescribir el artículo, o abreviarlo. Ahora que sabía la verdad, tendría que acortarlo.

—Maldito sea Carl. ¿Por qué no vino a verme y me lo contó antes de que escribiera el artículo y dejase listo el periódico? —pregunté.

—Lo pensó, Doc. Pero decidió que no quería aprovechar vuestra amistad para influirte sobre cómo enfocar una noticia.

—¡Será idiota! —exclamé—. Le hubiese bastado con cruzar la calle.

—Carl dijo que Bonney es muy buena gente y que saldría perjudicado si publicabas esas acusaciones, teniendo en cuenta que no son ciertas y que...

—No hace falta que insistas —interrumpí—. Cambiaré el artículo. Si Carl dice que es así, yo le creo. No puedo decir que las acusaciones eran falsas, pero sí puedo omitirlas.

—Sería un detalle por tu parte, Doc.

—Y tanto. Bueno, sírveme otro trago, Smiley, y cruzaré a solucionarlo antes de que Pete se marche.

Me lo tomé mientras me maldecía a mí mismo por ser lo bastante pardillo como para estropear la única noticia digna de mención que tenía, pero sabiendo que debía hacerlo. No conocía demasiado a Bonney, sólo de saludarnos por la calle, pero a Carl Trenholm lo conocía lo suficiente como para estar totalmente seguro de que si él decía que Bonney era legal, el artículo, tal y como yo lo había escrito, no le hacía justicia. Y a Smiley lo conocía de sobra para saber que no me había mentado sobre lo dicho por Carl.

Así que crucé la calle y subí las escaleras hasta la oficina del *Clarion*

refunfuñando. Pete estaba apretando la rama alrededor de la portada.

Aflojé las cuñas cuando le dije lo que teníamos que hacer y yo rodeé la platina para volver a leer el artículo, al revés, claro, como se lee siempre en estos casos.

Dejaría el primer párrafo como estaba y eso sería toda la historia. Le dije a Pete que se cargase el resto y yo me fui a la caja y monté un breve titular en cuerpo 10 (“Concedido el divorcio Bonney”) para sustituir al titular en cuerpo 2,4 que llevaba el artículo más largo. Le entregué el componedor a Pete y lo observé mientras cambiaba los titulares.

—Nos deja un hueco de unos veinte centímetros en la página. ¿Qué metemos? — dijo.

Suspiré.

—Algo de relleno. No en primera, pero tendremos que coger alguna cosa de la página cuatro que podamos pasar a la portada y luego meter veinte centímetros de relleno en el sitio que deje libre.

Recorrí la pletina en busca de la página cuatro y cogí un tipómetro para medir. Pete se acercó al chibalete y sacó una galerada de material de relleno. Casi lo único que podía encajar por tamaño era la noticia que me había proporcionado Clyde Andrews, banquero de Carmel City y figura prominente de la Iglesia Baptista local, sobre el rastrillo benéfico que la iglesia pensaba hacer el martes por la tarde.

No es que fuera una noticia de relevancia extraordinaria, pero ocuparía el espacio adecuado si la recomponíamos en sangrado para que cupiera en una columna. Además, tenía muchos nombres y mucha gente se pondría contenta si la pasaba a la primera página, sobre todo Clyde Andrews.

Así que eso fue lo que hicimos. Pete la recompuso para que entrase en una columna de portada mientras yo cubría el hueco de la página cuatro con noticias de relleno y volvía a cerrar la página. Cuando terminé, a Pete sólo le quedaba completar la portada y decidí esperarlo para ir juntos al bar de Smiley.

Mientras me lavaba las manos pensé en mi gran reportaje de portada y me acordé de *Primera plana*, la obra de teatro escrita por Ben Hecht y Charles MacArthur.

Ahora sí que necesitaba una copa.

Pete empezaba a preparar una prueba y le dije que no se molestase. Tal vez los clientes leyese la primera plana, pero yo no pensaba hacerlo. Y si aparecía un titular del revés o un párrafo moteado, seguramente parecería una mejora.

Pete se aseó y cerró la puerta con llave. Aún era temprano para un jueves: las siete pasadas. Por tanto, debería sentirme muy contento y probablemente así sería si tuviésemos un buen periódico. Me preguntaba si el que acabábamos de terminar sobreviviría hasta la mañana siguiente.

Smiley tenía un par de clientes más a los que estaba atendiendo, pero como yo no me encontraba de humor para esperar a que Smiley acabase, pasé al otro lado de la barra, cogí la botella de Old Henderson y dos vasos y lo llevé todo a una mesa, para Pete y para mí. Smiley y yo nos conocemos muy bien, por eso no le parece mal que

me sirva cuando me convenga y luego haga cuentas con él.

Serví las copas. Bebimos y Pete dijo:

—Bueno, una semana más, Doc.

Me pregunté cuántas veces habría dicho lo mismo en los diez años que llevaba trabajando para mí y luego empecé a pensar en cuántas veces lo habría pensado yo, que vendrían a ser...

—¿Cuánto es cincuenta y dos por veintitrés, Pete?

—¿Cómo? Un montón. ¿Por?

Yo mismo hice el cálculo.

—Cincuenta por veintitrés da mil ciento cincuenta. Si le sumamos veintitrés por dos tenemos mil ciento noventa y seis. Pete, he dejado listo ese periódico un jueves en mil ciento noventa y seis ocasiones y ni una sola vez llevaba una noticia fresca e importante de verdad.

—No estamos en Chicago, Doc. ¿Qué quieres? ¿Que haya un asesinato?

—Me encantaría que hubiera un asesinato —respondí.

Habría tenido gracia que Pete me dijera: “Doc ¿qué te parecerían tres en una misma noche?”.

Pero, por supuesto, no lo hizo. Aunque en cierto modo dijo algo aún más gracioso.

—¿Y si fuera un amigo tuyo? Digamos que tu mejor amigo. Carl Trenholm. ¿Querías que lo mataran para que el *Clarion* saliese con una noticia impactante?

—Claro que no —respondí—. Preferiría que fuera alguien totalmente desconocido, si es que hay alguien en Carmel City a quien no conozca. Llamémosle Yehudi.

—¿Quién es Yehudi? —preguntó Pete.

Lo miré para ver si estaba de broma y me pareció que no, así que se lo expliqué:

—El hombrecillo que no estaba allí. ¿No recuerdas el poema?

En la escalera a un hombre vi,  
Un hombrecillo que no estaba allí.  
Hoy tampoco estaba:  
¡Cómo me gustaría que se marchara!

Pete se rió.

—Doc, cada día estás más loco. ¿También es de *Alicia en el país de las maravillas*, como el resto de las cosas que citas cuando bebes?

—No, esta vez no. Pero ¿quién dice que cito a Lewis Carroll sólo cuando bebo? Puedo citarlo ahora y casi no he empezado. Mira, como le dijo la Reina Roja a Alicia, “hay que *beber* mucho para permanecer en el mismo sitio”. Pero si me escuchas, citaré algo que merece realmente la pena:

Pentelleaba el sol y los escurrosos tovos  
Jugoneaban aspeando la matambecida:

Pete se puso en pie.

—Es el Jabberwocky de *Alicia a través del espejo* —dijo—. Me lo has debido de recitar unas cien veces, Doc. Ya casi me lo sé. Bueno, ahora he de irme. Gracias por la copa.

—Está bien, Pete, pero no olvides una cosa.

—¿El qué?

Y dije:

“¡Hijo, huye del jabberwock que ataca!  
¡Sus mandíbulas muerden, sus garras atrapan!  
Cuidado con el pájaro Yab-yab y escapa  
Del frumioso...”

Smiley me llamaba desde donde estaba el teléfono y recordé que lo había oído sonar medio minuto antes. Smiley gritó:

—Te llaman al aparato, Doc. —Y se rió como si fuera lo más gracioso que había ocurrido en mucho tiempo.

Me levanté y me dirigí al teléfono, mientras daba las buenas noches a Pete.

Cogí el auricular y le dije: “¿Diga?”. Él me contestó: “¿Oiga?”. Luego continuó: “¿Doc?”.

—Sí, soy yo —respondí.

—Soy Clyde Andrews, Doc. —Su voz rezumaba tranquilidad—. Esto es un crimen.

Pete debía estar ya en la puerta; eso fue lo primero que pensé. Dije:

—Espera un segundo, Clyde. —Y tapé el auricular con la mano mientras gritaba —: ¡Oye, Pete! —Estaba en la puerta, pero se giró—. ¡No te vayas! —grité de manera que se oyó en todo el local—. ¡Se ha cometido un crimen y tenemos que rehacer el periódico!

En el bar de Smiley se hizo el silencio. La conversación entre los otros dos clientes se cortó en medio de una palabra y ambos se giraron para mirarme. Pete también me miraba desde la puerta. Smiley, con una botella en la mano, se volvió hacia mí y ni siquiera sonreía. De hecho, mientras me disponía a atender de nuevo el teléfono, se le cayó de la mano e hizo un ruido al golpear el suelo que me obligó a cerrar la boca de golpe, para que el corazón no saliera por ella. El golpe de la botella contra el suelo había sonado como un disparo de revólver.

Esperé hasta que pude hablar sin tartamudear demasiado, levanté la mano del auricular y dije con calma, o casi:

—Está bien, Clyde, cuenta.

## 2

“¿Quién eres, anciano?”, quise saber,  
“¿Y cómo la vida te ganas?”.  
En mi cabeza su respuesta se fue a meter  
Como a través de un colador las aguas.

—YA HABÉIS ENTRADO EN PRENSA, ¿verdad, Doc? —preguntó la voz de Clyde—. Seguro que sí, porque antes intenté localizarte en la oficina, pero luego alguien me dijo que si no estabas allí estarías en el bar de Smiley, aunque eso querría decir que habíais cerrado la...

—No importa. Cuenta —le dije.

—Sé que es un crimen, Doc, pedirte que cambies una noticia cuando tienes el periódico listo para imprimir y ya no estás en la oficina, pero han cancelado el rastrillo benéfico que íbamos a celebrar el martes. ¿Estás a tiempo de cargarte la noticia? De lo contrario, la leerá mucha gente que el martes por la noche se acercará hasta la iglesia y se llevará una decepción.

—Sin duda, Clyde —respondí—. Me ocuparé de todo.

Colgué. Regresé a la mesa y me senté. Me serví un *whisky* y, cuando Pete se acercó, le serví otro a él.

Me preguntó de qué iba la llamada y se lo conté.

Smiley y sus otros dos clientes seguían mirándome pero no dije nada hasta que Smiley comentó en voz alta:

—¿Qué ha pasado, Doc? ¿No habías dicho algo de un crimen?

—Sólo era una broma, Smiley —dije.

Se rió. Vacié mi vaso y Pete el suyo.

—Ya sabía yo que eso de acabar temprano tendría su pega. Ya estamos otra vez con un hueco de veinte centímetros en la portada. ¿Con qué lo llenamos? —dijo Pete.

—No tengo ni idea —respondí—. Pero esta noche vamos a dejarlo. Mañana por la mañana vendré a la misma hora que tú y ya se me ocurrirá algo.

—Eso dices ahora, Doc. Pero si mañana no apareces a las ocho ¿qué hago yo con un hueco en el periódico?

—Tu falta de fe en mí me espanta, Pete. Si te digo que vengo mañana, vendré. Probablemente.

—¿Y si no?

Suspiré.

—Puedes hacer lo que tú quieras.

Sabía que a Pete se le ocurriría algo si yo no aparecía. Sacaría alguna cosa de una página interior y tataría el nuevo hueco con un recurso para suscriptores o cualquier otro material de relleno. Quedaría fatal porque ya habíamos metido un anuncio para

suscriptores y demasiado material de relleno, esos artículos pequeños que nos cuentan el número de tablas que pueden salir de una secuoya y la tasa actual de las manufacturas de lisa en el valle del Éufrates. No está mal en dosis pequeñas, pero cuando se le da mucho espacio...

Pete dijo que debía irse y se fue. Lo miré mientras se alejaba, envidiándolo un poco. Pete Corey es un buen tipógrafo y le pago casi tanto como cobro yo. Trabajamos casi el mismo número de horas, pero yo soy quien debe preocuparse cuando es necesario preocuparse, algo que ocurre la mayor parte del tiempo.

Los otros clientes de Smiley se marcharon nada más salir Pete y, como no me apetecía quedarme solo en la mesa, me llevé la botella a la barra.

—Smiley ¿te interesaría comprar un periódico? —pregunté.

—¿Qué? —se rió—. ¿Me tomas el pelo, Doc? Si no sale de prensa hasta mañana a mediodía.

—Cierto, pero esta semana merecerá la pena esperar. No te lo pierdas, Smiley. Aunque no me refería a eso.

—¿Eh? Ah, te referías a si quiero comprar el periódico. Me parece que no, Doc. No creo que se me diera bien. Para empezar, lo mío no es la escritura. Pero ¿no me dijiste el otro día que Clyde Andrews estaba interesado en comprarlo? ¿Por qué no se lo vendes a él, si quieres venderlo?

—¿Quién demonios ha dicho que quiero venderlo? Sólo he preguntado si tú estarías interesado en comprarlo.

Smiley parecía desconcertado.

—Doc —dijo—, nunca sé cuándo hablas en serio o en broma. ¿De verdad quieres vender?

—Lo he estado pensando —respondí despacio—, y no lo sé, Smiley. En este momento, me siento tentado. Creo que si me cuesta dejarlo es porque antes me gustaría sacar un buen número. Sólo pido un buen número en veintitrés años.

—Si lo vendieras ¿qué harías?

—Creo que pasaría el resto de mi vida sin dirigir un periódico.

Smiley decidió que ésa era otra de mis bromas y volvió a reírse. Se abrió la puerta y dejó paso a Al Grainger. Saludé con la botella, se acercó a mi lugar de la barra y Smiley sacó otro vaso y un vasito de agua. Al siempre necesita un vasito de agua.

Al Grainger es un joven mequetrefe —sólo tiene veintidós o veintitrés años—, pero es uno de los pocos jugadores de ajedrez de la zona y uno de los aún más escasos que entienden mi entusiasmo por Lewis Carroll. Además, va camino de convertirse en el hombre misterioso de Carmel City. Aunque no hace falta ser demasiado misterioso para alzarse con semejante distinción.

—Hola, Doc. ¿Cuándo vamos a jugar otra partida de ajedrez? —preguntó.

—No hay mejor momento que el presente, Al. ¿Aquí y ahora?

Smiley guardaba las piezas a mano para sus clientes raros, como Al Grainger, Carl Trenholm y yo. Cuando se las pedíamos, las sacaba y manipulaba como si le

fueran a explotar. Al negó con la cabeza.

—Ojalá tuviera tiempo, pero tengo trabajo que hacer en casa.

Le serví *whisky*, aunque derramé un poco por fuera al intentar llenarle el vaso. Negó con la cabeza lentamente:

—El Caballo Blanco se desliza por el atizador. No guarda bien el equilibrio —dijo.

—Sólo voy por la segunda casilla. Pero el próximo avance será mayor. No olvides que a la cuarta voy en tren.

—Pues no lo hagas esperar, Doc, que cada nube de humo cuesta mil libras.

Smiley miraba primero a uno y luego al otro.

—¿De qué demonios habláis? —quiso saber.

No servía de nada intentar explicárselo. Lo señalé con el dedo y dije:

—Arrastrándose a tus pies podrás ver una mosca de pan con mantequilla. Tiene por alas finas rebanadas de pan con mantequilla, por cuerpo una corteza y por cabeza un terrón de azúcar. Y se alimenta de té con leche poco cargado.

—Smiley, se supone que debes preguntarle qué ocurre si no lo encuentra —dijo Al.

—Entonces yo responderé que, por supuesto, morirá, tú comentarás que eso debe ocurrir muy a menudo y yo afirmo que siempre.

Smiley volvió a mirarnos mientras negaba lentamente con la cabeza. Dijo:

—Estáis como cabras.

Luego se fue al otro extremo de la barra para fregar y sacar brillo a unos cuantos vasos.

Al Grainger sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué planes tienes para esta noche, Doc? —preguntó—. Tal vez pueda jugar contigo una o dos partidas más tarde. ¿Estarás en casa y despierto?

Asentí.

—Me estaba mentalizando para volver a pie. Cuando llegue, leeré un rato. Y me tomaré uno o dos tragos más. Si vienes antes de la medianoche, estaré lo bastante sobrio como para jugar. Al menos lo bastante sobrio como para ganarle a un joven novato como tú.

Eso último era tan claramente falso que podía decirlo sin miedo: Al llevaba un año o más ganándome dos partidas de cada tres. Se rió y me dedicó esta cita:

“Eres viejo, padre William —el joven dijo—,  
Y tu pelo muy blanco se ha vuelto,  
Sin embargo te gusta hacer el pino  
¿Crees que a tu edad eso es correcto?”.

Y como Carroll tenía la respuesta a esa pregunta, yo también:

“Cuando era joven —respondió el padre al hijo—,  
Temía que me dañase el cerebro,

Pero ahora que sé que no tengo, y es fijo,  
Lo hago siempre que quiero”.

—Tal vez tú sí tengas cerebro, Doc, pero dejemos de alternar versos antes de que llegues al “¡Lárgate si no quieres que te eche escaleras abajo!”, porque he de irme ya —dijo Al.

—¿Y un trago más?

—Creo que no, no hasta que haya terminado el trabajo pendiente. Tú eres capaz de beber y de seguir pensando, yo espero poder hacer lo mismo cuando llegue a tu edad. Intentaré acercarme a tu casa para jugar al ajedrez, pero si no he llegado a las diez o diez y media como mucho, no cuentes conmigo. Y gracias por la copa.

Se fue y, a través de la cristalera del bar, lo vi subir a su reluciente descapotable. Tocó el claxon y al arrancar me saludó con la mano.

Me miré al espejo de detrás de la barra y me pregunté cuántos años me echaría Al Grainger. “Espero poder hacer lo mismo cuando llegue a tu edad”. Sí, claro. Era como si me echara ochenta, tirando por lo bajo. Y aún no he cumplido cincuenta y tres.

Sin embargo, debía admitir que parecía mayor y que mi pelo empezaba a encanecer. Me concentré en el espejo y las canas me asustaron un poco. No, aún no era viejo, pero ya iba camino de serlo. Y aunque me pase la vida rezongando, me gusta vivir. No quiero envejecer y no quiero morir. Sobre todo porque no puedo esperar, como hace la mayoría de mis conciudadanos, pasarme la eternidad dedicado a tocar el arpa y a despiojarme las alitas. Tampoco cuento con una eternidad acarreado carbón a paladas, aunque en mi caso la segunda opción sería la más probable.

Smiley se acercó y señaló la puerta con el dedo.

—No me gusta ese tipo —dijo.

—¿Al? Es buena gente. Puede que esté un poco verde. Tienes prejuicios porque no sabes de dónde saca el dinero. Tal vez tenga una imprenta e imprima él los billetes. Ahora que lo pienso, yo tengo una imprenta: podría hacer la prueba.

—No es eso, Doc. No es asunto mío cómo un tipo se gana la vida... o de dónde saca la pasta si no la gana él. Es su forma de hablar. Tú también dices locuras pero... lo haces de una forma agradable. Cuando él me dice algo que no entiendo, lo dice de una manera que me hace sentir como un idiota redomado. Tal vez lo sea, pero...

De repente me avergoncé de todas las cosas que le había dicho a Smiley, sabiendo que no las iba a entender.

—No es una cuestión de inteligencia, Smiley —dije—. Sólo de conocimientos literarios. Tómate un trago conmigo y me voy.

Le serví una copa y para mí, esta vez, un trago corto. Empezaba a sentir los efectos y no quería beber demasiado: si Al Grainger hacía acto de presencia, mi intención era ser un buen contrincante. Sin motivo alguno, dije:

—Eres un buen tipo, Smiley.

Se rió y contestó:

—Tú también, Doc. Con conocimientos literarios o sin ellos, estás un poco loco, pero eres buena gente.

Entonces, porque los dos sentimos vergüenza por habernos dicho esas cosas, se me ocurrió mirar más allá de Smiley, al calendario de la barra. Tenía la típica foto de todos los calendarios que adornan las barras de los bares —una mujer desnuda, casi demasiado voluptuosa— y había sido impreso por el almacén de los hermanos Beal.

Me di cuenta de que me costaba un poco enfocar bien la mirada en él, aunque no había bebido lo suficiente como para que se me subiese a la cabeza. Por ejemplo: en aquel momento estaba pensando en dos cosas a la vez. Para mi indignación, una parte de mi cerebro insistía en preguntarse si sería capaz de convencer a los hermanos Beal para que contratasen un anuncio de un cuarto de página, en lugar del de un octavo. Intenté deshacerme de aquella idea diciéndome a mí mismo que esa noche no me importaba quién se anunciaba en el *Clarion* —como si no lo hacía nadie—, y esa parte de mi cerebro insistía en preguntarme por qué, si de verdad pensaba así, no me libraba de todo aquello y le vendía el *Clarion* a Clyde Andrews. Pero la otra parte de mi cerebro se sentía cada vez más molesta por la figura del calendario.

—Smiley, deberías retirar ese calendario. Es una mentira. No existen mujeres así —dije.

Se dio la vuelta para mirarlo.

—Supongo que tienes razón, Doc; no existen mujeres así. Pero está permitido soñar ¿o no?

—Smiley, si esa no es la primera cosa profunda que has dicho, al menos es la más profunda. Además, tienes razón. Cuentas con mi permiso para dejar el calendario donde está.

Se rió y recorrió la barra hasta el lugar donde sacaba brillo a los vasos, mientras yo permanecía allí de pie, preguntándome a mí mismo por qué no me iba ya a casa. Aún era temprano, faltaban unos minutos para que dieran las ocho. No me apetecía tomar otra copa... de momento. Pero para cuando llegara a casa, la cosa habría cambiado.

Saqué la cartera y llamé a Smiley. Calculamos la cantidad de tragos que yo había servido de la botella y pagué. Luego compré otra botella, de las de litro, y él me la envolvió.

Salí con ella bajo el brazo y dije:

—Hasta más ver, Smiley.

—Hasta más ver, Doc —respondió casi tan de pasada como si, antes de que terminara aquel galimatías de noche que aún no había empezado, él y yo no hubiésemos... pero afrontemos los hechos por orden.

Primero, el paseo de vuelta a casa.

Como la oficina de Correos me quedaba de camino, entré. Las ventanillas estaban cerradas, lógicamente, pero el vestíbulo exterior siempre queda abierto hasta última

hora para que los que tengan apartado de correos puedan retirar su correspondencia.

Cogí mi correo —nada importante— y luego me detuve, como suelo hacer, junto al tablón de anuncios para leer los avisos y circulares de los delincuentes buscados por la Policía.

Un par de ellas eran nuevas, así que las leí y observé las fotos. Tengo buena memoria para las caras, incluso para las que sólo he visto en fotografía, y siempre he deseado ser capaz de reconocer en Carmel City a un criminal buscado por la Policía y sacar de ello un buen artículo... o incluso una recompensa.

Seguí camino y pasé frente al Banco, lo que me hizo pensar en su presidente, Clyde Andrews, y en su deseo de comprarme el periódico. Por supuesto, no pensaba dirigirlo en persona, pero tenía un hermano en algún lugar de Ohio que contaba con la experiencia necesaria y que lo dirigiría en su lugar, si yo se lo vendía.

Llegué a la conclusión de que lo que menos me gustaba de todo aquello era que Andrews andaba metido en política y, si controlaba el *Clarion*, el *Clarion* apoyaría a su partido. Tal y como yo lo llevaba, daba estopa por igual a las dos facciones cuando se lo merecían, lo cual ocurría a menudo. Puede que esté loco —además de Smiley y Al, otros también lo han dicho— pero creo que así es como debe dirigirse un periódico, sobre todo si es el único de la población.

Aunque debería decir que no es la mejor forma de ganar dinero. Me había proporcionado muchos amigos y suscriptores, pero ningún periódico gana dinero con las suscripciones, sino con los anunciantes, y la mayor parte de los ciudadanos con capacidad para anunciarse estaban metidos en política, por lo que daba igual a qué partido arrease: siempre me exponía a perder algún anuncio.

Me temo que la política tampoco ayudaba a mejorar mi cobertura informativa. La mejor fuente de noticias es la Oficina del Sheriff y, de momento, el sheriff Rance Kates era uno de mis peores enemigos. Kates es un tipo honrado, pero también idiota, maleducado y lleno de prejuicios raciales. Los prejuicios raciales, aunque no son un tema candente en Carmel City, constituyen una de mis fijaciones preferidas. No me había cortado a la hora de criticar a Kates desde mis editoriales, ni antes ni después de que lo eligieran. Llegó al cargo sólo porque su oponente, quien tampoco era un peso pesado intelectualmente hablando, se había metido en una bronca de bar una semana antes de las elecciones, en Neilsville, donde lo arrestaron y acusaron de agresión con resultado de lesiones. El *Clarion* también se había hecho eco de la noticia, de manera que, probablemente, el *Clarion* había sido responsable de que Rance Kates hubiese sido elegido para el cargo de sheriff. Pero Rance sólo recordaba las cosas que yo había dicho sobre él y casi no me hablaba en la calle. Algo que, por cierto, no me preocupaba lo más mínimo, pero me obligaba a conseguir las noticias de la Policía de una forma mucho más complicada.

Pasé por delante del supermercado, del almacén de los hermanos Real y de la tienda de música de Deak —donde en una ocasión me compré un violín pero olvidé pedir el libro de instrucciones—, doblé la esquina y crucé la calle.

El paseo de vuelta a casa.

Tal vez zigzagueé un poco, porque en esa etapa nunca me encuentro tan sobrio como suelo estar más tarde. Pero mi mente se hallaba en ese agradable estado que consiste en verlo todo claro como el agua en el centro y borroso en los bordes; ese estado que todo bebedor moderado conoce pero no es capaz de explicar o definir; ese estado que hace que incluso una población como Carmel City parezca encantadora y cosas como su sórdida política resulten divertidas.

Dejé atrás el *drugstore* de la esquina —la tienda de Pop Hinkle—, donde tomaba batidos de niño, antes de marcharme a estudiar fuera y cometer el grave error de cursar Periodismo. Pasé frente al almacén de piensos de Gorham, donde trabajé en verano mientras fui al instituto. Dejé atrás el teatro Bijou. Pasé por delante de la funeraria de Hank Greeber, donde mis padres habían yacido quince y veinte años atrás.

Doblé la esquina del Juzgado, donde aún brillaba una luz en el despacho del sheriff Kates. Me sentía tan contento que, por mil dólares más o menos, me habría parado a charlar con él. Pero no había nadie cerca para ofrecerme los mil dólares.

Salí de la zona comercial y dejé atrás la casa en la que había vivido Elsie Milton, en la que también había muerto estando ya comprometidos, veinticinco años antes.

Pasé frente a la casa donde vivía Elmer Conklin cuando le compré el *Clarion*. Dejé atrás la iglesia donde asistí a catequesis de niño y gané un premio por memorizar versículos de la Biblia.

Dejé atrás mi pasado y continué caminando, zigzagueando ligeramente, hacia la casa en la que había sido concebido y donde nació.

No, no llevo cincuenta y tres años viviendo en ella. Mis padres la vendieron para mudarse a otra más grande cuando yo tenía nueve años y nació mi hermana, que ahora está casada y vive en Florida. Volví a comprarla hace doce años, porque la pusieron en venta a buen precio. Es una casa de tres habitaciones en una sola planta que no resulta demasiado grande para un hombre solo, si le gusta vivir solo... y a mí me gusta.

También me gusta la gente, claro. Me gusta que venga alguien para charlar o jugar al ajedrez o tomar una copa, o las tres cosas al mismo tiempo. Me gusta pasar una o dos horas en el bar de Smiley, o en cualquier otro bar, varias veces por semana. Me gusta jugar al póquer de vez en cuando.

Pero me conformo, todas las noches, con mis libros. Recubren por completo dos paredes enteras de mi salón y desbordan las librerías del dormitorio; incluso tengo una estantería en el baño. ¿Cómo que incluso? Creo que un baño sin una estantería está tan incompleto como lo estaría sin retrete.

Además, son buenos libros. No, no me sentiría solo, ni aunque Al Grainger faltara a nuestra partida de ajedrez. ¿Cómo iba a sentirme solo si llevaba una botella en el bolsillo y me esperaba tan buena compañía? Leer un libro es casi como escuchar al hombre que lo escribió dirigiéndose a ti. En cierto modo es mejor, porque no te

obliga a ser amable con él. Puedes cerrarlo y hacerlo callar en el momento en que te apetezca y dedicar tu tiempo a otro. Puedes descalzarte y apoyar los pies en la mesa. Puedes beber y leer hasta olvidarte de todo, excepto de aquello que lees y de que llevas encima la cruz de un periódico que te pesa día y noche, hasta que llegas al refugio de tu hogar, donde olvidas.

El paseo de vuelta a casa.

Por fin me encontré en la esquina de Campbell Street y en mi bocacalle.

Estábamos en junio, pero había refrescado y la brisa nocturna me hizo recobrar la sobriedad casi por completo a lo largo de las nueve manzanas que había recorrido desde el bar de Smiley.

Entré en mi calle y vi una luz encendida en el salón de mi casa. Me apresuré, ligeramente desconcertado. Estaba seguro de no haberla dejado encendida por la mañana, al irme a la oficina. Y de haber sido así, la señora Carr, la asistenta que viene un par de horas todas las tardes para limpiar y ordenar, la habría apagado.

Pensé que tal vez Al Grainger había terminado pronto lo que tenía que hacer, llegado temprano y... pero no, Al no habría venido sin su coche, y no había ningún coche aparcado delante.

Podía haber sido un misterio, pero no lo era.

Al entrar vi a la señora Carr poniéndose el sombrero frente al espejo del armario. Me dijo:

—Ya me iba, señor Stoeger. No pude venir a la hora de siempre y vine más tarde. Acabo de terminar.

—No se preocupe —contesté—. Por cierto, ahí fuera hay ventisca.

—¿Cómo dice?

—Ventisca, tormenta de nieve. —Le mostré la botella envuelta en papel—. Así que será mejor que se tome una copita conmigo antes de volver a casa, ¿no le parece? Se rió.

—Gracias, señor Stoeger. Acepto. Hoy ha sido un día muy duro y me parece buena idea. Voy a buscar los vasos.

Guardé el sombrero en el armario y la seguí hasta la cocina.

—¿Un día duro? —pregunté—. Espero que no haya pasado nada malo.

—No ha sido muy grave. Mi marido, ya sabe que trabaja en la Compañía Pirotécnica Bonney, sufrió un pequeño accidente esta tarde, se quemó y lo trajeron a casa. Dice el médico que no es grave, que es una quemadura de segundo grado, pero le dolía mucho y decidí quedarme con él hasta después de cenar. Cuando se durmió por fin me vine corriendo, pero me temo que me he dado demasiada prisa en arreglar su casa y no ha quedado muy bien.

—Yo la veo impecable —dije. Había abierto la botella mientras ella cogía los vasos—. Espero que su marido se encuentre bien, señora Carr, pero si quiere dejar de venir un tiempo para...

—Oh, no. Puedo seguir viniendo. Sólo estará en casa unos días. Hoy se me

complicó porque lo trajeron a las dos, justo cuando me preparaba para venir. Para mí es suficiente, gracias.

Brindamos y yo vacié mi vaso, mientras ella bebía la mitad del suyo. Dijo:

—Ah, llamaron por teléfono hará cosa de una hora. Al poco de llegar yo.

—¿Sabe quién era?

—No quiso decírmelo. Sólo dijo que no era importante.

Negué con la cabeza, apenado.

—Esa, señora Carr, es una de las mayores falacias de la mente humana. Me refiero a la idea de que las cosas puedan dividirse arbitrariamente en importantes y no importantes. ¿Cómo podemos decidir si un hecho concreto es importante o no, si no conocemos todos los detalles al respecto? Y nadie lo sabe todo acerca de nada.

Sonrió, pero distraída, y decidí bajar el nivel.

—¿Qué le parece a usted que es importante, señora Carr?

Ladeó la cabeza y lo pensó muy seriamente.

—El trabajo es importante ¿no cree?

—No —respondí—. Me temo que no ha dado en el clavo. El trabajo no es más que un medio para alcanzar un fin. Trabajamos para permitirnos hacer cosas que nos importan, que son las cosas que queremos hacer. Hacer lo que queremos hacer... eso es lo importante, por encima del resto.

—Me parece una forma curiosa de decirlo, pero puede que tenga razón. En cualquier caso, el hombre que llamó dijo que volvería a llamar o se pasaría por aquí. Le dije que seguramente no estaría en casa hasta las ocho o las nueve de la noche.

Se terminó la copa y no quiso repetir. La acompañé a la puerta y le dije que la llevaría a casa encantado, pero que mi coche tenía dos ruedas pinchadas. Las había descubierto aquella misma mañana cuando quise arrancarlo para ir a trabajar. Si hubiese sido una, la habría llevado a arreglar, pero al ser dos, me rajé y decidí dejar el coche en el garaje hasta el sábado por la tarde, momento en el que tendría tiempo de sobra. Además, sé que me viene bien caminar para ir y volver del trabajo, aunque mientras el coche funcione no lo haré. Pero en aquel momento deseé haberlo arreglado, por el bien de la señora Carr.

—Sólo son unas pocas manzanas, señor Stoeger. No se lo permitiría ni aunque el coche funcionase. Buenas noches —dijo.

—Un momento, señora Carr. ¿En qué departamento de la pirotécnica trabaja su marido?

—En el departamento de candelas romanas.

Su respuesta me hizo olvidar, de momento, mis intenciones.

—¡El departamento de candelas romanas! —exclamé—. ¡Qué frase tan buena! Me encanta. Como venda el periódico, seguro que al día siguiente me voy a ver a Bonney. Me encantaría trabajar en el departamento de candelas romanas. Su marido es un hombre con suerte.

—Ya sé que es una broma, señor Stoeger. Pero ¿de verdad piensa vender el

periódico?

—Me lo estoy pensando. —Y eso me hizo recordar—. No he redactado ningún artículo sobre el accidente en la pirotécnica de Bonney. Ni siquiera me había enterado. Necesito con urgencia una noticia para la primera plana. ¿Conoce los detalles de lo ocurrido? ¿Hubo más heridos?

Había recorrido la mitad del porche delantero, pero se giró y se acercó de nuevo a la puerta.

—Por favor, no lo saque en el periódico. No fue nada importante. Sólo resultó herido mi esposo y, según él, por culpa suya. Al señor Bonney no le gustaría verlo en la prensa. Ya tiene bastantes problemas para conseguir toda la mano de obra que necesita para la temporada fuerte antes del 4 de julio, porque hay muchos que temen trabajar con pólvora y explosivos. Si el accidente sale en el periódico, podrían despedir a George, y necesita el empleo.

Suspiré. Había sido buena idea mientras duró. Le aseguré que no publicaría nada al respecto. Además, si George Carr era el único herido y no conocía los detalles, el artículo no ocuparía más de tres centímetros.

Aunque me habría encantado ver en letra impresa esa hermosa frase: “El departamento de candelas romanas”.

Entré y cerré la puerta. Me puse cómodo librándome de la chaqueta y aflojando el nudo de la corbata, luego cogí la botella de *whisky* y mi vaso y los dejé sobre la mesa de centro, frente al sofá.

No me quité la corbata, ni los zapatos. Resulta mucho más agradable ir haciendo esas cosas poco a poco, sintiéndose cada vez más cómodo.

Elegí varios libros y los deje al alcance de mi mano, me serví una copa, me senté y abrí uno de ellos.

Llamaron al timbre.

Pensé que Al Grainger llegaba temprano. Me acerqué a la puerta y la abrí. Un hombre alargaba la mano para llamar de nuevo. Pero no era Al. Se trataba de alguien a quien nunca había visto.

### 3

¡Cuán alegre enseña los dientes,  
Con qué esmero las garras despliega  
Dejando entrar a los pobres peces  
En sus fauces de sonrisa embustera!

ERA BAJO, más o menos de mi altura, pero parecía más bajo debido a la enorme barriga. De su cara, la nariz era lo primero que llamaba la atención: alargada, fina, puntiaguda, discrepaba grotescamente con su cuerpo rollizo. La luz del interior reflejaba puntitos centelleantes en sus ojos, lo que les proporcionaba un brillo gatuno. Sin embargo, en él no había nada siniestro. Un hombre bajo y regordete jamás consigue parecer siniestro, por mucho que le dé la luz en los ojos.

—¿Es usted el doctor Stoeger? —preguntó.

—Soy Doc Stoeger —lo corregí—. Pero no soy doctor en medicina. Si busca un médico, hay uno que vive cuatro casas más allá en dirección oeste.

Sonrió y me gustó su sonrisa.

—Ya sé que no es médico, doctor, pero tiene un doctorado por la Universidad de Burgoyne, de 1922, si no me equivoco. Y es autor de *Lewis Carroll a través del espejo* y de *La reina roja y la reina blanca*.

Me sobresalté. No tanto porque supiera a qué universidad había ido y el año de mi *magna cum laude*, pero el resto me parecía asombroso. *Lewis Carroll a través del espejo* era una monografía de una docena de páginas, impresa dieciocho años antes, de la que sólo se habían tirado cien copias. Me sorprendía muchísimo que aún quedara alguna fuera de mi biblioteca. Y *La reina roja y la reina blanca* era un artículo publicado doce años atrás, como poco, en una revista que en su momento ya era difícil de encontrar y que había salido de forma discontinua hasta su desaparición.

—Sí —respondí—. Pero ¿cómo conoce esas obras? No lo imagino, señor...

—Smith —dijo con solemnidad y luego se rió entre dientes—. Y me llamo Yehudi.

—¡No! —exclamé.

—Sí. Verá, doctor Stoeger, me pusieron el nombre hace cuarenta años, cuando Yehudi, aunque era poco corriente, aún no había adquirido las connotaciones cómicas que tiene hoy. Mis padres no imaginaron que el nombre se convertiría en un chiste ni que resultaría especialmente ridículo al combinarlo con Smith. Si hubiesen sospechado lo mucho que me cuesta ahora convencer a la gente de que no les tomo el pelo al decirles cómo me llamo... —Se rió tristemente—. Siempre llevo tarjetas.

Me entregó una. Decía:

Yehudi Smith

No había dirección ni otro tipo de dato. Me daba igual, yo quería quedarme con aquella tarjeta, así que me la metí en el bolsillo en lugar de devolvérsela.

—Hay más gente que se llama Yehudi —dijo—. Está Yehudi Menuhin, el violinista. Y...

—Pare, por favor —interrumpí—. Lo está convirtiendo en algo plausible y a mí me gustaba más de la otra forma.

Sonrió.

—Entonces no le he juzgado mal, doctor. ¿Ha oído hablar de las Espadas Vorpalinas?

—¿En plural? No. Por supuesto, en el *Jabberwocky* se dice:

“¡Un, dos! ¡Un, dos! Como una tijera  
La espada vorpalina corta y raja...”.

Pero ¡por Dios! ¿Por qué hablamos de espadas vorpalinas en la puerta? Pase. Tengo una botella y espero y supongo que sería una ridiculez preguntarle a un hombre que habla de espadas vorpalinas si bebe o no.

Me hice a un lado y entré.

—Siéntese donde le apetezca. Voy a por otro vaso. ¿Prefiere una copa para combinarlo o un chupito?

Negó con la cabeza y yo me fui a la cocina a buscar un vaso normal. Volví, lo llené y se lo pasé. Ya se había puesto cómodo en el atiborrado sillón.

Recuperé mi sitio en el sofá, levanté mi vaso hacia él y dije:

—No tengo duda de cuál debe ser nuestro brindis. Va por Charles Lutwidge Dodgson, conocido en el País de las Maravillas como Lewis Carroll.

Muy tranquilo, respondió:

—¿Está seguro, doctor?

—¿De qué?

—De cómo ha expresado su brindis. Yo diría: “Por Lewis Carroll, que se ocultó bajo la supuesta identidad de Charles Lutwidge Dodgson, el discreto profesor de Oxford”.

Me sentí ligeramente decepcionado. ¿Aquel iba a ser otro de esos rollos tipo “Bacon era Shakespeare”? Aún más ridículo incluso. Históricamente hablando no podía existir duda alguna de que el reverendo Dodgson, firmando como Lewis Carroll, hubiese escrito *Alicia en el país de las maravillas* y su continuación.

Pero de momento lo importante era tomarse la copa. Por eso dije en tono solemne:

—Señor Smith, para evitar cualquier dificultad, ya sea semántica o factual, brindemos por el autor de los libros de *Alicia*.

Inclinó la cabeza con una solemnidad igual a la mía, luego la echó hacia atrás y se bebió la copa de un trago. Yo tardé un poco en tomarme la mía debido a la sorpresa y

admiración que me produjo su forma de beber. Nunca había visto cosa igual. El vaso se había detenido de repente a casi diez centímetros de su boca, pero el *whisky* siguió su camino y ni una sola gota cayó fuera. He visto a mucha gente bajarse una copa de un solo trago, pero nunca con una precisión tan relajada y desde una distancia tan grande.

Yo bebí de una forma mucho más prosaica, pero decidí probar aquel sistema en otra ocasión: en privado y con una toalla o un pañuelo a mano.

Rellené los vasos y dije:

—¿Y ahora qué? ¿Discutimos acerca de la identidad de Lewis Carroll?

—Remontémonos a antes de eso —respondió—. Creo que será mejor dejarlo a un lado hasta que pueda ofrecerle pruebas concluyentes de lo que creemos... mejor dicho: de lo que estamos seguros.

—¿Quiénes?

—Las Espadas Vorpalinas. Es una organización. Debo añadir que muy pequeña.

—¿De admiradores de Lewis Carroll?

Se recostó en el sillón.

—Sí, claro. Cualquiera que sea culto e imaginativo es admirador de Lewis Carroll. Pero esto va mucho más allá. Tenemos un secreto de tipo esotérico.

—¿Relacionado con la identidad de Lewis Carroll? ¿Quiere decir que creen, como algunos creen o creían que Francis Bacon había escrito las obras de Shakespeare, que no fue Charles Lutwidge Dodgson quien escribió los libros de *Alicia* sino otra persona?

Esperaba que dijera que no. Y dijo:

—No. Creemos que el propio Dodgson... ¿Qué es lo que sabe de él, doctor?

—Que nació en 1832 y murió poco antes del nuevo siglo, en 1898 o 99. Era profesor en Oxford, matemático. Escribió varios tratados sobre las Matemáticas. Disfrutaba con los acrósticos, otros acertijos y problemas, y los creaba. No se casó pero le gustaban mucho los niños y sus mejores obras están escritas para ellos. Al menos él creía que escribía sólo para los niños, pero en realidad *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* son literatura para adultos, y de la buena, aunque resulten muy atractivas al público infantil. ¿Quiere que continúe?

—Por supuesto.

—También fue capaz de escribir cosas increíblemente malas. Debería existir una ley que prohibiera la edición de las *Obras completas de Lewis Carroll*. Tendríamos que recordarlo por sus grandes obras y sepultar las malas con sus huesos. Aunque admito que hasta las malas tienen golpes esporádicos de genialidad. En *Silvia* y *Bruno* hay momentos que hacen que casi merezca la pena soportar los miles de palabras aburridas que hay que leer para llegar a ellos. E incluso en los peores poemas hay buenos versos o estrofas. Por ejemplo, los tres primeros versos de *El palacio de los farsantes*:

Soñé que una mansión de mármol habitaba  
Y que todos esos seres húmedos que se arrastran,  
En sus paredes se estremecían y temblaban.

Tendría que haberse detenido ahí, en lugar de añadir quince o veinte tercetos malos. Pero a mí, éste me parece maravilloso.

Asintió.

—Brindemos por él. —Y brindamos—. Continúe —me animó.

—No. Me estoy dando cuenta de que podría seguir hablando durante horas. Soy capaz de citar todos los versos de los libros de *Alicia* y casi todos de *La caza del snark*. Pero supongo y espero que no haya venido a oírme disertar sobre Lewis Carroll. La información que tengo de él es bastante completa, aunque también de lo más ortodoxa. Imagino que no ocurre lo mismo con la que tiene usted y quiero que la comparta conmigo.

Rellené nuestros vasos.

—Tiene razón, doctor. La información de la que dispongo... debería decir de la que disponemos, es bastante poco ortodoxa. Creo que usted cuenta con los antecedentes y el tipo de cabeza adecuada para comprenderla... y para creer en ella cuando haya visto las pruebas. Para una mente más mediocre no habría sido más que pura fantasía.

Aquello mejoraba por momentos. Dije:

—No se detenga.

—De acuerdo. Pero antes de continuar, debo advertirle una cosa, doctor. También se trata de una información muy peligrosa. Y no hablo a la ligera ni metafóricamente. Existe peligro real, peligro de muerte.

—Eso es estupendo —contesté.

Permaneció sentado, jugando con su vaso, que aún conservaba la tercera copa, sin mirarme. Yo observé su rostro. Resultaba interesante. Aquella nariz alargada, fina y puntiaguda discrepaba tanto del resto de su constitución que podría haber sido falsa: era la auténtica nariz de Cyrano de Bergerac. Ahora que la luz le daba de lleno, se apreciaban marcadas líneas de expresión alrededor de su boca generosa. Al principio le había echado treinta años, en lugar de los cuarenta que confesaba, pero después de examinar su rostro con atención comprendía que no había exagerado. Era necesario reírse mucho tiempo para conseguir unas líneas de expresión tan marcadas.

Sin embargo, ahora no se reía. Estaba terriblemente serio y no parecía un loco. Aunque dijo una cosa que sonó a locura:

—Doctor ¿alguna vez se le ha ocurrido pensar que las fantasías de Lewis Carroll pueden no ser fantasías?

—¿Se refiere a que la fantasía suele estar más cerca de la verdad esencial que la ficción que quiere parecer real? —pregunté.

—No. Me refiero a que son literal y realmente ciertas. A que no son ficción, que son reportajes.

Me lo quedé mirando fijamente.

—Si cree eso, entonces ¿quién opina que fue, o qué fue, Lewis Carroll?

Una leve sonrisa se asomó a su rostro, pero no indicaba diversión.

—Si de verdad quiere saberlo —dijo—, y no tiene miedo, esta noche podrá averiguarlo. Celebramos una reunión cerca de aquí. ¿Desea acompañarme?

—¿Puedo serle sincero?

—Por supuesto.

—Me parece una locura, pero intente librarse de mí —dije.

—¿A pesar de que correrá peligro?

Claro que pensaba ir, con peligro o sin él. Pero tal vez podría utilizar su insistencia a la hora de advertirme para sacarle más información, por eso respondí:

—¿Puede explicarme qué clase de peligro?

Me pareció que dudaba un instante y luego sacó su cartera, de la que extrajo un recorte de periódico, breve, de unos tres párrafos. Me lo entregó.

Lo leí y reconocí la fuente y la composición. Era un recorte del *Bridgeport Argus*. Recordé haberlo leído un par de semanas antes. Había pensando en recortarlo para usarlo como noticia de intercambio, pero luego decidí no hacerlo, a pesar de que el titular había llamado mi atención. Decía:

#### HOMBRE ASESINADO POR BESTIA DESCONOCIDA

Los hechos eran pocos y sencillos. Un hombre llamado Colin Hawks, que vivía a las afueras de Bridgeport, un solitario, había aparecido muerto en uno de los senderos que cruzaba el bosque. Tenía la garganta desgarrada y, en opinión de la Policía, un perro grande y feroz lo había atacado. Pero el periodista que escribió el artículo sugería la posibilidad de que un lobo, o incluso una pantera o un leopardo, huidos de un circo o un zoo, hubiesen provocado las heridas.

Volví a doblar el recorte y se lo pasé a Smith. Aquello no significaba nada. Si se sabe buscarlas, es fácil encontrar noticias similares. Un hombre llamado Charles Fort había encontrado miles de ellas, recopilándolas en cuatro volúmenes que se encontraban en mis estanterías.

Aquella en concreto resultaba menos misteriosa que la mayoría. De hecho, no existía misterio alguno: no cabía duda de que un perro feroz había matado al hombre.

Aun así, algo me provocaba una sensación de hormigueo en la nuca.

Se trataba del titular y no del artículo. Es curioso cómo nos puede afectar la palabra “desconocido” y lo que se oculta tras ella. Si el titular del artículo hubiese sido: “Un perro feroz mata a un hombre”, o un león, un cocodrilo o cualquier otra criatura concreta, por muy feroz y peligrosa que resultase, no provocaría escalofrío alguno.

Pero eso de “bestia desconocida”... cualquiera que tenga la clase de imaginación que yo tengo, entenderá a qué me refiero. Si no la tiene, yo soy incapaz de explicarlo.

Miré a Yehudi Smith justo a tiempo de ver cómo bebía su *whisky*, repitiendo el

mismo truco de antes. Luego llené de nuevo los vasos.

—Una historia interesante. Pero ¿qué tiene que ver?

—Nuestra última reunión se celebró en Bridgeport. No puedo contarle más. En relación a ese tema, claro. Usted quería saber qué clase de peligro corría y por eso le mostré el artículo. Está a tiempo de negarse a venir. Lo estará hasta que lleguemos.

—¿A dónde?

—Se encuentra a unas millas de aquí. Me han dado las indicaciones necesarias para llegar a una casa que está en la carretera de peaje de Dartown. Tengo coche.

—Yo también, pero con las ruedas deshinchadas. Dos ruedas deshinchadas — dije, aunque no venía al caso. Pensé en la carretera de peaje de Dartown y pregunté —: ¿No se dirigirá usted, por casualidad, a una casa conocida como residencia Wentworth?

—Se llama así, sí. ¿La conoce?

En aquel mismo instante, de haber estado completamente sobrio, habría comprendido que aquello era demasiado bueno como para ser verdad. Me habría olido a chamusquina. O a sangre.

—Tendremos que llevar velas o linternas —dije—. Esa casa se encuentra vacía desde que era un niño. Creíamos que estaba encantada. ¿Por eso la han elegido?

—Sí, claro.

—¿Y su grupo se reúne allí esta noche?

Asintió.

—A la una de la madrugada, para ser exactos. ¿Seguro que no tiene miedo?

¡Y tanto que tenía miedo! ¿Quién no iba a tenerlo, después de la presentación que me había hecho? Por eso sonreí de oreja a oreja y le dije:

—Claro que tengo miedo. Pero intente librarse de mí.

Entonces se me ocurrió una idea. Si iba a acudir a una casa encantada a la una de la madrugada para cazar jabberwocks o intentar invocar al fantasma de Lewis Carroll, o cualquier otra cosa de similar sensatez, no me vendría mal ir acompañado de algún conocido. Y si Al Grainger se pasaba por casa... Intenté decidir si a Al podría interesarle todo aquello. Era admirador de Carroll pero, en cuanto al resto, no sabía qué pensar.

—Una pregunta, señor Smith —dije—. Es posible que dentro de un rato aparezca por aquí un joven amigo mío para jugar al ajedrez. ¿Su oferta es muy exclusiva? ¿Le parecería bien que nos acompañase, si así lo desea?

—¿Cree que está preparado?

—Depende de lo que haga falta —respondí—. Sin pensarlo mucho diría que basta con admirar a Lewis Carroll y estar un poco loco. Aunque, bien mirado, ¿no son la misma cosa?

Se rió.

—No se diferencian mucho. Pero hábleme de su amigo. Ha dicho que es joven, ¿qué edad tiene?

—Rondará los veintitrés. No hace mucho que salió de la Universidad. Tiene buen gusto y bagaje literario, lo que significa que conoce a Lewis Carroll y le gusta. Es capaz de citarlo casi tanto como yo. Juega al ajedrez, si eso cuenta, y yo diría que sí. Dodgson no sólo jugaba al ajedrez, también basó *A través del espejo* en una partida de ajedrez. Se llama Al Grainger.

—¿Querrá venir?

—Sinceramente, no sé qué decir al respecto —admití.

—Espero que venga —comentó Smith—. Si es admirador de Carroll, me gustaría conocerlo. Pero, en caso de que aparezca, ¿me haría el favor de no comentar nada de lo que le he contado? Al menos hasta que haya tenido la oportunidad de ver cómo es. Lo cierto es que sería la primera vez que me tomase la libertad de invitar a alguien por mi cuenta a una reunión tan importante como la de esta noche. A usted lo hemos invitado porque tenemos mucha información al respecto. Celebramos una votación para decidirlo y debo decir que ha sido aceptado por unanimidad.

Recordé su familiaridad con los dos textos sobre Lewis Carroll que había escrito —tan difíciles de encontrar— y no tuve duda de que aquel hombre, o el grupo al que representaba, si es que representaba a alguien, sabía muchas cosas sobre mí.

—Pero si tengo la oportunidad de conocerlo y creo que puede encajar, tal vez me arriesgue y lo invite a acompañarnos. ¿Podría contarme algo más acerca de él? ¿A qué se dedica? ¿Cómo se gana la vida?

Eso ya era más difícil de explicar.

—Escribe obras de teatro —respondí—. Pero no creo que se gane la vida con eso. En realidad no sé si ha llegado a vender alguna. Es una especie de misterio para Carmel City. Ha vivido aquí toda su vida, excepto cuando fue a la Universidad, y nadie sabe de dónde le viene el dinero. Tiene un coche despampanante y casa propia. Vivió en ella con su madre hasta hace unos años, cuando la madre murió. Parece tener dinero de sobra para sus gastos, pero nadie sabe de dónde lo saca. —Sonreí—. Y todo Carmel City se muere por saberlo. Ya sabe cómo son las poblaciones pequeñas.

Asintió.

—¿No sería lógico suponer que ha heredado el dinero?

—Por un lado, sí. Pero no parece muy probable. Su madre trabajó de sombrerera toda su vida, y sin tener tienda propia. Recuerdo que todo el mundo se preguntaba cómo se las habría arreglado para tener casa en propiedad y enviar a su hijo a estudiar fuera con lo que ganaba. Pero no es posible que ganase lo bastante como para hacer ambas cosas y dejarle al hijo dinero suficiente para vivir sin trabajar durante años. Bueno, tal vez escribir obras de teatro sea trabajar, pero no resulta remunerativo si no se venden. —Me encogí de hombros—. Aunque seguramente no habrá ningún misterio. La madre podría recibir los réditos de alguna inversión hecha por su marido y Al los habría heredado, o recibido el capital que los producía. Es probable que no hable de esos asuntos porque le divierta que lo tengan por misterioso.

—¿El padre era adinerado?

—El padre murió antes de que Al naciera y antes de que la señora Grainger se mudase a Carmel City. De manera que aquí nadie lo conoció. Creo que eso es todo lo que puedo contarle sobre Al, excepto que casi siempre me gana al ajedrez y que espero que tenga la oportunidad de conocerlo.

Smith asintió.

—Si viene, ya veremos.

Miró su vaso vacío, capté la indirecta y rellené ambos vasos. Volví a observar fascinado su forma de beber. Juraría que en esa ocasión el vaso se alejó de sus labios más de diez centímetros. Definitivamente, tenía que aprender aquel truco, aunque sólo fuera porque no me gusta tanto el sabor del *whisky* como sus efectos. Al beberlo así, no creo que tuviese la más mínima oportunidad de saborearlo. Estaba en el vaso... y desaparecía. La nuez de su garganta no parecía moverse y, si estaba hablando en el momento de beber, su discurso casi no se interrumpía.

Sonó el teléfono, me disculpé y lo cogí.

—Doc —dijo la voz de Clyde Andrews—, soy Clyde Andrews.

—Ya —le dije—. Supongo que sabrás que has saboteado el número de esta semana al cancelar un artículo de la primera plana. ¿Qué vas a cancelar ahora?

—Siento mucho haberte causado molestias, Doc, pero al anular el rastrillo, imaginé que no querías publicar el artículo y así evitar que la gente viniera de todas partes para...

—Desde luego —lo interrumpí. Estaba impaciente por volver a mi conversación con Yehudi Smith—. No pasa nada, Clyde. Pero ¿para qué llamabas?

—Me gustaría saber si has decidido venderme el *Clarion* o no.

Durante un segundo, me enfadé mucho y sin motivo razonable.

—¡Maldita sea, Clyde! ¿Interrumpes la única conversación interesante que he mantenido desde hace años para preguntarme eso, cuando llevamos meses hablando del tema? No lo sé. Quiero y no quiero venderlo.

—Lamento molestarte, Doc, pero acabo de recibir una carta urgente de mi hermano, el de Ohio. Le han ofrecido irse al Oeste. Dice que prefiere venir a Carmel City y aceptar la propuesta que le hice, siempre y cuando tú me vendas el *Clarion*, por supuesto. Pero ha de responder enseguida a la otra oferta, tiene uno o dos días para decidirse, en el caso de que quiera aceptarla, claro. Y eso cambia las cosas, Doc. He de saberlo ya. No tiene por qué ser esta noche, pero sí durante el día de mañana, por eso decidí llamarte ahora y pedirte que tomes una decisión.

Asentí con la cabeza, luego me di cuenta de que no podía verme y le dije:

—Entiendo, Clyde. Perdona que me enfadase. De acuerdo, mañana por la mañana lo habré decidido. Entonces te daré la respuesta ¿te parece bien?

—Muy bien —respondió—. Estaremos en plazo. Por cierto, hay una noticia que podrías usar si no es demasiado tarde. ¿O ya te has enterado?

—¿De qué?

—Del loco que se ha fugado. No conozco los detalles, pero un amigo mío acaba de llegar de Neilsville y dice que detienen a los coches y vigilan las carreteras que rodean el manicomio del condado. Supongo que si los llamas te dirán qué ha pasado.

—Gracias, Clyde —respondí.

Colgué el teléfono y miré a Yehudi Smith. Me pregunté cómo no se me habría ocurrido antes, con la cantidad de cosas absurdas que aquel hombre había dicho.

“Aguarda”, gritó la ostra,  
“La charla aún no empecemos,  
Pues algunas cansadas estamos  
Y todas gordura tenemos”.

LA DECEPCIÓN FUE TERRIBLE. Bueno, no es que hubiese creído realmente en las Espadas Vorpalinas o en que íbamos a ir a una casa encantada para conjurar a un jabberwock o lo que fuera que hiciésemos allí.

Pero, ya sólo el hecho de pensarlo, había resultado emocionante, de la misma forma que nos emocionamos con una partida de ajedrez, aunque sabemos que los reyes y las reinas del tablero no son entidades reales y que cuando un alfil mata a un caballo no se derrama sangre de verdad. Supongo que había sido esa clase de emoción —indirecta— la que sentí ante las cosas que Yehudi Smith me prometió. O tal vez sería mejor comparación decir que fue como leer un relato de ficción emocionante, de esos que sabemos que no son verdad pero en los que podemos creer mientras no acabamos de leerlos.

Ya no me quedaba ni eso. Con profunda desilusión, me di cuenta de que frente a mí sólo había un hombre huido de un manicomio. Yehudi, el hombrecillo que no estaba allí... mentalmente.

Lo curioso es que seguía cayéndome bien. Era un tipo muy agradable y, de momento, me había regalado una media hora fascinante. No me hacía gracia pensar que debía entregarlo a los guardianes del manicomio para que lo devolvieran a su sitio.

Pensé que al menos me proporcionaría un artículo con el que cubrir el hueco en la primera plana del *Clarion*.

—Espero que esa llamada no nos estropee los planes, doctor —dijo.

Había estropeado más que eso, pero no podía decírselo, como no pude pedirle a Clyde Andrews, por teléfono y en presencia de Smith, que llamase al manicomio y les dijera que se pasaran por casa si querían recoger a su loco fugado.

Así que negué con la cabeza mientras buscaba la forma de salir de casa y hacer la llamada desde la del vecino.

Me levanté. Quizás estaba un poco más bebido de lo que creía, porque tuve que recuperar el equilibrio. Recuerdo que me parecía tener la mente más despejada que nunca, aunque nada nos parece más claro y despejado que un prisma que no nos deja apreciar lo que hay detrás de las esquinas.

—No, la llamada no interrumpirá nuestros planes más que unos minutos. He de darle un recado al vecino. Discúlpeme y sírvase más *whisky* —respondí.

Salí a la oscuridad de la noche por la puerta de la cocina. Había luces encendidas

en las dos casas más próximas a la mía y me pregunté a cuál de mis vecinos molestar. Luego me pregunté por qué tenía tanta prisa en molestar a cualquiera de ellos.

Estaba seguro de que el hombre que se hacía llamar Yehudi Smith no resultaba peligroso. Y, estuviese loco o no, era el hombre más interesante que había conocido desde hacía años. Parecía saber bastante sobre Lewis Carroll. Y volví a recordar que sabía de mi inencontrable folleto y mi artículo de revista, aún más difícil de encontrar. ¿Cómo era posible?

Pensándolo mejor, ¿no debería aplazar la llamada telefónica una hora más o menos, relajarme y disfrutar de la situación? Una vez superados los primeros minutos de decepción al enterarme de que estaba loco, ¿por qué no me iba a resultar tan interesante hablar de sus delirios como si estos fuesen reales?

Aunque se trataba de otro tipo de interés, por supuesto. Muchas veces había pensado que me gustaría tener la oportunidad de charlar con un paranoico sobre sus delirios, pero sin discutir con él o darle la razón, limitándome a intentar averiguar qué era lo que lo movía.

Además, la noche estaba empezando. No podían ser más de las ocho y media y mis vecinos aún tardarían un par de horas en acostarse.

¿Por qué iba a tener prisa en hacer esa llamada? No tenía prisa.

Pero debía perder tiempo suficiente en el exterior para que pareciera que le había dado el recado al vecino, de manera que permanecí al pie de la escalera de atrás, mirando el terciopelo negro del cielo, cuajado de estrellas pero sin luna, preguntándome qué se ocultaría tras él y por qué los locos estaban locos. ¡Lo curioso que sería que uno de ellos tuviera razón y los demás estuviésemos equivocados!

Cuando volví a entrar fui lo bastante cobarde como para hacer una cosa ridícula. De la cocina pasé al dormitorio y al armario. En el estante de arriba, dentro de una caja de zapatos, guardaba un revólver del calibre 38 y cañón corto, de ese modelo compacto y ligero al que llaman “el amigo del banquero”. Nunca lo había disparado y esperaba no tener que hacerlo. Ni siquiera estaba seguro de acertarle a algo que fuera más pequeño que un elefante o se encontrara a más de dos metros. No me gustan las armas. Yo no me la había comprado: en una ocasión, un conocido me pidió prestados veinte dólares e insistió en que me quedase el revólver como garantía. Después me pidió cinco dólares más y dijo que, si se los daba, podría quedarme con el arma. Yo no la quería, pero él necesitaba los cinco dólares con urgencia y se los di.

Seguía cargado con las mismas balas que ya llevaba dentro cuando hicimos el trato, cuatro o cinco años antes, y no sabía si se dispararían o no, pero de todos modos lo guardé en el bolsillo del pantalón. Sólo lo utilizaría de verme en un serio apuro, aunque incluso en ese caso no sería capaz de dar en el blanco, pero me parecía que el hecho de llevarlo convertía mi próxima conversación en algo peligroso y emocionante, más que de cualquier otra forma.

Entré en el salón y el hombre seguía allí. No se había servido otro *whisky*, así que lo hice yo y volví a sentarme en el sofá.

Levanté mi vaso y, por encima del borde, lo observé realizar aquel truco maravilloso: una simple sacudida del vaso hacia sus labios. Me bebí mi copa de una forma mucho menos espectacular y dije:

—Ojalá tuviera una cámara. Me gustaría grabar eso que hace usted para luego poder estudiarlo a cámara lenta.

Se rió.

—Me temo que es una forma de alardear por mi parte. En una época fui malabarista.

—¿Y ahora? Si no le molesta que se lo pregunte.

—Ahora he vuelto a estudiar —respondió—. Estudio a Lewis Carroll y Matemáticas.

—¿Es posible ganarse la vida con eso? —pregunté.

Dudó sólo un segundo.

—¿Le importa que aplase la respuesta hasta que se entere... de lo que se va a enterar en la reunión de esta noche?

Por supuesto que no se iba a celebrar reunión alguna, eso ya lo sabía yo, pero le dije:

—En absoluto, aunque espero que no se refiera a que no podremos hablar de Carroll en general hasta después de la reunión.

Confiaba en que me diera la respuesta correcta, porque eso significaría que podría hacerlo hablar del tema que lo obsesionaba.

—Claro que no —dijo—. Lo cierto es que quiero hablar de él. Quiero hacerle partícipe de ciertos hechos que le permitirán entender mejor las cosas. Algunos ya los conoce, pero le ayudaré a refrescarlos. Por ejemplo, las fechas. Las de su nacimiento y su muerte las tiene usted bien, más o menos, pero ¿sabe en qué fechas escribió los libros de *Alicia* o cualquier otra de sus obras?

—No con exactitud —respondí—. Creo que el primer libro de *Alicia* lo escribió cuando era relativamente joven, rondando los treinta.

—Casi. Tenía treinta y dos años. *Alicia en el país de las maravillas* se publicó en 1863, pero incluso antes ya le seguía la pista a algo. ¿Sabe qué había publicado antes de *Alicia*? —Negué con la cabeza—. Dos libros, *Curso de geometría del plano* en 1860 y *Fórmulas de trigonometría del plano* al año siguiente. ¿Ha leído alguno de ellos?

Tuve que volver a negar con la cabeza.

—Las Matemáticas no son mi fuerte —dije—. Sólo he leído su obra no técnica.

Sonrió.

—Eso no existe. Pero no ha sido capaz de reconocer las Matemáticas plasmadas en los libros de *Alicia* y en su poesía. Estoy seguro de que sabe que muchos de sus poemas son acrósticos.

—Por supuesto.

—Todos son acrósticos, pero de una forma mucho más sutil. Sin embargo,

comprendo que no haya descubierto las pistas, si no ha leído sus tratados de Matemáticas. Supongo que no habrá leído su *Tratado elemental sobre factores determinantes*, pero ¿y su *Curiosa Mathematica*?

No me apetecía defraudarlo otra vez, pero tuve que hacerlo. Frunció el ceño.

—Por lo menos debería haber leído ese. No es técnico y contiene la mayor parte de las pistas a sus fantasías. Aun hace más referencias a ellas, aunque sean las últimas y menos directas, en su *Lógica simbólica*, publicado en 1896, sólo dos años antes de su muerte.

—Un momento —interrumpí—. Si no lo he entendido mal, usted mantiene que Lewis Carroll, dejando a un lado la cuestión de quién o qué fue en realidad, trabajó con las Matemáticas y expresó a través de la fantasía el hecho de que... ¿qué?

—Que hay otro plano de existencia, además de aquel en el que vivimos. Que podemos tener acceso a él y que, en ocasiones, lo tenemos.

—Pero ¿qué clase de plano? ¿Un plano de fantasía “a través del espejo”? ¿Un plano onírico?

—Exacto, doctor. Un plano onírico. No es una explicación totalmente precisa pero, de momento, no puedo ampliársela más. —Se inclinó hacia delante—. Piense en los sueños. ¿No son una analogía casi perfecta de las aventuras de *Alicia*? Por ejemplo, el capítulo de la lana y el agua, donde todo lo que Alicia mira, cambia y se convierte en otra cosa. ¿Recuerda que en la tienda, mientras la oveja calcetaba, Alicia se esforzaba por ver qué había en los estantes, pero el estante en el que se concentraba siempre estaba vacío aunque los otros se encontrasen a rebosar de alguna cosa, sin que ella lograra averiguar qué era?

Asentí, despacio, y dije:

—Ella comentó: “Aquí las cosas no paran de fluir”. Luego la oveja le preguntó si sabía remar y le entregó un par de agujas de calcetar, que se convirtieron en remos mientras Alicia las sujetaba, y pasó a encontrarse en una barca, con la oveja sin dejar de calcetar.

—Exacto, doctor. Se trata de una secuencia onírica perfecta. Y tenga en cuenta que el *Jabberwocky*, que probablemente sea lo mejor del segundo libro de *Alicia*, está escrito en el lenguaje de los sueños. Está lleno de palabras como “frumioso”, “hombroso”, “esmeso”, palabras que ofrecen una imagen perfecta dentro de un contexto, pero sin que logremos dar con dicho contexto. En un sueño entendemos por completo su significado, pero lo olvidamos al despertarnos.

Entre “hombroso” y “esmeso” había engullido la última copa, pero no le serví más. Empezaba a preguntarme cuánto iba a durar la botella, o nosotros. Aunque no parecía que a él le hiciese efecto alguno el alcohol que ya había tomado. No puedo decir lo mismo de mí. Sabía que mi voz empezaba a sonar pastosa.

—Pero ¿por qué postular la realidad de ese mundo? —pregunté—. En todo lo demás, comprendo lo que quiere decir. El propio *Jabberwock* es el paradigma de las criaturas que pueblan las pesadillas, con sus ojos de fuego, mandíbulas que muerden

y garras que atrapan, además de “apestronar” y “bramear”. Freud y James Joyce al alimón no lo habrían hecho mejor. Aunque ¿por qué no pensar que lo que Lewis Carroll intentaba, con mucho éxito por cierto, era escribir como en un sueño? ¿Por qué asumir que ese mundo es real? ¿Por qué hablar de adentrarnos en él, excepto, claro está, en el sentido de que lo invadimos todas las noches al soñar?

Sonrió.

—Porque ese mundo es real, doctor. Esta noche escuchará la demostración matemática y espero que presencie pruebas auténticas. Yo las he presenciado y confío en que usted también lo haga. Pero al menos verá los cálculos y se le explicará cómo se encontraron en *Curiosa Mathematica* y luego se confirmaron gracias a las pruebas halladas en otros libros. Carroll iba más de un siglo por delante de su tiempo, doctor. ¿Ha leído algo sobre los recientes experimentos con el subconsciente realizados por Liebnitz y Winton? ¿Las antenas dirigidas en la dirección correcta, que es el planteamiento matemático?

Admití que no había oído hablar de Liebnitz, ni de Winton.

—No son muy conocidos —reconoció—. Mire, hasta hace muy poco, sólo Carroll tuvo en cuenta la posibilidad de que pudiésemos alcanzar, tanto física como mentalmente, lo que llamaremos el plano onírico hasta que le haya mostrado lo que es en realidad.

—¿Como lo alcanzó Lewis Carroll?

—Tuvo que alcanzarlo para saber las cosas que sabía. Cosas tan revolucionarias y peligrosas que no se atrevió a mostrarlas abiertamente.

Durante un breve instante me pareció tan razonable que me pregunté si podría ser verdad. ¿Por qué no? ¿Por qué no iban a existir otras dimensiones, además de la nuestra? ¿Por qué un matemático brillante de mente formidable no iba a ser capaz de encontrar la forma de adentrarse en una de ellas?

Maldije a Clyde Andrews por haberme contado lo de la fuga del manicomio. Si no lo hubiese sabido, aquella velada habría sido maravillosa. Aun sabiendo que Smith estaba loco, acabé preguntándome si podría tener razón, posiblemente con la ayuda del *whisky*. Ignorante de su locura, ¡cómo habría disfrutado intentando mantener la calma entre el asombro y la duda! Habría sido una velada en el País de las Maravillas.

Cuerdo o loco, me caía bien. Cuerdo o loco, figurativamente encajaba en el departamento de candelas romanas en el que literalmente trabajaba el marido de la señora Carr. Me reí y, claro, tuve que explicar de qué me reía. Se le iluminó la mirada.

—El departamento de candelas romanas. Es maravilloso. El departamento de candelas romanas.

Es fácil de entender.

Brindamos por el departamento de candelas romanas, los dos nos callamos y se hizo el silencio. Por eso pegué un bote cuando sonó el teléfono. Descolgué y dije:

—Departamento de candelas romanas.

—¿Doc? —Era la voz de Pete Corey, mi tipógrafo. Parecía tensa—. Tengo malas noticias.

Pete no se altera fácilmente. Recuperé un poco la sobriedad y pregunté:

—¿Qué pasa, Pete?

—Oye, Doc, ¿recuerdas que hace un par de horas dijiste que ojalá se produjese un asesinato o algo parecido y así contar con una noticia para el periódico? ¿Recuerdas que te pregunté si querías que le ocurriese a un amigo tuyo?

Claro que me acordaba. Había mencionado a mi mejor amigo, Carl Trenholm. Agarré el teléfono con más fuerza y le dije:

—No te andes con rodeos, Pete. ¿Le ha ocurrido algo a Carl?

—Sí.

—Por el amor de Dios, ¿qué? Déjate de rollos. ¿Ha muerto?

—Eso es lo que dicen. Lo encontraron en la carretera de peaje. No sé si lo atropelló un coche o qué.

—¿Dónde está?

—Creo que lo están trayendo. Sólo sé que me llamó Hank —Hank es cuñado de Pete y ayudante del sheriff— y me dijo que les avisó alguien que lo había encontrado junto a la carretera. Pero Hank tampoco tenía noticias directas: Rance Kates lo telefoneó para que bajara a hacerse cargo de la oficina mientras él se acercaba hasta allí. Hank sabe que no le caes bien a Kates y que no te avisaría, por eso me llamó. Pero no le busques a Hank un problema con su jefe. No le cuentes a nadie quien te ha dado el chivatazo.

—¿Has llamado al hospital? —pregunté—. Si Carl sólo está herido...

—No creo que les haya dado tiempo a llevarlo allí... o a dondequiera que lo lleven. Hank me llamó desde su casa, antes de salir hacia la Oficina del Sheriff. Kates acababa de avisarlo y aún no se había marchado.

—Está bien, Pete. Gracias. Me vuelvo al centro. Llamaré al hospital desde el *Clarion*. Si te enteras de algo más, llámame allí.

—Oye, Doc, yo también voy.

Le dije que no era necesario, pero mandó al cuerno la necesidad: quería ir. No discutí con él.

Al colgar el teléfono me di cuenta de que ya estaba de pie. Dije:

—Lo lamento, pero ha surgido algo importante. Un amigo mío ha sufrido un accidente. —Me dirigí al armario de la entrada para coger la chaqueta—. ¿Quiere esperar aquí o...?

—Si no le importa —respondió—. Bueno, si usted cree que no tardará demasiado.

—Eso no lo sé, pero le llamaré por teléfono y le diré algo tan pronto me entere. Si suena el teléfono, conteste, seré yo. Disfrute del *whisky* y de los libros.

Asintió.

—Estaré perfectamente. Espero que lo de su amigo no sea muy grave.

Eso era lo único que me preocupaba. Me puse el sombrero y volví a salir con

prisa, pero esta vez en serio, maldiciendo las dos ruedas pinchadas de mi coche y el hecho de no haberlas llevado a arreglar aquella mañana. Nueve manzanas no es una gran distancia cuando no hay prisa, pero se convierten en una distancia enorme cuando es necesario llegar enseguida.

Caminaba rápido, tanto que me quedé sin respiración en las dos primeras manzanas y tuve que bajar el ritmo.

No dejaba de pensar en aquello en lo que, obviamente, Pete también había pensado: vaya coincidencia que hubiésemos comentado la posibilidad de que Carl... pero nosotros hablamos de asesinato. ¿Habían asesinado a Carl? Claro que no; esas cosas no ocurrían en Carmel City. Debía tratarse de un accidente, un atropello con fuga. Nadie tendría el más mínimo motivo para asesinar a Carl Trenholm. Nadie, excepto un...

La idea me obligó a detenerme de golpe. Nadie, excepto un loco, tendría el más mínimo motivo para asesinar a Carl Trenholm. Pero aquella noche había un perturbado suelto por la zona y, a menos que se hubiese marchado en lugar de esperar a que yo volviera, en aquel momento estaba sentado en mi salón. A mí me había parecido inofensivo, a pesar de haber tomado la precaución de guardar el revólver en el bolsillo, pero ¿cómo podía estar seguro? No soy psiquiatra. ¿De dónde habría sacado yo la brillante idea de que sería capaz de diferenciar a un chalado inofensivo de un perturbado homicida?

Empecé a retroceder, pero me di cuenta de que volver atrás era inútil y una tontería. O bien se habría marchado tan pronto doblé la primera esquina, o no imaginaba que sospechaba de él y esperaría hasta tener noticias mías, tal y como le había dicho. Así que bastaba con llamar al manicomio en cuanto pudiera. Enviarían a sus guardianes para rodear mi casa y llevárselo, en caso de que siguiese dentro.

Eché a andar de nuevo. Sí, regresar solo sería ridículo, aunque aún tuviera el revólver en el bolsillo. Podría resistirse y yo no quería disparar, sobre todo porque no tenía motivos para creer que había matado a Carl. También podía haber sido un accidente de tráfico. No podría formarme una opinión en condiciones hasta saber cuáles eran las heridas de Carl.

Seguí caminando tan rápido como podía sin perder el resuello.

De repente me acordé del recorte de periódico. “Hombre asesinado por bestia desconocida”. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. ¿Y si el cuerpo de Carl tenía...?

Entonces, aquella idea espantosa empezó a crecer. ¿Y si la bestia desconocida que había matado al hombre cerca de Bridgeport y el loco fugado eran la misma persona? ¿Y si se hubiese fugado antes, en la época del asesinato de Bridgeport? También resultaba posible que no lo hubiesen encerrado hasta después de esa muerte, ya fuese o no sospechoso de ella.

Pensé en la licantropía y me estremecí. ¿Con qué había estado hablando de jabberwocks y bestias desconocidas?

En ese momento me consoló saber que llevaba un revólver en el bolsillo. Miré por encima del hombro para asegurarme de que nada me perseguía. A mi espalda, la calle estaba vacía, pero aun así apreté el paso.

De repente, las farolas no iluminaban tanto como deberían y la noche, que había sido un agradable crepúsculo de junio, se convirtió en algo amenazador y espantoso. Tenía mucho miedo. Tal vez me dio la vida no imaginar que la juerga ni siquiera había comenzado.

Me alegré de pasar frente al Juzgado, con la luz en la ventana de la Oficina del Sheriff. Incluso pensé en entrar. Seguramente estaría Hank de guardia y Kates aún no habría regresado. Pero no, ya que había andado tanto, continuaría hasta el *Clarion* y empezaría a llamar desde allí. Además, si Kates se enteraba de que había estado en su despacho hablando con Hank, Hank tendría problemas.

Y seguí adelante. Llegué a la esquina de Oak Street y la doblé; ya sólo me encontraba a manzana y media del *Clarion*. Pero me iba a llevar un buen rato recorrer aquella distancia.

De repente, un Buick azul marino, enorme, se acercó al bordillo y redujo la marcha a mi altura. En el asiento delantero iban dos hombres. El que conducía sacó la cabeza por la ventanilla y dijo:

—Oye, macho, ¿qué población es esta?

## 5

Cuando la arena se seca, es feliz como un niño  
Y de los tiburones habla en tono despectivo.  
Pero si sube la marea y los tiburones se acercan,  
Su voz se apaga, tímida, y parece que tiembla.

HACÍA MUCHO QUE NADIE me llamaba “macho” y no me hizo gracia. Tampoco me gustaba el aspecto de aquellos hombres, ni el tono de voz en el que había sido hecha la pregunta. Un minuto antes me habría alegrado de tener cualquier compañía que no fuese la del loco fugado, pero ahora opinaba de otra forma.

No suelo ser maleducado, pero puedo serlo cuando otro lo es antes.

—Lo siento, amigo. Yo tampoco soy de aquí —dije, y seguí caminando.

Oí que el hombre al volante del Buick le decía algo a su copiloto, luego me dejaron atrás y aparcaron junto al bordillo, un poco más adelante. El conductor se bajó y empezó a caminar hacia mí.

Me detuve e intenté no volver a mirarlo de nuevo con sorpresa al reconocerlo. La atención que solía prestar a las circulares de los delincuentes buscados por la Policía estaba a punto de dar sus frutos, aunque por la expresión de su cara, aquel fruto no iba a ser de los que me gustaban.

El hombre que venía hacia mí y se encontraba a sólo dos pasos cuando me detuve era Bat Masters, cuya foto habían colgado la semana pasada y aún seguía en el tablón. No podía equivocarme en cuanto al rostro y del nombre me acordaba perfectamente porque se parecía mucho al de Bat Masterson, el famoso pistolero del viejo Oeste. Al principio pensé que sería una coincidencia y luego comprendí que la similitud de Masters con Masterson había sido culpable de que recibiera el apodo de Bat.

Era un hombre grande de cara alargada, caballuna, ojos muy separados y una boca que más parecía una línea recta separando una barbilla chupada de un labio superior demasiado ancho, sobre el que se apreciaba un rastro de pelo de dos días, lo cual sugería que quería dejarse el bigote. Pero habría tenido que hacerse la cirugía estética y dejarse crecer una buena barba para ocultar ese rostro a los ojos de cualquiera que hubiese visto una foto hacía poco tiempo, aunque fuese de pasada. Bat Masters, atracador de bancos y asesino.

Yo llevaba un arma en el bolsillo, pero en aquel momento no lo recordé. Aunque tal vez fuera mejor así: de haberlo recordado, podría haberme quedado bloqueado al intentar cogerla. Y probablemente mi salud se resentiría. Se acercaba a mí con los puños cerrados, pero no había sacado arma alguna. No tenía intención de matarme, aunque uno de esos puños pudiera hacerlo con la misma facilidad y sin querer. Peso sesenta y tres kilos y medio completamente empapado y aquel hombre pesaba casi el

doble, además de tener unos hombros que no cabían del todo en la chaqueta de su traje.

Ni siquiera me quedaba tiempo para darme la vuelta y echar a correr. Adelantó la mano izquierda, agarró la solapa de mi chaqueta y me atrajo hacia él, casi levantándome de la acera.

—Oye, tío, no seas impertinente. Te he hecho una pregunta.

—Carmel City —respondí—. Carmel City, Illinois.

Se oyó la voz del otro hombre, que aún seguía en el coche:

—Eh, Bill, no le hagas daño. No queremos...

No terminó la frase, claro. Decir que no quieres llamar la atención es la mejor forma de llamarla.

Masters miró por encima de mí —por encima de mi cabeza— para ver si alguien o algo se acercaba desde allí y luego, aún sin soltarme la solapa, se dio la vuelta y miró hacia el otro lado. No debía de preocuparle que yo pudiera intentar algo, porque ni siquiera me miraba, aunque lo entendí perfectamente.

A una manzana de distancia, se acercaba un coche. Y dos hombres salieron del *drugstore*, en la acera de enfrente a sólo unos edificios de nosotros. Además, a mi espalda percibí el ruido de otro coche que giraba hacia Oak Street.

Masters volvió a mirarme y me soltó, de manera que, si alguien se fijaba en nosotros, no seríamos más que un par de hombres frente a frente.

—Mira, tío, la próxima vez que alguien te haga una pregunta, no seas tan maleducado —me dijo.

Seguía mirándome como si no hubiera renunciado por completo a la idea de dejarme un recuerdo suyo, tal vez un golpecillo con la mano abierta que sólo me rompería el maxilar inferior y me obligaría a tragarme los dientes.

—Claro, disculpe —dije, dejando que mi voz pareciera asustada, pero no tanto como lo estaba en realidad, porque si aquel tipo sospechaba remotamente que podía haberlo reconocido, no saldría vivo de aquello.

Se dio la vuelta, regresó al coche, entró en él y arrancó. Supongo que debí fijarme en el número de la matrícula, pero seguramente se trataba de un coche robado y además no se me ocurrió. Ni siquiera miré el coche mientras se alejaba. Si alguno de ellos miraba hacia atrás, no quería que pensaran que los estaba fichando, como dicen los criminales. No quería darles motivo alguno para cambiar de idea y retroceder.

Me puse en marcha de nuevo, ocupando el centro de la acera e intentando parecer un hombre concentrado en sus asuntos. También intentaba que las rodillas no me temblaran tanto que me impidiesen caminar. Me había librado por los pelos. Si la calle hubiese estado completamente vacía...

Podía llegar a la Oficina del Sheriff un minuto antes si daba la vuelta y retrocedía, pero no quise arriesgarme. Si alguien me observaba por el retrovisor, no sería buena idea cambiar de dirección. Sólo era cuestión de una manzana más. Me encontraba a media manzana del Juzgado y a una manzana y media del bar de Smiley y la sede del

*Clarion*, frente al bar. Desde cualquiera de esos dos sitios podría telefonar para decir que Bat Masters y un compañero acababan de cruzar Carmel City en dirección norte, probablemente hacia Chicago. Hank Ganzer, que estaría en la Oficina del Sheriff, informaría a la Policía del Estado y, muy probablemente, los malhechores serían detenidos en cuestión de una hora o dos.

Si los detenían, incluso podría llevarme una parte de la recompensa por haber dado el chivatazo, pero eso no me importaba tanto como el artículo que iba a poder escribir. Aun en el caso de que no los cogieran, ya era una buena historia, y si los pillaban, sería impresionante, además de local, porque el aviso procedía de Carmel City, aunque los detuvieran a varios condados de distancia hacia el norte. Hasta podría haber un tiroteo. Por lo que había visto de Masters, me daba la impresión de que iba a ser así.

Y en el momento oportuno, pensé. Por una vez ocurría algo un jueves por la noche. Por una vez me adelantaría a la prensa de Chicago. Ellos también darían la noticia, sin duda, y muchos habitantes de Carmel City compran diarios de Chicago, pero llegan en el tren de media tarde y el *Clarion* saldría varias horas antes.

Sí, por una vez tendría un periódico en el que habría noticias. Aunque no detuviesen a Masters y a su colega, el hecho de que pasaran por Carmel City ya era noticia. Además, estaba lo del loco fugado, lo de Carl Trenholm...

Volver a pensar en Carl me llevó a apretar el paso. Ahora ya podía hacerlo. Había recorrido un cuarto de manzana desde la marcha del Buick. Ya no se veía y la calle estaba tranquila. Por suerte no había estado así mientras Masters decidía si cascarme o no.

Dejé atrás la tienda de música de Deak, que estaba a oscuras. Pasé por delante del supermercado, y lo mismo. Del banco...

También había dejado atrás el banco cuando me detuve de repente como si hubiera tropezado contra un muro.

El banco estaba a oscuras y no debería estarlo. Hay una luz de seguridad sobre la caja fuerte que queda encendida toda la noche. Había pasado miles de veces de noche frente al banco y nunca había visto esa luz apagada.

Por un momento pensé que Bat y su colega lo habían robado, aunque Masters se dedica a atracar y no a robar, pero enseguida me di cuenta de que eso era ridículo. Cuando se detuvieron para preguntarme en qué población se encontraban, iban en dirección al banco y estaban a un cuarto de manzana de él. Cierto, podían haberlo robado y luego dar la vuelta a la manzana en el coche, pero de haber sido así estarían concentrados en fugarse. Los criminales a veces hacen tonterías, pero no tan graves como detener el coche de la huida a una distancia ridícula del lugar del robo para preguntar en qué población se encuentran, y luego bajarse del mismo para cascarle a un peatón cualquiera porque no les ha gustado la respuesta a su pregunta.

No, Masters y compañía no podían haber robado el banco. Ni podían estar robándolo ahora. Habían pasado por delante con el coche. No lo había visto porque

no miraba, pero mis oídos me habían indicado que continuaron la marcha. Y aunque ellos no hubieran seguido camino, yo sí. Me los había tropezado unos segundos antes, y no habían tenido tiempo de entrar en el recinto, ni en el caso de haberse detenido.

Retrocedí unos pasos y miré a través de la cristalera del banco.

Al principio no vi más que la vaga silueta de una ventana trasera, la parte superior de la ventana, que era lo que resultaba visible por encima del mostrador. Luego esa silueta se hizo menos borrosa y comprendí que alguien había abierto la ventana. El listón superior del marco inferior se veía claramente a sólo unos centímetros de la parte de arriba de la ventana.

Sin duda, había entrado por ahí, pero ¿seguiría dentro el ladrón o se habría ido, dejando la ventana abierta?

Concentré la mirada en la oscuridad a la izquierda de la ventana, donde se encontraba la caja fuerte. De pronto, una tenue luz parpadeó brevemente, como si alguien hubiera encendido una cerilla que se apagara antes de que el fósforo hubiese hecho arder la madera. Sólo pude ver el breve chispazo porque se produjo por debajo de la altura del mostrador. No vi quién la había encendido.

El ladrón aún estaba dentro.

De repente, me encontré corriendo de puntillas por el patio trasero que se abre entre el banco y Correos.

Pero que nadie me pregunte por qué. Sí, tenía dinero en el banco, pero el banco contaba con un seguro que cubría los robos y a mí ni me iba ni me venía que lo robasen. Ni siquiera pensé que sería una historia aún mejor que la otra para el *Clarion*, si atrapaba al ladrón o el ladrón me atrapaba a mí. Sencillamente, no me paré a pensar en nada, eché a correr por la parte de atrás del banco hacia la ventana que el caco había dejado abierta y por la que pensaba huir.

Creo que debió de tratarse de una reacción a mi cobarde comportamiento de unos minutos antes. Debía encontrarme embriagado de tanto jabberwock, Espadas Vorpaldas, maníacos homicidas con licantropía, asaltadores de bancos y un ladrón de banco, o puede que de repente creyese que me habían ascendido al departamento de candelas romanas.

Tal vez estuviera bebido, puede que no me funcionase bien la cabeza... me vale cualquier posibilidad, pero allí estaba yo, cruzando el patio trasero corriendo de puntillas. Bueno, corriendo hasta que me lo permitió la luz de la calle, luego avancé a tientas por el lateral del edificio hasta llegar al callejón. Allí había una luz débil, pero suficiente para ver la ventana.

Seguía abierta.

Me quedé mirándola mientras empezaba a darme cuenta de lo loco que estaba. ¿Por qué no había corrido hacia la Oficina del Sheriff en busca de Hank? El ladrón — o los ladrones — podría estar empezando a forzar la caja. Quizás pasase dentro bastante tiempo, el suficiente para que Hank llegara y lo detuviese. Si salía ahora, ¿qué podía hacer yo? ¿Pegarle un tiro? Ridículo: antes preferiría dejarle robar el

banco.

Pero ya era demasiado tarde, porque de repente desde la ventana me llegó el sonido de algo que se arrastraba y una mano apareció en el alféizar. El ladrón salía y resultaba imposible que pudiera largarme de allí sin que me oyera. No sabía qué iba a pasar y preferiría no averiguarlo nunca.

Un momento antes, al llegar al lugar junto a la ventana donde ahora permanecía, había pisado un trozo de madera, un palo de dos por cinco centímetros y treinta de largo. Ese era un tipo de arma que no me asustaba. Me agaché, lo cogí y golpeé en el mismo momento en que una cabeza asomó por la ventana.

Gracias a Dios que no golpeé con demasiada fuerza. En el último segundo, a pesar de la poca luz existente, me pareció...

La mano y la cabeza ya no estaban en la ventana; se oyó el ruido sordo de un cuerpo al caer en el interior. Durante varios segundos no se produjo ningún otro sonido o movimiento. Fueron unos segundos muy largos. Luego oí el ruido del palo al golpear contra el suelo del callejón y supe que lo había dejado caer.

De no haber sido por lo que creía haber visto durante la fracción de segundo previa a que fuese demasiado tarde para evitar el golpe, podría haber salido corriendo hasta la Oficina del Sheriff, pero...

A lo mejor salía perdiendo, pero tenía que arriesgarme. El alféizar no quedaba muy por encima de mi cintura. Me incliné hacia dentro y encendí una cerilla. Estaba en lo cierto.

Entré por la ventana y comprobé los latidos de su corazón. Eran normales y parecía respirar sin problemas. Pasé las manos suavemente por su cabeza y luego las sostuve en la ventana para mirarlas bien: no había sangre. No podía ser nada más grave que una conmoción cerebral.

Bajé la ventana para que nadie se diera cuenta de que estaba abierta y tanteé con cuidado en dirección a la mesa más próxima. Había estado en el banco miles de veces, conocía su distribución y busqué a tientas un teléfono hasta que lo encontré. La voz de la operadora dijo:

—Número, por favor.

Empecé a dárselo y entonces me di cuenta de que ella vería el lugar de procedencia de la llamada y sabría que el banco estaba cerrado. Naturalmente, escucharía la conversación. Incluso podría llamar a la Oficina del Sheriff para decirle que alguien estaba usando el teléfono del banco. ¿Y yo había reconocido su voz? Creía que sí. Me la jugué.

—¿Eres Milly?

—Sí. ¿Y usted el señor Stoeger?

—El mismo —respondí. Me alegré de que hubiese reconocido mi voz—. Escucha, Milly, llamo desde el banco, pero no pasa nada. No te preocupes. Y hazme un favor, no escuches la conversación.

—Tranquilo, señor Stoeger, no lo haré. ¿A qué número quiere llamar?

Se lo di. Era el número de Clyde Andrews, presidente del banco. Mientras esperaba a que descolgaran, pensé que era una suerte que conociera a Milly desde que había nacido y de que nos llevásemos bien. Sabía que estaría muerta de curiosidad pero que no iba a escuchar la conversación.

Contestó Clyde Andrews. Tuve cuidado con lo que le dije porque no sabía si su línea sería compartida.

—Soy Doc Stoeger, Clyde. Estoy en el banco. Ven de inmediato y date prisa.

—¿Eh? ¿Doc? ¿Estás bebido? ¿Qué haces en el banco? Está cerrado.

—Había alguien dentro —respondí—. Lo golpeé en la cabeza con una madera en el momento en que empezaba a salir por la ventana. Está inconsciente pero no malherido. Aunque, para ir sobre seguro, recoge al doctor Minton de camino. Date prisa.

—De acuerdo —respondió—. ¿Llamas tú al sheriff o lo llamo yo?

—Ni tú ni yo. No llames a nadie. Recoge a Minton y ven enseguida.

—Pero... no lo entiendo. ¿Por qué no quieres que llame al sheriff? ¿Es una broma?

—No, Clyde —respondí—. Créeme, antes preferirás ver quién es el ladrón. No está malherido pero, por el amor de Dios, deja de discutir y trae al doctor Minton. ¿Me entiendes?

Su tono de voz era distinto cuando dijo:

—Ya voy. Dame cinco minutos.

Colgué el teléfono y lo descolgué de nuevo. La voz de Milly volvió a pedirme el número y yo le pregunté si sabía algo de Carl Trenholm.

Nada. No se había enterado de nada. Cuando le conté lo poco que sabía me dijo que sí, que una media hora antes había pasado una llamada de una granja en la zona de la carretera de peaje a la Oficina del Sheriff, pero que había tenido más llamadas en ese momento y no la había escuchado.

Decidí esperar a estar en otro sitio para llamar e informar del paso de Bat Masters por el pueblo o de que el loco fugado del manicomio se encontraba en mi casa. No sería seguro arriesgarse a llamar desde allí y unos minutos más no cambiarían las cosas.

Regresé tanteando hasta el cuadrado más claro de la ventana y volví a inclinarme sobre el chico, el hijo de Clyde Andrews. Seguía respirando bien y su corazón latía normal. En ese momento se movió un poco y murmuró algo, como si empezara a despertarse. No soy experto en conmociones, pero me pareció buena señal y me sentí mejor. Habría sido terrible si hubiera golpeado con más fuerza y lo hubiese matado o herido de gravedad.

Me senté en el suelo de manera que mi cabeza quedara fuera de la línea de visión si alguien miraba por la cristalera de delante, como había hecho yo unos minutos antes. Esperé.

Habían ocurrido tantas cosas que me sentía paralizado. Tenía tanto en lo que

pensar que no pensé en nada. Me limité a quedarme sentado a oscuras.

Cuando sonó el teléfono me puse en pie de un brinco. Tanteé hasta cogerlo y respondí.

—Señor Stoeger, me pareció que debía advertirle si seguía ahí. Alguien ha llamado a la Oficina del Sheriff desde el *drugstore* de enfrente y ha dicho que la luz de seguridad del banco está apagada. Quienquiera que haya contestado en la Oficina dijo que irían enseguida. Me pareció uno de los ayudantes, al menos estoy segura de que no era el señor Kates.

—Gracias, Milly. Muchas gracias —respondí.

Un coche se detenía junto al bordillo. Lo veía por la cristalera. Respiré aliviado cuando vi que de él descendían Clyde Andrews y el médico.

Encendí las luces de dentro mientras Clyde abría la puerta principal. Le conté rápidamente lo de la llamada a la Oficina del Sheriff mientras los guiaba a la parte de atrás, donde yacía Harvey Andrews. Lo movimos ligeramente hasta un lugar en el que no se le viera desde la parte delantera del banco, ni a él ni al doctor Minton, que se inclinaba sobre el chico. Justo a tiempo. Hank estaba llamando a la puerta.

Yo también permanecí oculto, para no tener que explicar qué hacía allí. Oí que Clyde Andrews le abría la puerta a Hank y le decía que no pasaba nada, que a él también lo habían avisado de que la luz de seguridad estaba apagada, por eso se había acercado a ver: se había fundido la bombilla.

Cuando Hank se marchó, Clyde volvió con nosotros. Estaba pálido. El doctor Minton le dijo:

—Se pondrá bien, Clyde. Ya está empezando a recuperar la consciencia. En cuanto pueda caminar con ayuda, lo llevaremos al hospital para hacerle un chequeo y quedarnos tranquilos.

—Clyde —dije—, yo he de irme. Esta noche han surgido muchas cosas. Pero tan pronto te asegures de que el chico se encuentra bien, ¿me avisarás? Seguramente estaré en el *Clarion*, o en el bar de Smiley o, si es muy tarde, podría estar ya en casa.

—Claro, Doc. —Apoyó la mano en mi hombro—. Y muchas gracias por llamarme a mí en lugar de a la Oficina del Sheriff.

—De nada —respondí—. Oye, Clyde, no supe quién era hasta después de golpear. Empezaba a salir por la ventana trasera y pensé...

Clyde me interrumpió.

—Miré en su cuarto después de que me llamas. Había hecho las maletas. No lo entiendo, Doc, sólo tiene quince años. ¿Por qué iba a hacer una cosa así? —Negó con la cabeza—. Siempre ha sido testarudo y a veces se ha metido en líos sin mucha importancia, pero esto no lo entiendo. —Me miró, muy serio—. ¿Lo entiendes tú?

Pensé que tal vez entendía una parte, pero me acordé de Bat Masters y de que, a cada minuto que pasaba, se alejaba más, por lo que sería mejor avisar a la Policía del Estado lo antes posible. Por eso le dije:

—¿Podemos hablar de esto mañana, Clyde? Haz que el chico te cuente su versión

cuando pueda hablar e intenta librarte de todos tus prejuicios hasta entonces. Creo que podría no ser tan grave como te lo parece ahora.

Cuando salí, tenía aspecto de haber recibido un golpe casi mortal.

Empecé a andar pensando en que era una locura hacer lo que había hecho. Pero, bien mirado, ¿había dejado de aprovechar, aquella noche, alguna oportunidad de hacer mal las cosas? Además, aquello en concreto no parecía tan malo. Si hubiese llamado a Hank, el chico podría haberse llevado un tiro, en vez de un golpe en la cabeza. Y, desde luego, lo habrían arrestado.

Eso sí que sería algo malo. Así, aún existía la posibilidad de enderezarlo antes de que fuese demasiado tarde. Tal vez con la ayuda de un psiquiatra... Aunque Clyde Andrews tendría que aceptar que él también necesitaba ir al psiquiatra. Era un buen hombre pero, como padre, resultaba demasiado duro. A un chaval de quince años no se le pueden pedir las cosas que Clyde le pedía a Harvey sin que nada se tuerza por el camino. Pero que robase un banco, aunque fuera el de su padre —no tenía claro si eso empeoraba o mejoraba la situación—, era algo que no me esperaba. Me horrorizaba. Que Harvey se fugara de casa no me habría sorprendido, creo que incluso podría entenderlo.

Se puede ser un hombre bueno de verdad y, a la vez, un padre demasiado concienzudo y estricto como para que tu hijo consiga llegar a quererte. Si Clyde Andrews fuese capaz de emborracharse por una vez en su vida, su perspectiva de las cosas podría cambiar, aunque no volviese a probar el alcohol. Pero nunca había tomado ni una sola copa. Creo que tampoco había fumado un pitillo, ni dicho un solo taco.

De todas formas a mí me caía bien; supongo que seré muy tolerante. Pero me alegro de no haber tenido un padre como él. Para mí, el mejor padre de la zona era Carl Trenholm. ¡Trenholm! ¡Aún no sabía si estaba muerto o solamente herido!

Me faltaba media manzana para llegar al bar de Smiley y al *Clarion*. Eché a correr. A pesar de mis años, correr un tramo tan corto no me iba a dejar sin aliento. Seguramente no habría transcurrido ni media hora desde que había salido de casa, aunque con todo lo ocurrido, me parecía que llevaba fuera varios días. En cualquier caso, yo sabía que nada podría pasarme entre donde estaba y el bar de Smiley. Tenía razón.

A través de la cristalera vi que no había clientes y que Smiley se encontraba solo tras la barra, sacando brillo a los vasos, como siempre. Creo que cuando no tiene nada más que hacer saca brillo a los mismos vasos sin descanso.

Entré corriendo y me fui directo al teléfono mientras decía:

—Smiley, esta noche está pasando de todo: un loco se ha fugado del manicomio, a Carl Trenholm le ha ocurrido algo y un par de atracadores de bancos a los que busca la Policía han pasado por aquí hará cosa de quince o veinte minutos, y tengo que...

Para cuando hube dicho todo eso ya estaba junto al teléfono, alargando la mano

con intención de coger el auricular. Pero no llegué a tocarlo.

Una voz a mi espalda dijo:

—Calma, macho.

## 6

“¿Qué importa hasta dónde lleguemos?” el amigo escamoso comenta.  
“A mayor distancia de Inglaterra, la cercanía de Francia aumenta.  
Ya sabes que el otro lado tiene su orilla de templanza,  
Así que no palidezcas, caracol, y con nosotros danza.”

ME DI LA VUELTA DESPACIO. Se habían sentado a la mesa tras un recodo que hacía el bar, la única mesa que no se veía a través de las cristaleras ni desde la puerta. Seguramente la habrían elegido por eso. Las jarras de cerveza que tenían delante estaban vacías. Pero no me parecía que lo estuviesen las pistolas que empuñaban.

Una de ellas, la del compañero de Bat Masters, apuntaba a Smiley. Y Smiley, sin sonreír, mantenía las manos muy quietas, sin mover un solo músculo.

La de Masters me apuntaba a mí.

—Así que nos conocías, ¿eh, macho? —fue su comentario.

No tenía sentido negarlo. Ya había dicho demasiado.

—Usted es Bat Masters. —Miré al otro, a quien no había podido ver bien antes, porque estaba en el coche.

Era achaparrado y robusto, de cabeza apegada y ojillos de cerdo. Parecía la caricatura de un oficial del Ejército alemán.

—Lo siento, no conozco a su amigo —dije.

Masters se rió.

—Vaya, George, así que yo soy famoso y tú no. ¿Qué te parece? —dijo.

George no apartaba la vista de Smiley.

—Creo que será mejor que pases a este lado de la barra —le dijo—. Podrías tener un arma oculta por ahí abajo y animarte a intentar cogerla.

—Venid a sentaros con nosotros —nos invitó Masters—. Los dos. ¿Celebramos una fiesta, George?

—Cierra el pico —respondió George.

Eso hizo cambiar bastante mi opinión acerca de George. Yo no me habría atrevido a mandar callar a Bat Masters, y menos con ese tono de voz. Ciertamente le había respondido mal veinte minutos antes, pero no sabía quién era. Ni siquiera había visto lo grande que era.

Smiley estaba saliendo de detrás de la barra. Lo miré y le dediqué lo que debió parecerle una sonrisa de lo más falsa.

—Lo siento, Smiley —dije—. Parece que esta vez he metido la pata por los dos.

Se mantuvo impertérrito.

—No es culpa tuya, Doc.

Yo no estaba tan seguro. Acababa de recordar que había creído ver un coche aparcado frente al bar de Smiley. De haber tenido el cerebro en condiciones normales,

como mínimo le habría echado una ojeada. En ese caso hubiese tenido el sentido común suficiente para cruzar a mi despacho del *Clarion*, en lugar de colarme como un idiota en el bar de Smiley y arrojarme a los brazos de Bat Masters y George.

Y si la Policía del Estado hubiese llegado antes de que la pareja abandonara el bar, el *Clarion* habría contado con una noticia impresionante. En cambio ahora, la noticia podía seguir siendo buena, pero ¿quién la escribiría?

Smiley y yo estábamos de pie uno al lado del otro, por lo que Masters debió pensar que con un arma bastaba para controlarnos. Guardó la suya en la pistolera y miró a George.

—¿Y ahora qué? —le preguntó.

Eso volvía a demostrar que George era el jefe o al menos compartía posición con Masters. Al estudiar el rostro de George comprendí por qué. Masters era grande y seguramente tendría mucha fuerza y mucho valor, pero George tenía más cabeza.

—Supongo que tendremos que llevarlos con nosotros, Bat —le respondió.

Yo sabía lo que eso significaba.

—Oigan, ahí detrás hay un almacén. ¿No pueden dejarnos atados? Aunque nos encuentren dentro de unas horas ya no importará. Ustedes habrán huido.

—Podrían encontraros dentro de unos minutos. Seguramente te habrás fijado en la marca y color de nuestro coche y sabes adonde vamos. —Negó con la cabeza de una forma que no dejaba duda al respecto—. Y no pensamos quedarnos hasta que aparezca alguien más. Bat, echa una ojeada afuera.

Masters se levantó y se dirigió a la puerta. Pero pareció dudar y regresó hasta la barra. Cogió dos botellas de *whisky* y las guardó en los bolsillos de su chaqueta, pulsó una tecla para abrir la caja registradora y echó mano de los billetes. No se molestó en llevarse las monedas: dobló los billetes y se los metió en el bolsillo del pantalón. Luego se alejó de la barra y fue hacia la puerta.

A veces creo que la gente está loca. Smiley extendió la mano y dijo:

—Son cinco pavos. Cada una de esas botellas cuesta dos dólares y medio.

Podría haberle pegado un tiro en aquel mismo instante pero, por algún motivo, a Masters le hizo gracia. Sonrió, sacó el fajo de billetes del bolsillo, cogió uno de cinco y se lo dio a Smiley. George dijo:

—Bat, déjate de tonterías. Mira afuera.

Me fijé en que estuvo muy atento y mantuvo el arma apuntando al pecho de Smiley mientras este se guardaba el billete de cinco dólares en el bolsillo.

Masters abrió la puerta y salió, echó una ojeada al exterior y nos hizo señas. George se había puesto en pie, dispuesto a caminar detrás de nosotros, y guardó el arma en el bolsillo de la chaqueta para que no se viera, pero sin soltarla.

—Muchachos, en marcha —nos dijo.

Casi parecía que éramos amigos.

Salimos al agradable fresco de la noche, que no iba a durar mucho más para nosotros, tal y como pintaba la cosa. Sí, el Buick estaba aparcado frente al bar de

Smiley. Si me hubiese fijado en él antes de entrar, no estaríamos metidos en semejante lío.

El Buick era un sedán de cuatro puertas.

—Subid a la parte de atrás —ordenó George.

Obedecimos y George se sentó delante, pero ladeado, sin perdernos de vista. Masters ocupó el asiento del conductor y puso el motor en marcha. Por encima del hombro preguntó:

—A ver, macho, ¿por dónde vamos?

—A cinco millas de aquí empieza el bosque. Si nos adentramos en él y nos dejan atados allí, será totalmente imposible que nos encuentren antes de mañana —respondí.

No quería morir, ni que muriese Smiley, y lo que había dicho me parecía tan buena idea que me dejé llevar por la esperanza. Pero Masters preguntó:

—Oye, macho, ¿qué población es esta?

Entonces supe que no teníamos nada que hacer. Media hora antes le había dado una respuesta impertinente a una pregunta impertinente y por eso ya no teníamos nada que hacer.

El coche se apartó de la acera y puso rumbo al Norte.

Tenía miedo y me encontraba totalmente sobrio. Una cosa no iba con la otra, así que pregunté:

—¿Y si tomamos un trago?

George metió la mano en el bolsillo de Masters y nos pasó una de las botellas. Me temblaba el pulso mientras le sacaba el celofán y la abría. Primero se la ofrecí a Smiley, quien le dio un sorbo y me la devolvió. Yo le di un buen trago y percibí calor en una zona de mi cuerpo que estaba helada. No voy a decir que fuera feliz, pero me sentí un poco mejor. Me pregunté en qué estaría pensando Smiley, recordé que tenía esposa y tres hijos y deseé no haberme acordado.

Le pasé de nuevo la botella y le dio otro trago rápido.

—Lo siento, Smiley —dije.

—No pasa nada, Doc —respondió, y luego se rió—. Vaya cosa, Doc. Habrá un artículo de primera para tu *Clarion*, aunque ¿sabrá escribirlo Pete?

Yo me preguntaba lo mismo, pero muy seriamente. Pete es uno de los mejores tipógrafos de Illinois, muy completo. Sin embargo ¿cómo se las apañaría con todo esta noche y mañana por la mañana? Sacaría el periódico sin problemas, pero nunca había escrito las noticias, al menos desde que trabajaba para mí, y ocuparse de tanta noticia como iba a tener mañana le resultaría muy complicado. Un loco fugado, lo de Carl, y lo que fuera que nos iba a pasar a Smiley y a mí, ¡como si me quedaran dudas! Me pregunté si encontrarían nuestros cuerpos a tiempo de que saliera la noticia en el periódico o si se publicaría como una simple doble desaparición. Muy pronto nos iban a echar de menos. A Smiley porque su bar seguía abierto sin que hubiese nadie tras la barra. A mí porque había quedado con Pete en el *Clarion* y, más o menos en el

plazo de una hora, al ver que no aparecía, empezaría a buscarme.

Ya estábamos saliendo de Carmel City. Me fijé en que habíamos dejado la calle que la cruzaba y que enlazaba con la carretera principal. Burgoyne Street, donde nos encontrábamos, daba a una secundaria.

Masters detuvo el coche al llegar a un desvío y se dio la vuelta.

—¿A dónde conducen esos caminos? —preguntó.

—Los dos van a Watertown —respondí—. El de la izquierda sigue el cauce del río y el otro ataja por la sierra. Es más corto, pero mucho más peligroso.

Parecía que a Masters no le importaba el peligro. Giró a la derecha y empezamos a ascender. Si hubiese conducido yo, no habría ido por allí. Los montes son muy empinados y la carretera, estrecha y llena de curvas, con taludes a un lado o al otro todo el tiempo. No son los precipicios que hay en las carreteras de montaña propiamente dichas, pero bastan para destrozar cualquier coche que se salga del camino y para despertar mi pizca de acrofobia.

Las fobias son ridículas, se escapan a la lógica. Sentí que la mía recuperaba importancia en cuanto apareció el primer terraplén al lado del camino y empezamos a subir el primer monte. Lo cierto es que, en aquel momento, le tenía más miedo a aquello que al arma de George. Sí, las fobias son curiosas. La mía, el miedo a las alturas, es una de las más comunes. Carl teme a los gatos. Al Grainger es pirofóbico: siente un miedo morboso al fuego.

—¿Sabes, Doc? —dijo Smiley.

—¿Qué? —pregunté.

—Estaba pensando en lo de que Pete tendrá que escribir el artículo. ¿Y si vuelves para ayudarlo? ¿No existen los fantasmas de la pluma?

Gemí. Después de tantos años, Smiley había elegido un momento como aquel para soltar la única cosa graciosa que le había oído decir.

Habíamos ascendido mucho, casi tanto como lo permitía la carretera. Ya se veía la curva cerrada tras la que se iniciaba el descenso. Masters detuvo el coche.

—Hala, memos, bajaos y empezad a andar.

Había dicho “empezad”, pero sin hacer mención al final. Las luces traseras del coche les bastarían para disparar contra nosotros. Seguramente había elegido aquel lugar porque resultaría fácil hacer rodar nuestros cuerpos colina abajo para que tardaran en encontrarlos. Ya se estaban bajando del coche. Los dos.

La manaza de Smiley me dio un rápido apretón en el brazo. No sabía si se trataba de un gesto de despedida o de advertencia. Tan tranquilo como si estuviera cobrando consumiciones tras la barra de su bar, dijo:

—Adelante, Doc.

Abrí la puerta de mi lado, pero me daba miedo bajar. No porque supiera que me iban a pegar un tiro, eso ocurriría bajase o no. Me sacarían a la fuerza o me dispararían donde estaba, empapando de sangre el asiento trasero del coche. No, tenía miedo de bajar porque el coche se había detenido en el lado desprotegido de la

carretera y el talud comenzaba a menos de un metro de la puerta abierta del coche. La mierda de mi acrofobia. La noche era oscura y yo sólo podía ver el bordillo de la carretera, nada más, por lo que imaginaba que a continuación se abriría un precipicio. Dudé y me quedé atascado en la puerta.

—Adelante, Doc —volvió a decir Smiley, y le oí moverse a mi espalda.

De repente se oyó un clic y se hizo la oscuridad completa. Smiley había alargado uno de sus enormes brazos hasta el salpicadero y el interruptor de las luces. Todas las luces del Buick se apagaron.

Sentí un empujón en el centro de la espalda que me lanzó fuera del coche como el corcho de una botella de champán. Creo que ni llegué a tocar con los pies aquel metro escaso de carretera. Mientras volaba por encima del bordillo y me internaba en la tiniebla de lo desconocido, oí un juramento y un disparo a mi espalda. Tenía tanto miedo a la caída que hubiese preferido encontrarme corriendo en dirección a Carmel City, intentando esquivar las balas. Al menos estaría muerto antes de que me arrojaran por el terraplén.

Me di un golpe, caí y rodé cuesta abajo. No era demasiado pronunciada, la verdad. Se trataba de una ladera con un cuarenta y cinco por ciento de inclinación, cubierta de hierba. Aplasté un par de arbustos antes de que un tercero me detuviera. Oí que Smiley se deslizaba detrás de mí y luché por sacarme del medio lo antes posible. Los brazos y las piernas me respondían, así que no podía estar gravemente herido.

Como los ojos empezaban a adaptarse a la oscuridad, fui capaz de ver que frente a mí había árboles, por lo que me dirigí colina abajo hacia ellos, a veces corriendo, otras deslizándome o cayéndome directamente, que es la forma más sencilla, si no la más cómoda, de bajar una colina.

Llegué al abrigo de los árboles y oí que Smiley también llegaba, en el momento en que las luces del coche volvieron a encenderse en la carretera, por encima de nosotros. Sonaron disparos en nuestra dirección y luego oí a George decir:

—No perdamos más el tiempo. En marcha.

—¿Quieres decir que vamos a dejar...?

—Eso es —masculló George—. Podríamos pasarnos una hora jugando al escondite en medio de ese bosque. En marcha.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba unas palabras tan bonitas.

Oí el golpe de las puertas del coche al cerrarse y el encendido del motor. La voz de Smiley, unos dos metros a mi izquierda, preguntó:

—¿Doc? ¿Estás bien?

—Creo que sí —le dije—. Bien hecho, Smiley. Gracias.

Salió de detrás de un árbol en dirección a mí. Ya podía verlo.

—Déjate de rollos, Doc, y date prisa. Tenemos una posibilidad, aunque mínima, de detenerlos.

—¿Detenerlos? —pregunté.

El tono agudo de mi voz me sonó raro hasta a mí. Me pregunté si Smiley se habría vuelto loco. No se me ocurría nada que me apeteciera menos que detener a Bat Masters y a George.

Pero me había agarrado del brazo y empezaba a bajar la cuesta, entre los árboles en penumbra y alejándose del camino, mientras me arrastraba con él.

—Mira, Doc. Conozco esta zona como la palma de mi mano. He cazado aquí muchas veces.

—¿Atracadores de banco? —pregunté.

—Verás, esa carretera describe una curva muy cerrada y vuelve a pasar por debajo de nosotros, a menos de cuarenta metros de aquí. Si conseguimos situarnos por encima del camino antes de que ellos pasen, y si encuentro una piedra grande para dejarla rodar sobre el coche...

No me hacía mucha gracia, pero él me arrastraba y ya estábamos entre los árboles. Me había acostumbrado del todo a la oscuridad y veía la carretera en penumbra, a diez metros por delante y por debajo de nosotros. A lo lejos, tomando una curva, se oía el coche. Aún no se veía. Se encontraba a buena distancia pero venía con prisas.

—Busca una piedra grande, Doc —me pidió Smiley—. Si no ves ninguna lo bastante grande como para hacerla rodar ladera abajo, busca una que podamos arrojarles. Si les damos en el parabrisas...

Se inclinaba, buscando a tientas. Yo hice lo mismo, pero el terraplén estaba cubierto de hierba y no había piedras. O si las había, yo no las encontraba.

Al parecer, Smiley tampoco tenía suerte, porque soltó un par de tacos y dijo:

—Ojalá tuviera un arma.

Entonces me acordé.

—Yo tengo una —dije.

Se enderezó y me miró. Me alegro de que la oscuridad le impidiera verme la cara, y a mí ver la suya.

Le entregué el revólver. Los faros del coche se veían ya al dar la curva. Smiley me hizo retroceder al abrigo de los árboles y se ocultó tras uno, dejando expuestas sólo la cabeza y la mano que sujetaba el arma.

El Buick venía como alma que lleva el diablo, pero Smiley apuntó sin inmutarse. Efectuó el primer disparo cuando el coche se encontraba a unos cuarenta metros y el segundo, a veinte. El primero dio en el radiador. No quiero decir que fuera esa su intención, pero allí encontraron la bala después. El segundo atravesó el parabrisas, casi en el centro pero en diagonal. Abrió un surco en el lateral del cuello de Masters. El coche dio un bandazo, se salió de la carretera y cayó colina abajo, lejos de nosotros. Dio una vuelta de campana, las luces acuchillaron la noche con pulso de borracho, se estrelló contra un árbol con un ruido de mil demonios y se detuvo.

Durante un segundo, después de tanto ruido, se produjo un silencio que casi resultaba ensordecedor. Luego estalló el depósito de gasolina.

El coche empezó a arder y tuvimos luz de sobra. Al correr hacia él vimos que uno de los hombres había salido disparado. Cuando nos encontramos lo bastante cerca supimos que se trataba de Masters. George aún estaba dentro del coche, pero no podíamos hacer nada por él. Y en medio de aquel infierno en llamas, no habría sobrevivido ni el minuto escaso que tardamos en llegar al lugar del accidente.

Arrastramos a Masters para alejarlo del incendio antes de comprobar si estaba vivo. Sorprendentemente, así era. Tenía la cara como si la hubiese metido en una picadora de carne y los dos brazos rotos. No sabíamos si le pasaba algo más, pero al menos respiraba y le latía el corazón.

Mientras observaba las llamas, Smiley comentó:

—Un Buick de primera totalmente perdido. Y era un modelo del cincuenta.

Movió la cabeza con pena y retrocedió, como yo, cuando se produjo otra explosión en el coche, seguramente provocada por los cartuchos del arma de George.

—Uno de nosotros tendrá que volver andando. Y el otro debería quedarse aquí, ya que Masters sigue vivo —dije.

—Tienes razón. No creo que podamos hacer gran cosa por él, pero tampoco podemos irnos los dos y dejarlo aquí. Oye, mira, ahí viene un coche.

Miré hacia donde señalaba, el tramo superior de carretera donde nos habíamos bajado del Buick, antes de la curva cerrada, y tenía razón: eran los faros de un coche que venía hacia nosotros.

Salimos a la carretera para hacerle señas, aunque se habría detenido de todas formas. Era un coche de la Policía del Estado con dos agentes en su interior. Por suerte, yo conocía a uno de ellos, Willie Peeble, y Smiley conocía al otro, así que aceptaron nuestra versión de lo ocurrido. Sobre todo porque Peeble conocía la historia de Masters y fue capaz de identificarlo, a pesar de cómo tenía la cara.

Masters seguía vivo, respirando tan bien como cuando nos acercamos a él por primera vez. Peeble decidió que era mejor no moverlo. Regresó al coche de la Policía y utilizó su radio para pedir una ambulancia e informar de lo ocurrido a la central. Al volver, dijo:

—En cuanto llegue la ambulancia, os acercaremos a Carmel. Tendréis que hacer una declaración y firmarla, pero el jefe dice que podemos esperar a mañana, que os conoce a los dos y no hay problema.

—Estupendo —dije—, porque he de volver al periódico lo antes posible. En cuanto a Smiley, tiene el bar abierto y no hay nadie al cuidado. —De repente, tuve una idea y pregunté—: Oye, Smiley, ¿no te habrás quedado con la botella que nos dieron en el coche, verdad?

Negó con la cabeza.

—En medio del lío de apagar las luces, empujarte fuera del coche y salir yo...

Suspiré al conocer la pérdida de tan buen licor. La otra botella, la del bolsillo izquierdo de la chaqueta de Bat Masters, no había sobrevivido al accidente. Con todo, Smiley me había salvado la vida, así que debía perdonarle el abandono de la botella.

El fuego se iba extinguendo, aquel olor a barbacoa estaba empezando a marearme y deseaba con todas mis fuerzas que llegara la ambulancia para poder irnos de allí.

De repente me acordé de Carl y le pregunté a Peeble si habían dicho algo sobre Carl Trenholm en la radio de la Policía. Negó con la cabeza.

—Aunque hablaron de la fuga de un loco. Se escapó del manicomio del condado. Pero han debido cogerlo porque anularon la orden de búsqueda.

Era una buena noticia, en cierto modo. Significaba que Yehudi había decidido no esperar en mi casa. No me habría gustado verme obligado a entregarlo. Ya estuviese loco o no, esa no era forma de tratar a un invitado.

Y el hecho de que no hubieran hablado de Carl Trenholm en la radio de la Policía al menos resultaba alentador.

Se acercó un automóvil en la dirección contraria y se detuvo al ver los restos humeantes del accidente y el coche de la Policía. Resultó una oportunidad para Smiley y para mí. Lo conducía un hombre de Watertown conocido de Peeble y que iba camino de Carmel City. Peeble nos presentó y habló en nuestro favor, por lo que el otro dijo que nos llevaría encantado hasta Carmel.

Cuando, en el reloj del salpicadero del coche, vi que al entrar en Carmel City no eran más que las diez pasadas, no me lo creí. Parecía imposible que hubiesen ocurrido tantas cosas en las pocas horas —menos de cuatro— transcurridas desde que había salido del *Clarion*. Pero pasamos junto a un escaparate iluminado en el que se veía un reloj y comprobé que el del coche estaba bien. Sólo eran las diez y cuarto.

Nos dejó delante del bar de Smiley. Enfrente, se veían las luces encendidas en las oficinas del *Clarion*, lo cual indicaba que Pete se encontraba allí. Pero decidí tomarme antes una copa rápida con Smiley, así que entré con él.

El bar estaba tal y como lo habíamos dejado. En caso de que hubiese entrado algún cliente, se habría cansado de esperar y habría decidido irse.

Smiley pasó al otro lado de la barra y sirvió unos tragos mientras yo me dirigía al teléfono. Pensaba llamar al hospital para preguntar por Carl Trenholm, pero decidí llamar a Pete. Seguramente él ya habría telefonado al hospital. Así que di el número del *Clarion*. Cuando Pete reconoció mi voz, dijo:

—Doc, ¿dónde demonios te habías metido?

—Enseguida te lo cuento, Pete. Pero antes, dime, ¿sabes algo de Carl?

—Está bien. Aún no sé lo que ha pasado, pero se encuentra bien. Llamé al hospital y me dijeron que lo habían atendido y dado el alta. Quise averiguar qué tipo de heridas presentaba y cómo se las había hecho, pero dijeron que no podían facilitarme esa información. Llamé a su casa, aunque imagino que no habría llegado porque nadie respondió.

—Gracias, Pete, estupendo. Escucha, vamos a tener que redactar muchas cosas: el accidente de Carl, cuando nos pongamos en contacto con él, la fuga y captura de un loco y una cosa mucho más impresionante que cualquiera de esas dos. Por eso creo

que será mejor hacerlo esta noche, si te parece bien.

—Claro, Doc. Yo prefiero dejarlo listo hoy. ¿Dónde estás?

—En el bar de Smiley. Ven a tomarte una copa rápida para celebrar que Carl está bien. Si le han dado el alta tan pronto es que las heridas no son graves.

—De acuerdo, Doc. Me tomaré una. Pero ¿dónde te habías metido? ¿Y Smiley?. Miré en el bar camino de la oficina. Vi que aquí las luces no estaban encendidas y supe que aún no habías llegado, pero en el bar no estabais ni Smiley ni tú. Esperé entre cinco y diez minutos y luego decidí cruzar, por si alguien llamaba por teléfono y para empezar a fundir el plomo en la linotipia.

—Smiley y yo nos hemos dado un paseo en coche. Ahora te lo cuento —dije.

—Vale, nos vemos dentro de dos minutos.

Me acerqué a la barra y cuando fui a coger el vaso que Smiley me había servido, me temblaba la mano. Smiley sonrió y me dijo:

—A mí también me pasa, Doc. —Extendió la mano y vi que no estaba mucho más firme que la mía. —Bueno, ya tienes tu gran noticia, Doc. La que siempre habías deseado. Por cierto, te devuelvo el revólver. —Sacó el treinta y ocho de cañón corto y lo dejó sobre la barra—. Como nuevo, aunque le faltan dos balas. ¿Cómo es que lo llevabas encima?

No sé por qué, pero no me apetecía contarle —ni a él ni a nadie— que el loco fugado me había tomado el pelo de tal forma que lo había invitado a mi casa. Por eso dije:

—Tenía que venir hasta aquí andando y Pete acababa de llamarme para contar que había un loco suelto por ahí, así que me lo metí en el bolsillo. Supongo que me entró el miedo.

Me miró y negó lentamente con la cabeza. Sé que estaba pensando en que había tenido el revólver en el bolsillo todo el tiempo, durante lo que creímos que iba a ser nuestro último paseo en coche, y ni una sola vez había hecho ademán de usarlo. Tenía tanto miedo que me olvidé de él por completo, hasta que Smiley deseó tener un arma. Sonreí y le dije:

—Smiley, tienes razón en lo que estás pensando. Las armas se me dan tan bien como a una serpiente los patines. Quédatelo.

—¿Lo dices en serio? He estado pensando en comprarme uno para guardarlo tras la barra.

—Lo digo en serio. A mí me da miedo y me siento más seguro sin él.

Lo levantó en alto para sopesarlo.

—Es bueno. Debe valer lo suyo.

—Como mi vida, Smiley. Al menos para mí. Y tú me la salvaste al empujarme para hacerme salir del coche y saltar el bordillo.

—Olvídalo. Si permitía que te durmieras en la puerta, yo tampoco podía salir. Y bajar por el otro lado no habría sido tan buena idea. Pero, si lo dices en serio, gracias por el revólver.

Lo guardó tras la barra y luego sirvió otro trago para los dos.

—No lo cargues —le pedí—. Me queda mucho trabajo por hacer.

Miró el reloj y sólo eran las diez y media.

—Hombre, Doc, si la noche aún está en pañales.

Aunque no lo dije, pensé: “Pues vaya con los pañales”.

Me pregunto qué habría pensado de haber sabido lo mucho que les quedaba por absorber a aquellos pañales.

Entró Pete.

“Me da pena, dijo la morsa,  
Engañarlas de esta forma,  
Después de traerlas tan lejos  
Y hacerlas correr por norma”.

NI SMILEY NI YO habíamos tocado la segunda copa, así que Pete Corey llegó a tiempo de unirse a la ronda. Smiley le sirvió un *whisky*.

—Cuéntame, Doc, ¿qué historia es esa de que Smiley y tú os disteis un paseo en coche? Me dijiste que tenías el coche estropeado y Smiley no conduce.

—Pete, Smiley no necesita ser capaz de conducir. Es un genio. Mata o captura asesinos. Eso es lo que hicimos. Mejor dicho, es lo que hizo Smiley. Yo lo acompañé por aquello de ir.

—Me tomas el pelo.

—Si no me crees, lee el *Clarion* de mañana —respondí—. ¿Has oído hablar de Bat Masters?

Pete negó con la cabeza y cogió su copa.

—Oirás hablar de él —continué—. En el *Clarion* de mañana. ¿Has oído hablar de George?

—George ¿qué más?

Abrí la boca para decir que no lo sabía, pero Smiley se me adelantó y respondió por mí:

—George Kramer.

Clavé la mirada en Smiley.

—¿Cómo sabes su apellido?

—Lo vi en una revista especializada en casos policiales. También su foto, y la de Bat Masters. Pertenecen a la banda de Gene Kelley.

No podía dejar de mirarlo.

—¿Los reconociste? Me refiero a antes de que yo entrara.

—Claro —respondió Smiley—, pero no habría sido buena idea llamar a la poli con ellos aquí. Pensaba esperar a que se fueran y llamar a la Policía del Estado para que los atraparan camino de Chicago. Iban allí. Oí su conversación, no toda, pero eso sí. Iban a Chicago. Tenían una cita allí mañana por la tarde.

—¿Lo dices en serio, Smiley? —pregunté—. ¿De verdad los tenías fichados antes de que yo entrara?

—Te mostraré la revista con sus fotos. Vienen las fotos de toda la banda de Gene Kelley.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Smiley encogió sus enormes hombros.

—No me lo preguntaste. ¿Por qué no me dijiste tú que llevabas un revólver en el bolsillo? Si me lo hubieses pasado en el coche, nos los habríamos cargado antes. Era pan comido. La parte trasera del coche estaba tan oscura al salir de la ciudad que George Kramer no te habría visto pasármelo.

Se rió como si hubiese dicho algo gracioso. Y tal vez lo era.

Pete no dejaba de mirarnos. Por fin, dijo:

—Mirad, si es una broma, ya está bien. ¿Qué pasó en realidad?

No le hicimos ni caso.

—Smiley —dije—, ¿dónde está esa revista de casos policiales? ¿Puedes enseñármela?

—Claro, la tengo arriba. ¿Por qué? ¿No me crees?

—Smiley, te creería aunque dijeras que todo es mentira. No, estaba pensando que esa revista puede ahorrarme mucho trabajo. Traerá información sobre los tipos con los que hemos jugado a polis y cacos. Pensaba llamar a la Policía de Chicago para indagar, pero si la revista trae un artículo entero sobre la banda de Gene Kelley, me ahorraré la llamada.

—Enseguida te la bajo.

Smiley desapareció tras la puerta que llevaba arriba. Me compadecí de Pete y le hice un rápido esbozo de nuestro encuentro con los gánsters. Fue divertido ver cómo se quedaba con la boca abierta y pensar que muchas otras bocas en Carmel City acabarían igual al día siguiente, cuando se distribuyera el *Clarion*.

Smiley bajó con la revista, me la guardé en el bolsillo y me dirigí de nuevo al teléfono. Aún tenía que enterarme de los detalles del accidente de Carl, para el artículo. También para mi propia información, aunque saber que no estaba gravemente herido ya era un alivio.

Primero llamé al hospital y me dijeron lo mismo que a Pete: que lo sentían pero que como el señor Trenholm ya había recibido el alta, no podían facilitarme esa información. Les di las gracias. Llamé a casa de Carl y nadie contestó, así que volví junto a Pete y Smiley.

Smiley estaba mirando hacia fuera y dijo:

—Alguien acaba de entrar en tu oficina, Doc. Me pareció que era Clyde Andrews.

Pete se giró para mirar, pero ya era tarde.

—Debe de ser él —dijo—. Olvidé decírtelo, Doc: llamó hará veinte minutos, mientras te esperaba en la oficina. Le dije que estarías al caer.

—No cerraste con llave, ¿verdad, Pete?

Negó con la cabeza. Esperé un minuto para que el banquero tuviese tiempo de subir las escaleras y entrar en la oficina. Luego volví al teléfono y llamé al *Clarion*. Sonó varias veces mientras Clyde, aparentemente, decidía si contestar o no. Por fin lo hizo.

—Soy Doc, Clyde —le dije—. ¿Cómo está el chico?

—Bien. Está bien. Quiero darte otra vez las gracias por lo que hiciste y necesito

hablar contigo de una cosa. ¿Vas a venir?

—Estoy enfrente, en el bar de Smiley. ¿Por qué no cruzas, si quieres que hablemos?

Dudó.

—¿No puedes venir tú?

Sonreí. Clyde Andrews no es sólo un defensor estricto de la abstinencia, también es el jefe de la sección local (pequeña, gracias a Dios) de la Liga Antibares. Seguramente nunca en su vida había entrado en uno.

—Me temo que no, Clyde —respondí con voz muy seria—. Si quieres hablar conmigo, tendrá que ser en el bar de Smiley.

Me entendió perfectamente. Se vio obligado a contestar:

—Ahora bajo.

Me acerqué a la barra y dije:

—Smiley, Clyde Andrews viene hacia aquí. Es su primera vez.

Smiley se me quedó mirando.

—No me lo creo —y se rió.

—Ya lo verás.

Muy solemne, me metí tras la barra, cogí una botella y dos vasos y me los llevé a una mesa, la que quedaba más alejada de la barra. Me encantó cómo me miraban Pete y Smiley.

Llené los vasos y me senté. Pete y Smiley seguían mirándome. Se dieron la vuelta para mirar en la dirección contraria cuando entró Clyde, caminando con paso forzado.

—Buenas noches, señor Corey —le dijo a Pete—. Buenas noches, señor Wheeler —le dijo a Smiley, y se acercó a donde yo estaba.

—Siéntate, Clyde —le pedí.

Se sentó. Lo miré y dije muy seriamente:

—Te digo por adelantado que no me gusta lo que vas a pedirme.

—Pero, Doc —dijo preocupado, casi suplicando—, ¿es necesario que publiques lo ocurrido? Harvey no pretendía...

—A eso me refiero —interrumpí—. ¿Qué te hace pensar que tenía intención de publicarlo?

Me miró y su expresión ya era otra.

—¿No vas a publicarlo?

—Por supuesto que no. —Me incliné hacia él—. Mira, Clyde, haremos una apuesta... o la haríamos si te gustara apostar. Pero apuesto a que sé la cantidad exacta que el chaval tenía en el bolsillo al irse. Y no, no registré sus bolsillos. Apuesto a que tenía una cuenta de ahorro. Lleva varios años trabajando en verano ¿no? Pensaba huir, sabía que tú no le permitirías retirar su propio dinero y que no podría sacarlo del Banco sin que tú lo supieras. Ya tuviese veinte dólares o mil, apuesto a que había cogido la cantidad exacta que tenía en su cuenta.

Suspiró.

—Tienes razón. Has dado en el clavo. Gracias por pensar eso de mi hijo. Era lo que iba a contarte.

—Harvey es un buen chico, Clyde, pero tiene quince años. Admitirás que acerté al llamarte a ti en lugar de al sheriff y al no incluir la historia en el periódico.

—Sí.

—Estás en un bar, Clyde, un antro de depravación. Tenías que haber contestado “sí, joder”, aunque supongo que en ti no quedaría natural, así que no insistiré. Pero ¿has estado pensando en por qué quería fugarse el chico? ¿Te lo ha dicho?

Negó con la cabeza, despacio.

—Ahora está bien, en su cama, durmiendo. El doctor Minton le ha dado un sedante y me ha dicho que será mejor que Harvey descanse y no hable hasta mañana.

—Te aseguro que no tendrá una explicación demasiado coherente. Tal vez te diga que se fugaba para alistarse en el Ejército, dedicarse al teatro o... casi cualquier cosa. Pero no será verdad, aunque él lo crea así. Clyde, ya sea consciente o no de ello, Harvey huía de algo, no hacia algo.

—¿De qué huía?

—De ti.

Durante un segundo pensé que se iba a enfadar y me alegro de que no fuera así, porque yo podría haberme enfadado también y lo habríamos estropeado todo. Pero sólo se desanimó un poco y dijo:

—Continúa.

No me hacía gracia, pero tenía que golpear en caliente.

—Mira, Clyde, puedes levantarte e irte cuando quieras porque te lo voy a decir muy claro: has sido un padre desastroso.

En cualquier otro momento me habría dejado plantado al oírme decir eso y, por su expresión, supe que no le había gustado nada. Pero en cualquier otro momento tampoco se habría sentado en una mesa del bar de Smiley. Decidí continuar hablando.

—Eres un buen hombre, Clyde, pero te esfuerzas demasiado en serlo. Eres rígido, inflexible, virtuoso. Es imposible querer a un palo. Que seas religioso no tiene nada de malo, si quieres serlo. Algunos hombres buenos son religiosos. Pero debes comprender que no todos los que no piensan como tú han de estar equivocados.

»El alcohol, por ejemplo... tienes un vaso de *whisky* frente a ti, así que puedes beber, si quieres, pero al menos hablemos de él. Ha sido el consuelo de la humanidad, una de las cosas que vuelven la vida soportable, desde... maldita sea, desde antes de que la humanidad fuese humana. Es cierto que algunos no saben beber, pero eso no es motivo para querer legislar en contra y arrebatarlo a los que sí saben beber e incrementan su capacidad de disfrutar de la vida haciendo un uso moderado de él, o incluso haciendo un uso inmoderado muy de vez en cuando, siempre que no los vuelva pendencieros u otra cosa igualmente inaceptable.

»Pero dejemos el alcohol. Lo que quiero decir es que se puede ser un buen hombre sin intentar meterse demasiado en la vida del prójimo. O en la del hijo. Los

chavales son seres humanos, Clyde. En general, la gente es humana. Es más humana que el resto.

No dijo nada y eso me daba esperanzas. Tal vez asimilase una mínima parte.

—Mañana, cuando hables con el chico, ¿qué le vas a decir? —pregunté.

—No lo sé.

—No digas nada. Por encima de todo, no hagas preguntas. Ni una sola. Y deja que se quede con el dinero, en efectivo, para que pueda irse cuando lo desee. Quizás así no se vaya. Si cambias tu actitud hacia él.

»Pero, compréndelo, Clyde, no puedes cambiar tu actitud hacia él, aflojar las riendas, sin aflojarlas en general hacia la raza humana. El chico también es un ser humano. Y tú podrías serlo, si quieres. Tal vez creas que te arriesgas a perder tu alma inmortal, sin embargo yo no estoy de acuerdo y hay muchas personas verdaderamente religiosas que tampoco lo están. Pero si insistes en no comportarte como un ser humano, perderás a tu hijo.

Decidí que ya estaba bien. Cualquier otra cosa que dijera haría tambalear mi argumentación. Decidí que era mejor callarse. Y me callé.

Pasó un buen rato antes de que él hablara. Miraba concentrado a la pared sobre mi cabeza. Para responderme, siguió sin decir palabra. Hizo algo mejor, mucho mejor: cogió el vaso de *whisky* que tenía delante. Yo cogí el mío y lo vacié mientras él le daba un sorbo al suyo. Hizo una mueca.

—Sabe fatal —dijo—. Doc, ¿de verdad te gusta?

—No. No me gusta nada. Tienes razón, Clyde, sabe fatal. —Miró el vaso que tenía en la mano y se estremeció. —No te lo bebas. El sorbo que has dado demuestra tu intención. Y no intentes acabártelo de golpe, seguramente te atragantarías.

—Supongo que hay que aprender a apreciarlo, Doc. He bebido vino alguna vez, ya hace tiempo, pero no me pareció tan malo. ¿Tendrá vino el señor Wheeler?

—Se llama Smiley, y tiene vino. —Me puse en pie y le di una palmadita en la espalda. Era la primera vez que lo hacía. Luego continué—: ven, Clyde, vamos a ver qué toman los otros.

Me lo llevé a la barra, con Pete y Smiley. A Smiley le dije:

—Queremos una ronda. Invita Clyde. A él sírvele vino y a mí una cerveza pequeña, que aún me queda reescribir el periódico.

Le hice un gesto a Smiley para que cambiara la expresión de asombro que tenía. Me entendió y me hizo caso.

—Enseguida, señor Andrews —dijo—. ¿Qué clase de vino quiere?

—¿Tiene jerez, señor Wheeler?

—Clyde, te presento a Smiley. Smiley, te presento a Clyde —metí baza.

Smiley se rió. Clyde dejó ver su sonrisa, que le salía agarrotada e iba a necesitar bastante práctica, pero yo sabía que Harvey Andrews no intentaría irse de casa nunca más. Estaba convencido.

De aquel momento en adelante el chico iba a tener un padre más humano. No

quiero decir que esperase que Clyde se convirtiera de repente en el mejor cliente de Smiley. Tal vez no volviera a entrar en su bar. Pero al pedir una copa en un bar, aunque fuera de vino, había cruzado su Rubicón. Ya no era perfecto.

Yo empezaba a notar de nuevo el efecto de las copas y no me apetecía beber más, pero aquella era una ocasión especial y debía tomarme la que Clyde me ofrecía. Como tenía prisa por volver al *Clarion* y ponerme a trabajar en todos los artículos que debía escribir, me la bebí de un trago y Pete y yo nos fuimos. Clyde se marchó a la vez que nosotros porque quería volver al lado de su hijo. Me pareció lógico.

Una vez en el *Clarion*, Pete comprobó que el recipiente del plomo fundido de la linotipia había alcanzado la temperatura adecuada mientras yo empezaba a maltratar a la vieja Underwood de mi mesa. Había decidido que, con toda la información que sacaría de la revista de Smiley, podría ampliar la cosa hasta que ocupara tres o cuatro columnas, así que me quedaba mucho por hacer. El loco fugado y Carl podían esperar hasta que hubiese terminado el artículo más importante, al fin y al cabo, al loco ya lo habían capturado y Carl se encontraba bien.

Le dije a Pete que, mientras esperaba el primer párrafo, compusiera un gran titular: “Tabernero captura asesinos buscados por la Policía”, para ver si cabía. Claro que pensaba incluirme en el relato, pero quería que Smiley apareciera como un héroe. Por un motivo muy sencillo: como tal se había portado.

Cuando le pasé un párrafo para componer, Pete ya había compuesto el titular y cabía bien.

Mientras preparaba el segundo me di cuenta de que no tenía la seguridad de que Bat Masters siguiera con vida, aunque así lo había puesto en primera plana. Sería mejor asegurarme y enterarme de cuál era su estado actual.

Sabía que en el hospital sólo me aclararían si estaba muerto o no, por eso cogí el teléfono y llamé a la comisaría de la Policía del Estado en Watertown. Respondió Willie Peeble.

—Sí, Doc, está vivo —me dijo—. Incluso ha recuperado la consciencia y hablado lo suyo. Cree que se muere y se ha explayado.

—¿Se va a morir?

—Sí, pero no como él cree. El Estado tendrá que pagar unos cuantos kilovatios. Y no se librará. Tienen bien pillada a toda la banda, una vez los detengan. En el atraco al banco de Colby murieron seis personas, dos de ellas mujeres.

—¿George también estaba en el ajo?

—Claro. Él fue quien mató a las mujeres. Una era cajera y la otra una cliente demasiado asustada para moverse cuando le ordenaron tirarse al suelo.

Eso hizo que me sintiera un poco mejor por lo que le había pasado a George. Aunque tampoco me tenía demasiado preocupado.

—Entonces ¿puedo incluir en mi artículo que Bat Masters ha confesado? —pregunté.

—No sé qué decirte, Doc. El capitán Evans está ahora en el hospital hablando con

él. Aquí sabemos que Masters está hablando, pero no los detalles. No creo que el capitán se moleste en preguntarle por lo del banco.

—¿Y qué le está preguntando?

—Dónde está el resto de la banda. Hay otros dos, además de Gene Kelley, y sería estupendo que el capitán le sacase a Masters algo que nos ayude a atraparlos a todos. Sobre todo a Kelley. Los dos de esta noche son insignificantes comparados con Kelley.

—Muchas gracias, Willie. Oye, si surge algo más, ¿me das un telefonazo? Aún voy a pasar un buen rato en el *Clarion*.

—Claro —me dijo—. Hasta luego.

Colgué y volví a mi artículo. Marchaba bien. Iba por el cuarto párrafo cuando sonó el teléfono. Era el capitán Evans, de la Policía del Estado, desde el hospital al que habían llevado a Masters. Acababa de llamar a Watertown y de enterarse de mi llamada.

—¿Señor Stoeger? ¿Cree que seguirá ahí dentro de un cuarto de hora o veinte minutos?

Le dije que seguramente me quedarían por delante unas cuantas horas de trabajo.

—Bien, entonces voy a verle.

Aquello iba a ser coser y cantar. Oiría la historia del interrogatorio a Masters de boca de su protagonista. Así que no me molesté en preguntarle nada por teléfono.

Al terminar el párrafo, me encontraba justo en el lugar en el que iba lo del interrogatorio a Masters y decidí esperar a Evans, que ya no tardaría demasiado.

Mientras, podía ocuparme en comprobar los datos de las otras noticias. Primero llamé a Carl Trenholm y nadie descolgó. Luego llamé al manicomio del condado.

La chica de la centralita me dijo que el director no estaba y me preguntó si deseaba hablar con su ayudante. Le dije que sí. Me lo pasó y, antes de que terminara de explicarle quién era y qué quería, me interrumpió diciendo:

—Precisamente va a verle a usted, señor Stoeger. ¿Se encuentra ahora en las oficinas del *Clarion*?

—Sí —respondí—. ¿Y dice que el director viene a verme? Estupendo.

Mientras colgaba, pensé encantado que las noticias acudían a mi encuentro: el capitán Evans y el doctor Buchan. Sólo faltaba que apareciera Carl para explicarme lo que le había ocurrido.

Y así fue. No en ese mismo instante, pero sí dos minutos después. Me había acercado a la platina y miraba con regodeo la horrible primera plana sin noticias, pensando en lo bonita que estaría un par de horas después, mientras escuchaba encantado el ruido de las matrices al caer en los canales de la linotipia, cuando se abrió la puerta y entró Carl.

Llevaba la ropa algo sucia y desastrada, un esparadrapo grande en la frente y tenía ojos llorosos. Sonrió avergonzado.

—Hola, Doc, ¿cómo va todo? —fue su saludo.

—De maravilla. ¿Qué te pasó, Carl?

—Eso es lo que vengo a contarte. Pensé que podrías haber oído una versión confusa y estar preocupado por mí.

—Ni siquiera conseguí una versión confusa. En el hospital no quisieron decirme nada. ¿Qué pasó?

—Me emborraché. Salí a dar un paseo a la zona de la carretera de peaje para despejarme, pero estaba tan aturdido que decidí tumbarme un rato, así que me dirigí a la franja de hierba que se extiende al otro lado de la cuneta y... bueno, mientras intentaba cruzar la cuneta resbalé y el suelo, con un pedazo de piedra en la mano, se levantó y me golpeó en la cara.

—¿Quién te encontró? —pregunté.

—Ni siquiera lo sé —se rió—. Me desperté, o recuperé la consciencia, en el coche del sheriff, camino del hospital. Intenté convencerlo para que no me llevara, pero insistió. Comprobaron que no había conmoción cerebral y me dieron el alta.

—¿Cómo te encuentras ahora?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Bueno, quizás no —dije—. ¿Una copa?

Se estremeció. No insistí. Pero le pregunté dónde había estado desde que había salido del hospital.

—Tomando café bien cargado en la cafetería. Creo que ahora puedo llegar hasta casa, que es adonde me marchó ya. Pero supuse que te habrías enterado y pensé que sería mejor que conocieras lo ocurrido por mí, en caso de que...

—No seas idiota, Carl —le dije—. No te mereces ni media línea. Aunque me lo pidieras. Por cierto, Smiley me contó la verdad del divorcio de Bonney, así que reduje el artículo a lo esencial y retiré todo lo relacionado con las acusaciones contra Bonney.

—Un detalle por tu parte, Doc.

—¿Por qué no me lo contaste tú? ¿Tenías miedo de interferir en la libertad de prensa? ¿O de aprovecharte de nuestra amistad?

—Supongo que un poco de todo. Pero gracias. Bueno, tal vez te vea mañana, si sobrevivo.

Se marchó y yo volví a mi escritorio. La linotipia había quedado bloqueada por la máquina de escribir y yo tenía la esperanza de que Evans llegara pronto, o el doctor Buchan, el director del manicomio, para poder continuar con al menos uno de los artículos y no obligar a Pete a quedarse trabajando más tarde de lo necesario. A mí me daba igual la hora. Estaba demasiado nervioso para dormir.

Una cosa sí que podíamos ir adelantando: acercarnos a la platina y empezar a sacar las noticias de relleno de las últimas páginas, para pasar a ellas las menos importantes de la página uno y dejar sitio a las dos grandes noticias que aún nos quedaban. Al menos necesitaríamos dos columnas completas en la página uno para la captura de los atracadores y la fuga del loco, o más, si conseguíamos hacer hueco.

Empezábamos a desbloquear las páginas cuando llegó el doctor Buchan. Lo acompañaba una anciana que me resultó vagamente conocida, aunque no fui capaz de situarla. Me sonrió y me dijo:

—¿Se acuerda de mí, señor Stoeger?

La sonrisa tuvo la culpa: me acordé de ella. Era vecina nuestra cuando yo era pequeño y me daba galletas. También recordé que, cuando estaba estudiando fuera, me contaron que había perdido ligeramente la cordura, pero no de forma peligrosa, y acabó en el manicomio. De eso habían pasado —¡Dios mío!— treinta y pico años. Ahora debía de tener setenta y muchos, y se llamaba...

—Desde luego, señora Griswald —le dije—. Incluso recuerdo las galletas y los dulces que usted me daba.

Le devolví la sonrisa. Parecía tan feliz que resultaba imposible no sonreírle.

—Me alegro mucho de que se acuerde, señor Stoeger. Necesito que me haga un gran favor y me consuela que recuerde los viejos tiempos, tal vez así me ayude. El doctor Buchan, muy amable, se ofreció a traerme para que hablase con usted. La verdad es que no quería fugarme. Sólo estaba confusa. Vi la puerta abierta y me olvidé de todo. Retrocedí cuarenta años y me pregunté qué hacía allí y por qué no estaba en casa con Otto, así que eché a andar camino a casa. Para cuando recordé que Otto llevaba muerto mucho tiempo y que yo estaba... —Ahora la sonrisa era tímida y las lágrimas asomaban a sus ojos—. Para entonces me había perdido y no era capaz de regresar, hasta que me encontraron. De verdad que intenté volver, cuando recuperé la memoria y supe dónde debía estar.

Por encima de su cabeza miré al doctor Buchan y él asintió, corroborando la historia. Pero seguía sin saber de qué iba aquello. No lo entendía, por eso dije:

—Entiendo, señora Griswald.

Recuperó la sonrisa y movió la cabeza con mucha energía.

—Entonces ¿no lo sacará en el periódico? ¿No contará que me marché y me perdí? Porque no era mi intención. Y Clara, mi hija, ahora vive en Springfield, pero sigue suscrita a su periódico para recibir noticias de casa. Si lee en el *Clarion* que me escapé, pensará que no soy feliz allí y se preocupará. Y yo soy feliz, señor Stoeger. El doctor Buchan es estupendo y no quiero que Clara se disguste o se preocupe por mí. No lo sacará en el periódico ¿verdad?

Le di un golpecito en el hombro con ternura y le dije:

—Por supuesto que no, señora Griswald.

De repente, me la encontré abrazada a mí, llorando, y me sentí de lo más azorado, hasta que el doctor Buchan la apartó y la encaminó hacia la puerta. Luego retrocedió y, en voz baja para que ella no pudiera oírlo, me dijo:

—Es la verdad, Stoeger. Seguramente su hija se preocuparía mucho y la mujer no tenía intención de escapar, simplemente se perdió. También es verdad que la hija lee su periódico.

—No se preocupe. No lo mencionaré siquiera —dije. A su espalda, vi que se abría

la puerta y entraba el capitán Evans, de la Policía del Estado. La dejó abierta para que saliera la señora Griswald. El doctor Buchan me estrechó la mano y dijo:

—Muchas gracias. De mi parte y de la señora Griswald. A una institución como la nuestra no le viene bien que se haga publicidad de las fugas. Y que conste que yo no le habría pedido que suprimiera la noticia, pero como nuestra paciente tenía un motivo legítimo para pedirle que no...

Se dio la vuelta por casualidad y vio que su paciente ya estaba bajando las escaleras. Salió corriendo tras ella, antes de que volviera a sentirse confusa y se despistara en el limbo.

“Otro artículo perdido”, reflexioné mientras estrechaba la mano de Evans. Me habían salido caras aquellas galletas. De repente pensé en todas las noticias que había tenido que silenciar aquella noche. El robo del banco, por motivos obvios y justificados. El accidente de Carl, porque había sido una tontería y publicarlo afectaría a su reputación de abogado. El accidente en el departamento de candelas romanas, porque haría perder el empleo al marido de la señora Carr, que tanto lo necesitaba. El divorcio de Ralph Bonney; esa no la había silenciado exactamente, pero había convertido una noticia importante y extensa en una nota breve. La huida del manicomio protagonizada por la señora Griswald, porque de pequeño me daba galletas y habría preocupado a su hija. Incluso el rastrillo benéfico de la Iglesia Bautista, por el motivo más evidente de todos: que lo habían cancelado.

Pero ¿qué más me daba a mí todo eso mientras me quedara una noticia importante de verdad, la más importante de todas? Y no existía ningún posible motivo que me impidiese publicarla.

El capitán Evans aceptó la silla que acerqué para él a mi mesa. Yo me senté en la giratoria y cogí un lápiz, dispuesto a tomar nota de lo que iba a contarme.

—Muchísimas gracias por venir hasta aquí, capitán. ¿Qué es lo que ha conseguido sacarle a Masters?

Se echó el sombrero hacia atrás y frunció el ceño. Luego dijo:

—Lo siento, Doc, pero tengo que pedirle, y son órdenes de arriba, que no publique nada de esta historia.

El joven coge la vorpalina espada  
Y busca al enemigo hombroroso.  
Luego, junto al árbol tumtum se para  
Y allí permanece largo tiempo, caviloso.

NO SÉ QUÉ CARA TENDRÍA. Sí sé que dejé caer el lápiz y tuve que carraspear cuando lo que quise decir no salió de mi garganta a la primera.

Salió a la segunda, aunque lastimeramente.

—Capitán, me toma el pelo. No me lo dice en serio. Es la única noticia importante que ha ocurrido jamás en Carmel City. ¿Se trata de una broma?

Negó con la cabeza.

—No, Doc, va en serio. Son órdenes directas del jefe. Naturalmente, no puedo obligarle a no revelar la noticia. Pero quiero explicarle los hechos y confío en que decida hacerlo así.

Respiré un poco más tranquilo cuando dijo que no podía obligarme a callar. No me haría daño escuchar lo que tuviera que decir, aunque fuera por educación.

—Adelante, hable. Ya puede ser convincente —le dije.

Se inclinó hacia delante.

—Verá, Doc, este asunto de la banda de Gene Kelley es algo muy feo. Son verdaderos asesinos. Supongo que se habrá dado cuenta después de su encuentro con dos de ellos. Por cierto, hizo un trabajo de primera.

—Fue Smiley Wheeler. Yo sólo iba de acompañante.

Era un mal chiste, pero se rió. Seguramente para tenerme contento.

—Si conseguimos guardar el secreto unas cuarenta horas más, hasta el sábado por la tarde, podremos acabar con toda la banda. Incluido el gran jefe, Gene Kelley.

—¿Por qué el sábado por la tarde?

—Masters y Kramer habían quedado en verse el sábado por la tarde con Kelley y el resto de la banda. En un hotel de Gary, Indiana. No habían vuelto a reunirse desde su último atraco y esa era la cita acordada para preparar el siguiente. ¿Lo entiende? Cuando Kelley y los otros acudan a la cita, los detendremos. A menos que se publique la noticia de que Masters y Kramer ya están en la trena. Entonces Kelley y compañía no aparecerán.

—¿Y si la cambiamos un poco y decimos que tanto Masters como Kramer han muerto? —propuse.

Negó con la cabeza.

—Los otros no se arriesgarían. No. Si se enteran de que estos dos han muerto o han sido detenidos, no volverán a acercarse a Gary.

Suspiré. Sabía que no iba a colar, pero dije, lleno de esperanza:

—Puede que ninguno de los miembros de la banda lea el *Clarion*.

—Ya sabe cómo es la cosa, Doc. Otros periódicos, por todo el país, se harán eco de la noticia. Saldría en las ediciones del sábado por la mañana, si no llega a tiempo de salir en las vespertinas del viernes. —Algo se le ocurrió de repente y se sobresaltó—. Oiga, Doc, ¿quién es el corresponsal de las agencias de prensa? ¿Ya tienen la noticia?

—Soy yo —dije, muy triste—, pero aún no había informado a ninguna de ellas. Pensaba esperar a que saliera mi propio periódico. Seguro que me habrían despedido, lo que me supondría perder unos dólares al año, pero por una vez en mi vida pensaba disfrutar de una gran exclusiva en mi semanario, antes de echársela a los lobos.

—Lo siento, Doc. Ya veo que esto es algo muy importante para usted. Pero al menos ahora no perderá la corresponsalía de las agencias. Puede decirles que retuvo el artículo a petición de la Policía hasta el mediodía del sábado, por ejemplo. Luego se lo envía a todas y se lleva el mérito.

—El dinero, me llevo el dinero. Y lo que yo quiero es el mérito de la exclusiva para el *Clarion*, maldita sea.

—Pero ¿retendrá la noticia, Doc? Esos tipos son asesinos en toda regla. Si nos deja atraparlos salvará muchas vidas. ¿Conoce algo de la historia de Gene Kelley?

Asentí. Había estado leyéndola en la revista de Smiley. No era un tipo muy agradable. Evans tenía razón al decir que imprimir el artículo costaría vidas, si evitaba que Kelley cayese en una trampa en la que, de otra forma, caería seguro.

Levanté la vista y vi que Pete estaba escuchando. Por su gesto intenté adivinar qué opinaba, pero se mantenía inexpresivo. Lo miré con cara de enfado y dije:

—Apaga la condenada linotipia. No me oigo ni pensar.

La apagó. Evans parecía aliviado.

—Gracias, Doc —dijo.

Sin un motivo claro —la noche resultaba moderadamente fresca—, sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—Ha sido una suerte que Masters odiase al resto de la banda lo bastante como para entregárnoslos al darse cuenta de que él ya había caído. Y que usted esté dispuesto a retener la noticia hasta que los pesquemos. Bueno, podrá sacarla la semana que viene.

De nada serviría decirle que sería como publicar uno o dos capítulos de *La guerra de las Galias* de Julio César. Pura historia antigua. Por eso me callé y, al cabo de unos segundos, se levantó y se fue.

El silencio pesaba demasiado sin la linotipia funcionando. Pete se acercó y dijo:

—Oye, Doc, seguimos teniendo el hueco de veinte centímetros en primera plana para el que ibas a buscar algo por la mañana, pero ya que estamos aquí...

Me pasé los dedos por lo que me queda de pelo.

—Públcala así, Pete —le dije—, pero con un margen negro alrededor.

—Podría adelantar la noticia de las elecciones en la Sociedad de Damas

Cooperantes. Si la recompongo a medida estrecha para que quepa en una columna, puede que ocupe lo suficiente.

No se me ocurría nada mejor.

—De acuerdo, Pete —dije. Pero cuando hizo ademán de encender la linotipia, concluí—: Esta noche no, Pete. Mañana. Son las once y media. Vete a casa con tu mujer y tus hijos.

—Pero preferiría...

—Lárgate ya de aquí, antes de que empiece a lloriquear. No quiero que nadie me vea hacerlo.

Sonrió para demostrar que sabía que no hablaba en serio y dijo:

—De acuerdo. Mañana vendré un poco antes. A las siete y media. ¿Vas a quedarte mucho?

—Sólo unos minutos. Buenas noches, Pete. Gracias por haber venido y por todo lo demás.

Cuando se fue, me quedé sentado en mi silla, pero no lloriqué, aunque tenía ganas de hacerlo. Parecía imposible que hubiesen ocurrido tantas cosas y que no pudiera sacar ni media línea de ninguna. Durante unos minutos deseé ser un cabrón en lugar de un pringado, para pasar de la situación y publicarlo todo. Aunque la banda de Kelley quedase libre y siguiera matando, el marido de mi asistenta perdiera el empleo, dejase mal a Carl Trenholm, preocupara a la hija de la señora Griswald y arruinara la reputación de Harvey Andrews al contar que lo había pillado robando el banco de su padre en plena fuga de su casa. Y ya de paso, también podría calumniar a Ralph Bonney publicando la lista de acusaciones falsas presentadas contra él en el proceso de divorcio y escribir un pequeño artículo humorístico sobre el jefe de la liga antibares y la ronda que nos había pagado en el tugurio de Smiley. Incluso podría incluir el artículo sobre el rastrillo benéfico, basándome en que lo habían cancelado demasiado tarde y permitir que unas cuantas decenas de ciudadanos se desplazaran en balde. Sería estupendo ser un cabrón en vez de un pringado para poder hacer todo eso. Los cabrones se divierten más que la gente normal. Y, sin duda, sacan periódicos mucho mejores y más llenos de noticias.

Me acerqué hasta la platina, en la que se veía la primera plana, y, por aquello de hacer algo, devolví los artículos de relleno a la página cuatro. Esos que habíamos sacado para poder trasladar las cosas menos importantes de primera plana y dejar sitio a las grandes noticias que íbamos a dar en exclusiva. Volví a bloquear la página.

El silencio me envolvía.

Me pregunté por qué no me iba de allí a tomar otra copa, o un montón de ellas, al bar de Smiley. Me pregunté por qué no quería emborracharme hasta estar como una cuba. Pero no quería.

Me acerqué a la ventana y me quedé mirando la calle tranquila. Aún no habían retirado las aceras —en Carmel City los bares cierran a medianoche—, pero nadie caminaba por ellas.

Pasó un coche y lo reconocí. Era el de Ralph Bonney, que seguramente iría a recoger a Miles Harrison para que lo acompañase a Neilsville a buscar la nómina del turno de noche de la Pirotécnica, incluido el departamento de candelas romanas, al cual brevemente...

Decidí fumarme un pitillo más y luego volver a casa. Metí la mano en el bolsillo, saqué la cajetilla y algo revoloteó hasta el suelo: una tarjeta.

La recogí y la miré. Decía:

Yehudi Smith

De repente, la noche volvía a estar llena de vida. Había descartado a Yehudi Smith al enterarme de la captura del loco fugado. Lo había descartado de tal forma que olvidé volver a contar con él cuando el doctor Buchan trajo a la señora Griswald para hablar conmigo.

Yehudi Smith no era el loco fugado.

Sentí la necesidad de saltar, de correr, de gritar.

Entonces recordé la cantidad de tiempo que lo había dejado solo y me abalancé sobre el teléfono de mi escritorio. Di el número de mi casa a la operadora y empecé a desanimarme mientras sonaba una vez, dos, tres... después de sonar cuatro veces, contestó la voz adormilada de Smith.

—Soy Doc Stoeger, señor Smith. Ahora mismo salgo hacia casa. Le pido disculpas por haberle tenido esperando tanto tiempo. Han surgido varias cosas.

—Me alegro. Quiero decir que me alegro de que venga ya. ¿Qué hora es?

—Alrededor de las once y media. En quince minutos me tiene ahí. Gracias por esperar.

Me puse la chaqueta corriendo y cogí el sombrero. A punto estuve de olvidar apagar la luz y cerrar con llave.

Paré en el bar de Smiley, pero no para tomar una copa. Compré una botella para llevar. La de casa andaba bajo mínimos cuando me marché y sabe Dios cómo estaría ahora.

Al salir del bar, volvió a fastidiarme que mi coche se encontrara fuera de juego por culpa de las ruedas pinchadas. No porque estuviera lejos o porque me moleste caminar si no tengo prisa, pero otra vez tenía prisa. Antes había sido porque creía que Carl Trenholm estaba muerto o gravemente herido y para alejarme de Yehudi Smith. Ahora era para volver a su lado.

Pasé frente a Correos, que ya estaba a oscuras. Frente al banco, con la luz de seguridad encendida y ni rastro de un posible delito. Dejé atrás el lugar donde se detuvo el Buick y una voz le preguntó a un tal “macho” qué población era aquella. No había un solo coche a la vista, amigo o enemigo. Dejé atrás todo lo que había dejado atrás miles de veces y abandoné la calle principal para adentrarme en las secundarias, tan agradables y acogedoras, libres de locos homicidas y demás horrores. En todo el camino a casa no miré atrás ni una sola vez.

Me sentía tan bien que parecía tonto. Lo mejor era que todo aquello me había dejado totalmente sobrio, por lo que me encontraba de humor y dispuesto a tomarme unas copas más y hablar de cosas descabelladas.

Seguía sin creermelo del todo que Smith esperara en casa. Pero estaba. Allí sentado parecía tan en su sitio que no entendí por qué había dudado.

—Hola —dije.

Lancé el sombrero hacia la percha, golpeó uno de los colgadores y allí se quedó. Era la primera vez que lo conseguía en varios meses y me hizo pensar que aquella noche estaba de suerte. Como si me hiciera falta que algo así me lo aclarase.

Me senté frente a él, igual que antes, y serví las copas, aún de la primera botella. Por lo visto, no había bebido mucho en mi ausencia. Le pedí disculpas de nuevo por haber tardado tanto.

Con un gesto informal de la mano le quitó importancia al asunto.

—No me molesta porque ya ha vuelto. —Sonrió—. Me he echado una cabezadita. Brindamos y bebimos.

—Veamos —continuó—, ¿por dónde íbamos cuando la llamada...? Oh, por cierto, dijo que un amigo había sufrido un accidente. ¿Puedo preguntar cómo...?

—Está bien —respondí—. No ha sido nada grave. Pero empezaron a surgir otros asuntos que me retuvieron.

—Bien. Entonces... ah, sí, ya me acuerdo. Cuando sonó el teléfono hablábamos del departamento de candelas romanas. Acabábamos de brindar por él.

Asentí.

—Ahí es donde he estado desde que me fui de aquí. Entre fuegos artificiales.

—¿En serio?

—Casi —respondí—. Me echaron hará cosa de media hora. Pero fue divertido mientras duró. Alto, no. No es cierto. No quiero mentir. Lo pasé fatal mientras todo ocurría.

Alzó un poco las cejas.

—Entonces habla en serio. Le ha ocurrido algo de verdad. ¿Sabe una cosa, doctor?

—Doc —dije.

—¿Sabe, Doc? Le veo distinto. Cambiado.

Llené los vasos. Aquella ronda puso fin a la primera botella.

—Creo que es algo temporal. Sí, señor Smith, he sufrido...

—Smitty —me interrumpió.

—Sí, Smitty, he sufrido una experiencia bastante desagradable, mientras duró, y aún no me he recuperado del todo, pero será algo temporal. Sigo nervioso y seguramente mañana lo estaré todavía más, cuando comprenda lo cerca que he estado de no contarla, pero soy el mismo tipo de siempre. Doc Stoeger, cincuenta y tres años y fracasado de primera, como héroe y como director de periódico.

Tras unos segundos de silencio, dijo:

—Doc, me caes bien. Creo que eres buena persona. No sé qué habrá pasado e imagino que no querrás contármelo, pero te apuesto una cosa.

—Gracias, Smitty. No es que no quiera contarte lo ocurrido esta noche, es que ahora no me apetece hablar de eso. Te lo contaré encantado en otro momento, porque ahora prefiero no pensar más en ello y empezar a centrarme en Lewis Carroll. Pero ¿qué es eso que me quieres apostar?

—Que no eres un fracasado como director de periódico. Como héroe, es posible; hay muy poco héroe por ahí. Pero apuesto a que has dicho que eres un fracaso como director de periódico porque has retirado una noticia, y por un buen motivo además, nada de egoísmos. ¿Ganaría la apuesta?

—Sí —respondí. Lo que no le dije fue que la ganaría cinco veces o más—. Pero no me siento orgulloso, aunque de haber hecho lo contrario me avergonzaría de mí mismo. Ahora me avergonzaré de mi periódico. Smitty, todos los periodistas deberíamos ser unos cabrones.

—¿Para qué? —Antes de que lograra responder, terminó de un trago la copa que le había servido, con ese truco fascinante de beber sin que el vaso rozara siquiera sus labios, y se respondió él mismo, con una pregunta aún más imposible de contestar—. ¿Para que los periódicos resulten más entretenidos a expensas de las vidas humanas que podrían destrozarse o incluso destruir?

No estaba de humor para aquello. Me removí en mi sitio y dije:

—Volvamos al tema del jabberwock. Cada vez que hablo en serio recupero la sobriedad y, a primera hora de la noche, había pillado ya un punto tan bueno... Brindemos de nuevo por Lewis Carroll. Y luego continuemos hablando de ese galimatías que me explicabas, ese que parecía ser como irse de juerga con Einstein.

Sonrió.

—Estupenda palabra, galimatías. Carroll podría haberla creado, aunque en su época no se hablaba tan mal. De acuerdo, Doc, a la salud de Carroll.

Otra vez vació el vaso. Tenía que aprender aquel truco, por mucho tiempo que me llevase o mucho *whisky* me hiciera desperdiciar. Pero la primera vez lo intentaría en privado.

Me bebí el mío, que era el tercero desde que había vuelto a casa, quince minutos antes. Empezaba a notarlos. Tres copas no me hacen nada cuando parto de cero, pero ya había tomado unas cuantas a primera hora de la noche, antes de que el aire fresco respirado durante el paseo con Bat y George me hubiese despejado, y varias más en el bar de Smiley, después de eso.

El ambiente en la sala estaba cargado. Volvíamos a hablar de Carroll y las Matemáticas. Mejor dicho, hablaba Yehudi y yo intentaba concentrarme en lo que me decía. Hubo un momento en que lo vi desdibujarse un poco y avanzar y retroceder al mirarlo. Su voz también se volvía borrosa: un sonido borroso de senos y cosenos. Sacudí la cabeza para intentar despejarme y decidí dejar la botella un rato.

Entonces me di cuenta de que lo que acababa de decir era una pregunta y le pedí

que me la repitiera.

—El reloj de la repisa de la chimenea ¿va bien? —preguntó.

Conseguí centrar la mirada en él. Las doce menos diez.

—Sí, va bien. Aún es temprano. No estarás pensando en irte ya. Ahora mismo estoy un poco aturdido, pero...

—¿Cuánto tardaremos en llegar desde aquí? Me han dado las indicaciones necesarias para ir, pero quizás tú puedas calcular mejor que yo el tiempo que nos llevará.

Durante un segundo lo miré sin comprender, preguntándome de qué hablaba.

Entonces me acordé.

Íbamos a ir a una casa encantada a cazar un jabberwock, o algo parecido.

## 9

“Primero, al pez hay que atrapar”.  
Eso es fácil. Un niño podría atraparlo.  
“Segundo, al pez hay que comprar”.  
Eso es fácil. Una moneda podría comprarlo.

TAL VEZ RESULTE INCREÍBLE que hubiese podido olvidarme de aquello, pero es verdad. Habían pasado tantas cosas en el rato que estuve fuera de casa que lo raro era que aún recordarse mi nombre y el de Yehudi.

Eran las doce menos diez y, según dijo, debíamos estar allí a la una.

—¿Tienes coche? —pregunté.

Asintió.

—A unas casas de aquí. Aparqué para ver los números, pero como estaba bastante cerca ya no me molesté en moverlo.

—Entonces, tardaremos entre veinte y treinta minutos en llegar —le dije.

—Bien. Pues si le damos media hora, aún disponemos de cuarenta minutos.

El aturdimiento se me iba pasando a buen ritmo, pero esta vez, al llenar su vaso, dejé el mío vacío. Quería serenarme un poco, aunque no del todo, porque si recuperaba la sobriedad por completo, tal vez recuperase también la sensatez y podría decidir no ir. Y yo quería ir.

Smith se había recostado en su silla, sin mirarme, así que aproveché para mirarle yo. Me pregunté cómo podía siquiera escuchar la absurda historia que me había contado sobre las Espadas Vorpaldas y la vieja casa de los Wentworth.

No era el loco fugado, pero eso no quería decir que no estuviese como una cabra y que yo no estuviera peor que él. ¿Qué demonios íbamos a hacer allí? ¿Intentar pescar un bandersnatch? ¿Pasar al otro lado del espejo o internarnos en una madriguera para cazar un conejo en su elemento natural?

Mientras no me encontrase lo bastante sobrio como para estropearlo todo, me parecía estupendo. Estuviese loco o no, me lo estaba pasando en grande. No me lo había pasado tan bien desde aquel Halloween, cuarenta años antes, en el que... Pero, dejemos eso. Cuando nos ponemos a recordar las cosas que hacíamos de jóvenes, señal de que nos hacemos viejos. Y yo no soy viejo. O no tan viejo.

Sí, ya conseguía enfocar bien la mirada, pero los contornos de la sala seguían desdibujándose. Entonces comprendí que no era cuestión de enfocar, sino de vaciarla de humo. Miré a la ventana y me pregunté si deseaba tanto abrirla como para levantarme.

La ventana. Un cuadrado negro que enmarcaba la noche.

Medianoche. *¿Dónde estabas a medianoche?* Con Yehudi. *¿Quién es Yehudi?* El hombrecillo que no estaba allí. Pero tengo su tarjeta. *Enséñamela, Doc. Mmm. ¿Cuál*

*es tu número de bicho? ¿Mi número de bicho?*

Y la torre negra se come al caballo blanco.

Sin duda, el ambiente estaba denso por el humo y yo estaba espeso. Me acerqué a la ventana de guillotina y levanté la hoja de abajo. Las luces a mi espalda la convirtieron en un espejo en el que yo me reflejaba. Un hombrecillo insignificante de pelo gris, gafas y una corbata terriblemente torcida.

Me sonrió y enderezó su corbata. Recordé la estrofa de Carroll que Al Grainger me había citado a primera hora de la noche:

“Eres viejo, padre William —el joven dijo—,  
Y tu pelo muy blanco se ha vuelto,  
Sin embargo te gusta hacer el pino  
¿Crees que a tu edad eso es correcto?”.

Lo que me hizo pensar en Al Grainger. Me pregunté si aún sería posible que apareciera. Le había dicho que podía venir en cualquier momento, hasta la medianoche, y ya era medianoche. Deseaba que hubiera venido. No por jugar al ajedrez, según teníamos pensado, sino para que nos acompañara en la aventura. Y no es que tuviera miedo exactamente, pero ojalá llegara.

Se me ocurrió que podía haberse pasado por casa o telefoneado y que a Yehudi se le olvidara contármelo. Le pregunté. Negó con la cabeza.

—No, Doc. No vino nadie y la única llamada fue la que tú mismo hiciste antes de volver.

Así que no había nada que hacer, a menos que Al apareciera en la siguiente media hora o a menos que yo lo telefonara. Pero no quería llamarlo. Ya había dejado bastante clara mi cobardía a primera hora de la noche.

El caso es que sentía un vacío que...

¡Mi madre! ¡Cómo no iba a sentir un vacío! Me había tomado un sándwich por la tarde, ocho horas antes, sin volver a comer nada más. No era de extrañar que las últimas copas se me hubiesen subido tanto.

Sugerí atacar la nevera y Yehudi dijo que le parecía una idea estupenda. Lógico, porque resultó tener tanta hambre como yo. Entre los dos acabamos con casi medio kilo de jamón cocido, la mayor parte de una barra de pan de centeno y un frasco de encurtidos.

Cuando terminamos, ya eran casi las doce y media. Sólo quedaba tiempo para tomar una última copa y eso fue lo que hicimos. Con el estómago lleno, me supo y me entró mucho mejor que la anterior. Tan bien me supo que decidí llevarme la botella. Después de todo, podríamos acabar en medio de una tormenta de nieve.

—¿Nos vamos? —preguntó Smith.

Decidí que era mejor cerrar la ventana. Reflejado en ella, veía a Yehudi Smith esperándome junto a la puerta. La imagen era nítida y precisa: evidenciaba la suave redondez del rostro, las líneas de expresión junto a la boca y los ojos, el orondo

absurdo del cuerpo.

Algo me impulsó a caminar hacia él con la mano extendida y estrecharle la suya, cuando me la dio sin saber de qué iba aquello. No nos habíamos dado la mano cuando nos presentamos en el porche y sentí la necesidad de hacerlo entonces. No pretendo decir que sea vidente. No lo soy, de lo contrario no hubiera ido. No, no sé por qué le estreché la mano.

No fue más que un impulso, pero me alegro de haberme dejado llevar por él. Como me alegro de haberle dado comida y bebida, en lugar de permitir que se enfrentase sobrio o con el estómago vacío a su extraña muerte. Y aún me alegro más de haberle dicho:

—Smitty, me caes bien.

Lo vi contento y avergonzado a la vez. Me dio las gracias pero, por primera vez, no fue capaz de mirarme a los ojos.

Salimos y caminamos hasta donde había dejado el coche.

Es curioso la claridad con la que recordamos algunas cosas y lo poco que nos fijamos en otras. Recuerdo que en el salpicadero había una radio de teclas y que la tecla de la WBBM estaba pulsada; también recuerdo que la palanca del cambio de marchas era de ónice pulido. Pero no sé si el coche era un cupé o un sedán, y no tengo la menor idea de la marca o del color. Recuerdo que el motor resultaba bastante ruidoso, lo único que podía ayudarme a decidir si se trataba de un coche viejo o nuevo. Eso y el hecho de que el cambio de marchas estuviese en el suelo, en lugar de en el bloque del volante.

Recuerdo que conducía bien, prestando atención y hablando poco, seguramente debido al ruido del motor.

Yo lo guíé pero ahora no me acuerdo qué camino seguimos, aunque eso no importa. Lo que sí recuerdo es que no reconocí el desvío a la vieja casa de los Wentworth, que se encontraba bastante alejada de la carretera y los árboles tapaban incluso de día; pero un poco más adelante reconocí la granja en la que habían vivido unos tíos míos hacía años, por eso supe que habíamos dejado atrás nuestro objetivo.

Dio la vuelta, tomamos la desviación correcta y seguimos el camino entre los árboles, hasta llegar a la casa. Aparcamos a un costado.

—Somos los primeros —dijo Smith en el repentino silencio que se creó al apagar el motor.

Bajé del coche y, no sé por qué —¿o sí lo sé?—, me llevé la botella. Estaba tan oscuro que ni la veía al inclinarla hacia arriba para beber.

Smith había apagado los faros y se bajaba también. Llevaba una linterna en la mano y, cuando llegó a mi lado, pude ver de nuevo. Le pasé la botella y pregunté:

—¿Un trago?

—Me has leído el pensamiento, Doc —dijo, y bebió.

Empezaba a acostumbrarme a la oscuridad y ya percibía el contorno de la casa. Me di cuenta de que tenía que ser muy vieja. La conocía bien porque, de niño y en

verano, pasaba algunas semanas con mis tíos para aprender lo que era la vida en una granja... y compararla con la vida en la gran ciudad de Carmel City, Illinois.

De eso habían pasado más de cuarenta años y por entonces ya era vieja y estaba deshabitada. Luego la habían ocupado, pero siempre en intervalos breves. No sabía por qué la gente que intentaba vivir en ella acababa por marcharse, antes o después. No se habían quejado de que estuviese encantada, al menos no en público. Pero nadie se quedaba mucho tiempo. Tal vez fuera la casa en sí: se trataba de un lugar muy deprimente. Un año antes el *Clarion* había publicado un anuncio para alquilarla a un precio muy razonable, pero sin éxito.

Me acordé de Johnny Haskins, que vivía en la granja situada entre la de mis tíos y esta. Él y yo habíamos explorado el lugar varias veces, de día. Johnny estaba muerto. Lo habían matado en Francia, en 1918, casi a punto de acabar la Primera Guerra Mundial. Espero que fuese de día, porque Johnny siempre le había tenido miedo a la oscuridad... como a mí me dan miedo las alturas, a Al Grainger el fuego y a todos, una cosa u otra.

Johnny también le tenía miedo a la casa de los Wentworth, incluso más que yo y eso que me llevaba varios años. Creía en los fantasmas, o al menos los temía, aunque no tanto como a la oscuridad. Yo me había contagiado un poco de ese temor y lo había conservado durante unos años, después de crecer.

Pero ya me había librado de él. Cuantos más años se cumplen, menos se teme a los fantasmas, se crea en ellos o no. Al pasar de los cincuenta, han muerto ya tantos de nuestros conocidos que los fantasmas, si existen, no nos son tan extraños. Algunos de nuestros mejores amigos son fantasmas, ¿por qué íbamos a tenerles miedo? Y no transcurrirán muchos años antes de que nosotros también pasemos al otro lado.

No, no me daban miedo los fantasmas, la oscuridad o la casa encantada. Pero algo me daba miedo. No me daba miedo Yehudi Smith, me caía demasiado bien como para temerlo. Estaba loco, de eso no cabía duda, por haber ido con él hasta allí sin conocerlo. Sin embargo, apostarí a una pasta gansa a que no era peligroso. Puede que estuviese pirado, pero no era peligroso.

Smith volvió a abrir la puerta del coche y dijo:

—Acabo de acordarme de que traigo velas. Me dijeron que podría no haber electricidad. También hay otra linterna, por si la quieres, Doc.

Y tanto que la quería. Me sentí un poco mejor y menos temeroso de aquello que fuera lo que me aterraba cuando tuve la linterna en la mano y ya no corrí peligro de quedarme solo y a oscuras.

Dirigí el rayo de la linterna hacia el porche y vi que la casa era tal y como yo la recordaba. La habían habitado lo bastante a menudo como para mantenerla en un estado pasable.

—Vamos, Doc —dijo Yehudi Smith—. Será mejor que esperemos dentro.

Empezó a subir las escaleras del porche, que crujieron al pisarlas, aunque parecían seguras. La puerta principal no estaba cerrada con llave. Por la forma

confiada en que la abrió, Smith debía saberlo.

Entramos y cerró la puerta. Los rayos de nuestras linternas bailaban delante de nosotros, por la alargada penumbra del pasillo. Me sorprendió ver que la casa tenía muebles y alfombras; cuando la exploraba de crío, estaba vacía. El último inquilino o propietario la había dejado amueblada, seguramente con la esperanza de facilitar su venta o alquiler.

A la izquierda del pasillo se abría una sala de estar muy grande. Allí también había muebles, cubiertos con sábanas blancas. Y no hacía mucho que los habían cubierto, ya que las sábanas no estaban demasiado sucias y no se veía mucho polvo.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Tal vez fuera por el aspecto fantasmal de las sábanas sobre los muebles.

—¿Esperamos aquí o subimos al ático? —preguntó Smith.

—¿Al ático? ¿Por qué al ático?

—Allí se celebra la reunión.

Aquello me gustaba cada vez menos. ¿En serio iba a haber una reunión? ¿De verdad llegaría más gente?

Ya era la una y cinco.

Miré a mi alrededor y me pregunté si prefería quedarme allí o subir al ático. Ambas opciones parecían de locos. ¿Por qué no me iba a casa? ¿Por qué no me había quedado en ella?

No me gustaban aquellos muebles espectrales, cubiertos con sábanas.

—Subamos al ático. Supongo que dará igual —dije.

Sí, ya que había llegado hasta allí, podía ir hasta el final. Si en el ático nos encontrábamos con un espejo y Smith quería que pasáramos al otro lado, también lo haría. Siempre y cuando él lo hiciera primero.

Pero antes quería darle otro sorbito a la botella que me había llevado. Se la ofrecí a Smith y no la quiso, así que bebí yo y el alcohol templó ligeramente la frialdad que empezaba a apoderarse de mi estómago.

Subimos las escaleras del segundo piso sin tropezarnos con fantasmas o *snarks*. Abrimos la puerta que daba a las escaleras del ático. Las subimos, Smith delante y yo detrás, con su trasero rechoncho frente a mí.

Mi mente no paraba de pensar que todo aquello era ridículo. Que el simple hecho de haber ido hasta allí era una auténtica locura.

*¿Dónde estabas a la una de la madrugada?* En una casa encantada. *¿Qué hacías?* Esperar a que llegaran las Espadas Vorpalinas. *¿Quiénes son esas Espadas Vorpalinas?* No lo sé. *¿Qué iban a hacer?* Repito que no lo sé. Puede que cualquier cosa. Cualquier cosa imposible. Acudir al tribunal para ver quién robó las tartas o subir al caballero blanco a su caballo. O tal vez limitarse a leer las actas de la última reunión y el informe del tesorero, el escrito y dirigido por Benchley. *¿Quién es Benchley?* ¿QUIÉN ES YEHUDI?

¿Quién es tu amigo como-se-llame?

Doc, lamento decirlo, pero...

Me temo que...

Muy mordaz y sin duda cierto. *Estabas bebido ¿no es así, Doc?* Bueno, no exactamente, aunque...

El trasero rechoncho de Yehudi Smith ascendía las escaleras del ático. Detrás de él subía un tipo sin sentido común.

Llegamos arriba y Smith me pidió que enfocase la linterna al remate de la barandilla de la escalera porque quería dejar allí una vela encendida. Del bolsillo sacó una vela corta pero ancha, de esas que permanecen en equilibrio sin palmatoria, y la encendió.

Junto a las paredes del ático había baúles y muebles rotos o estropeados, pero el centro estaba despejado. La única ventana se encontraba al fondo; la habían cegado con tablas desde dentro.

Miré a mi alrededor y, aunque allí los muebles no estaban cubiertos por sábanas, aquel sitio no me gustó más que la sala de abajo. Por un lado, la luz de la vela no tenía la fuerza necesaria para disipar la oscuridad de un espacio tan grande. Por otro, no me gustaban las sombras oscilantes que proyectaba. Podían haber sido jabberwocks o como quiera que nuestra imaginación los llame. Debería existir un test de Rorschach con sombras oscilantes. Lo que la mente interprete a partir de ellas debería ser más revelador que lo que interpreta a partir de unas manchas de tinta.

Sí, me habría venido bien tener más luz, mucha más luz. Pero Smith se había guardado la linterna en el bolsillo y yo hice lo mismo con la otra: también era suya y no tenía excusa alguna para dejarla sin pila manteniéndola encendida. Además, no servía de mucho en una habitación tan grande.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Esperar a los demás. ¿Qué hora es?

Conseguí ver mi reloj a la luz de la vela y le dije que marcaba la una y siete minutos.

—Les daremos hasta la una y cuarto. A esa hora exacta debo hacer una cosa, hayan llegado o no. Escucha ¿eso es un coche?

Escuché y me pareció que sí lo era. Allí arriba, en el ático, no se oía muy bien, pero tuve la impresión de que un coche se acercaba a la casa desde la carretera principal. De hecho, estaba seguro.

Volví a destapar la botella y se la ofrecí. Esta vez, Smith también bebió. Yo le pegué un buen lingotazo: empezaba a sentirme sobrio y aquel no era lugar, ni momento, para estarlo. Bastante tontería era encontrarse allí borracho.

Dejé de oír el coche y, de repente, volví a oírlo, más claro que antes, como si alguien lo hubiese apagado y vuelto a encender. Pero el sonido empezaba a disminuir: daba la sensación de que alguien lo había traído desde la carretera, deteniéndose un minuto para volver a irse en dirección al camino principal. Luego el sonido se extinguió.

Las sombras oscilaron. Abajo no se oía nada.

Me estremecí.

—Ayúdame a buscar una cosa —dijo Smith—. Tiene que estar por aquí, preparada. Es una mesa pequeña.

—¿Una mesa?

—Sí, pero si la encuentras, no la toques.

Había vuelto a sacar la linterna y paseaba su rayo de luz por una de las paredes del ático. Yo me dirigí al otro extremo, contento de poder combatir aquellas malditas sombras con mi linterna. Me pregunté qué clase de mesa estaríamos buscando. “Tú pones ante mí una mesa, enfrente de mis enemigos”, pensé. Aunque esperaba que allí no apareciera ninguno de mis enemigos.

La encontré yo. Estaba en el rincón más alejado. Se trataba de una mesita de tres patas con cubierta de cristal, sobre la que descansaban dos objetos pequeños.

Me eché a reír. Sin importarme ni los fantasmas ni las sombras, solté una carcajada. Uno de los objetos era una llave pequeña y el otro una botella con una etiqueta.

La mesita de cristal que Alicia había encontrado en la sala al final de la madriguera del conejo, la mesa sobre la que descansaban la llave que abría la puertecita del jardín y la botella con la etiqueta de papel que decía “¡BÉBEME!” atada alrededor del cuello.

Yo había visto antes aquella mesa: en la ilustración que John Tenniel había hecho para *Alicia en el país de las maravillas*.

Los pasos de Smith acercándose a mi espalda, acabaron con mi risa. Después de todo, aquella ridiculez podría ser una especie de ritual para él. A mí me hacía gracia, pero el hombre me caía bien y no quería herir sus sentimientos.

Ni siquiera sonreía cuando dijo:

—Sí, es esa. ¿Ya es la una y cuarto?

—Casi.

—Bien. —Con una mano cogió la llave y con la otra la botella—. Los otros se habrán retrasado, pero nosotros daremos el primer paso. Tú guardas esto. —Dejó caer la llave en mi bolsillo—. Y yo me bebo esto. —Destapó la botella—. Disculpa que no lo comparta contigo tan generosamente como has compartido tú conmigo el contenido de tus botellas, pero debes comprender que hasta que no hayas sido totalmente iniciado...

Parecía sentirse avergonzado de verdad, por lo que asentí, indicando que comprendía y perdonaba.

Ya no tenía miedo. Aquello resultaba demasiado ridículo para tener miedo. ¿Qué le iba a hacer esa botella del “bébeme”? Sí, ya, lo encogería hasta que sólo midiera unos centímetros y luego tendría que buscar una cajita en la que pusiera “¡CÓMEME!”, comerse el pastel que contenía y de repente crecería tanto que...

Smith alzó la botella y dijo:

—Por Lewis Carroll.

Como ese era nuestro brindis, le dije:

—¡Espera!

Destapé corriendo la botella de *whisky* que llevaba y la alcé con él. No había motivo por el que no pudiera formar parte de aquel brindis, siempre y cuando mis labios de neófito no profanaran el sagrado elixir que contenía la botella del “bébeme”.

Hizo tintinear la botellita contra la mía y la vació empleando de nuevo su truco de magia —lo observé de reojo mientras yo bebía también—, dejando la botella a varios centímetros de la boca y tragándose su contenido sin derramar ni una gota.

Estaba tapando de nuevo mi botella de *whisky* cuando Yehudi Smith se murió.

Dejó caer la botella con la etiqueta de “¡BÉBEME!” y se llevó las manos a la garganta, pero creo que murió antes incluso de que la botella llegase al suelo. Tenía el rostro terriblemente contraído por el dolor, aunque el dolor no pudo haber durado más de una fracción de segundo. Los ojos, aún abiertos, de repente perdieron la expresión, se quedaron sin vida. Y el golpe sordo de su caída hizo retumbar el suelo bajo mis pies y pareció sacudir la casa entera.

Y mientras aspenuado allí permanece,  
El jabberwock, con ojos de fuego,  
Apestronando en el bosque aparece,  
Brameando con fuerza, desde luego.

CREO QUE DURANTE VARIOS SEGUNDOS no hice más que quedarme allí plantado, dominado por los nervios. Por fin, conseguí moverme.

Había visto su cara, además de verlo y oírlo al caer, por lo que no tenía duda alguna de que estaba muerto. Sin embargo, debía asegurarme. Me arrodillé y metí la mano bajo la chaqueta y la camisa, en busca del latido de su corazón. Pero no lo encontré.

Quise asegurarme más. La linterna que me había dado tenía un cristal redondo y liso, así que la mantuve un rato sobre su boca y sus orificios nasales, pero no se empañó.

La botellita vacía de la que había bebido era de un vidrio bastante grueso. No se había roto al caer y la etiqueta atada a su cuello había evitado que rodara. No la toqué, pero me puse a cuatro patas para olfatear su embocadura. Olía a buen *whisky*. No pude detectar nada más. No olía a almendras amargas, pero si aquel *whisky* no llevaba también ácido prúsico, llevaría algún veneno corrosivo igual de fuerte. ¿O sería ácido prúsico y el olor a almendras amargas habría quedado oculto tras el aroma del *whisky*? No lo sabía.

Me puse de nuevo en pie y me di cuenta de que me temblaban las piernas. Era la segunda muerte que presenciaba aquella noche. Lo de George no me había importado demasiado: por un lado, se lo merecía y, por el otro, su cuerpo había quedado en el interior del coche y no lo había visto morir de cerca. Tampoco estaba solo, tenía a Smiley a mi lado. Habría dado mi cuenta bancaria y los trescientos doce dólares que contenía a cambio de que Smiley estuviera conmigo en aquel ático.

Quería salir enseguida de allí, pero estaba demasiado asustado para moverme. Pensé que tendría menos miedo si conseguía entender de qué iba aquello, pero era imposible de entender. No tenía sentido que ni siquiera un loco me llevase hasta allí, con un pretexto tan extraño, para que fuese testigo de su suicidio.

De hecho, si de una cosa estaba seguro era de que Smith no se había suicidado. Pero ¿quién lo había matado y por qué? ¿Las Espadas Vorpaldas? ¿Existía semejante grupo?

¿Dónde estaban? ¿Por qué no habían venido?

Una idea repentina hizo que un escalofrío recorriese mi espalda: tal vez habían venido. Mientras esperábamos, tuve la sensación de oír el ruido de un coche al llegar e irse. ¿Y si había traído algún pasajero? Podrían estar esperándome abajo... o

subiendo muy despacio las escaleras del ático, en dirección a mí.

Miré hacia las escaleras. La vela osciló y las sombras bailaron. Agucé el oído, pero no se oía nada. En ninguna parte.

Tenía miedo de moverme, pero poco a poco me di cuenta de que más me aterraba quedarme quieto. Debía salir de allí antes de volverme loco. Si abajo había algo, prefería bajar y enfrentarme a él, en lugar de esperar que decidiera subir a buscarme.

Me arrepentí de haberle dado el revólver a Smiley, pero el arrepentimiento no iba a devolvérmelo. Así que usaría la botella de *whisky* como arma. Pasé la linterna a la mano izquierda y con la derecha agarré la botella por el cuello. Aún quedaba más de la mitad del *whisky*, lo que la hacía pesada como una porra.

Me acerqué de puntillas al comienzo de las escaleras. No sé por qué lo hice de puntillas, a no ser que fuera para no asustarme más al hacer ruido: antes no habíamos permanecido en silencio y la caída de Smith había retumbado en toda la casa. Si alguien se encontraba abajo, sabía de sobra que no estaba solo.

Miré al remate cuadrado de la barandilla y a la vela gruesa y pequeña que seguía ardiendo sobre él. No quería tocarla. Tenía intención de poder decir que no había tocado nada, excepto un latido que no pude encontrar. Sin embargo, tampoco podía dejar la vela ardiendo: podría provocar un incendio si se caía, ya que Smith no la había asegurado con cera derretida, sino que simplemente la había apoyado sobre el remate.

Lo solucioné apagándola de un soplido, sin tocarla.

La luz de la linterna me permitió ver que no había nada, ni nadie, en las escaleras que llevaban a la segunda planta y que la puerta que se abría al final permanecía cerrada, tal y como la habíamos dejado. Antes de empezar a bajar repasé el estado del ático con la linterna. Las sombras se levantaban a medida que el foco de luz barría las paredes. Entonces, no sé por qué, lo hice detener sobre el cuerpo de Yehudi Smith, que yacía despatarrado en el suelo, con los ojos abiertos y concentrados, sin ver, en las vigas del techo, el rostro aún congelado en la mueca provocada por el terrible dolor con el que había muerto.

No me gustaba nada tener que dejarlo allí solo, a oscuras. Aunque se trataba de una tontería sentimental, no podía evitar sentirme así. Me caía tan bien el hombre. ¿Quién demonios lo había matado y por qué? ¿Y por qué de una forma tan rara? ¿De qué iba todo aquello? Me había dicho que era peligroso acudir a la cita de esa noche y tenía toda la razón, al menos en cuanto a él. ¿Y en cuanto a mí?

Volví a sentir el miedo. Aún no había salido de allí. ¿Me esperaría alguien, o algo, abajo?

Las escaleras del ático no tenían alfombra y crujían tanto que dejé de intentar caminar sin hacer ruido y me di prisa. La puerta del ático también chirrió, pero nadie me esperaba al otro lado. Ni abajo. Enfoqué el haz de luz de la linterna hacia la enorme sala al pasar por delante de su puerta y me llevé un susto cuando pensé que algo blanco se dirigía hacia mí. Pero no era más que la mesa cubierta por una sábana;

tampoco se había movido.

Salí al porche y descendí las escaleras exteriores.

El coche seguía en el camino de acceso, al costado de la casa. Entonces me di cuenta de que era un cupé y de la misma marca y modelo que el mío. Al dirigirme hacia él hacía crujir la gravilla bajo mis pies. Aún tenía miedo pero aguanté sin echar a correr. Me pregunté si Smith habría dejado la llave puesta. Esperaba que así fuera. Tenía que haberlo pensado mientras estaba en el ático, para buscar en sus bolsillos, porque ahora me daba cuenta de que por nada del mundo volvería atrás. Antes prefería regresar andando.

Al menos, la puerta del coche no estaba cerrada con llave. Me senté tras el volante y enfoqué el salpicadero con la linterna. Sí, la llave estaba en el encendido. Cerré la puerta y me sentí más seguro dentro del coche.

Giré la llave y el motor se puso en marcha a la primera. Metí la marcha, pero antes de soltar el embrague, volví a dejarlo en punto muerto y me quedé allí, parado y con el motor en funcionamiento.

Aquel no era el coche en el que Yehudi Smith me había llevado. La palanca del cambio de marchas era de goma con un ribete alrededor, y no la bola de ónice pulido en la que me había fijado. Aquella era como la de mi coche, que estaba en el garaje de casa con dos ruedas deshinchadas que no había llevado a arreglar.

Encendí la luz interior, aunque para entonces ya no era necesario. Debido al tacto de los mandos, al ruido del motor y a muchos otros detalles sin importancia, sabía que aquel era mi coche.

Resultaba tan imposible que olvidé tener miedo; olvidé la prisa por irme de allí. Mi falta de miedo tenía su lógica, claro: si alguien me hubiese estado acechando, la casa sería el lugar más adecuado para atacarme. No me habría permitido llegar tan lejos, ni dejado la llave en el encendido del coche para que me fuera en él.

Salí del vehículo y, con la ayuda de la linterna, examiné las dos ruedas que por la mañana había encontrado deshinchadas. Ya no lo estaban. O alguien las había arreglado, si estaban pinchadas, o sencillamente la noche anterior alguien las había deshinchado para volverlas a hinchar más tarde con la bomba de mano que guardo en el maletero. La segunda opción parecía la más probable. Pensándolo bien, no era lógico que dos ruedas, ambas en buen estado y con buenas llantas, se hubieran pinchado y perdido todo el aire al mismo tiempo, estando el coche guardado en el garaje.

Di una vuelta completa alrededor del vehículo, mirándolo bien, y no me pareció que le pasara nada malo. Volví al asiento del conductor, con el motor encendido pero sin arrancar, pensando si sería remotamente posible que Yehudi Smith me hubiese llevado hasta allí en mi propio coche.

No, decidí que ni remotamente. Sólo me había fijado en tres detalles del suyo, pero bastaban para que me sintiera seguro al respecto. Además de la palanca del cambio de marchas, me acordaba de la radio de teclas con la tecla de la WBBM

pulsada —y mi coche no tiene radio—, aparte del hecho de que su motor hacía mucho ruido y el mío es silencioso. Aun en aquel momento, casi no se oía.

A menos que estuviese loco.

¿Podría haberme imaginado el otro coche? Ya puestos, ¿podría haberme imaginado a Yehudi Smith? ¿Podría haber llegado hasta allí en mi propio coche, subido al ático solo...?

Es terrible sospechar de repente que estás completamente loco, dominado por las alucinaciones.

Comprendí que sería mejor dejar de pensar de esa forma mientras estuviese solo en el vehículo, en plena noche y aparcado junto a una casa encantada. Si no estaba loco, acabaría por estarlo.

Le pegué un buen trago a la botella, que ahora ocupaba el asiento a mi lado, y me dirigí a la carretera de peaje para volver a Carmel City. No iba rápido, en parte porque me sentía mareado, al menos físicamente, porque aquel espanto ocurrido en el ático, la muerte increíble y fantástica de Yehudi Smith, me había devuelto la sobriedad mental.

Jamás habría imaginado...

Pero cuando estaba llegando a Carmel, me asaltaron de nuevo las dudas, y las respuestas a las mismas. Me detuve en la cuneta y encendí la luz interior. Tenía la tarjeta, la llave y la linterna, tres recuerdos de lo que había vivido. Saqué la linterna del bolsillo de la chaqueta y la examiné. Se trataba de una de esas que venden en las tiendas de baratillo. No tenía ninguna importancia, excepto que no era mía. Lo importante era la tarjeta. La busqué en varios bolsillos, muy preocupado, antes de encontrarla en el de la camisa. Sí, la tenía, y seguía diciendo “Yehudi Smith”. Me sentí algo mejor mientras la guardaba de nuevo. Ya de paso, pensé en examinar la llave, la que había encontrado sobre la mesita de cristal, junto a la botella que pedía “bébeme”.

Seguía en el bolsillo en el que Smith la había guardado: yo ni la había tocado ni la había visto de cerca. Claro que no era el tipo de llave que debía ser, pero en eso ya me había fijado nada más verla sobre la mesa del ático, y fue uno de los motivos por los que me eché a reír. Se trataba de una llave de seguridad y debería haber sido una llave pequeña, de oro, como la que Alicia había usado para abrir la puerta de cuarenta centímetros que daba al hermoso jardín.

Pensándolo bien, los tres accesorios del ático presentaban defectos, de una forma u otra. La mesa sólo tenía la cubierta de cristal, cuando en el libro es toda de cristal: las patas de madera no encajaban. La llave no debería ser de seguridad y niquelada, y la botella del “bébeme” no debería haber contenido veneno. En realidad, y según Alicia, sabía a una mezcla de tarta de cerezas, natillas, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla. A Smith no pudo saberle así.

Arranqué de nuevo, pero avancé despacio. Ahora que había llegado a la ciudad debía decidir si me dirigía a la Oficina del Sheriff o llamaba a la Policía del Estado.

De mala gana, resolví que sería mejor ir directamente a la Oficina del Sheriff. Sin duda, aquel caso pertenecía a su jurisdicción, a menos que él decidiera llamar a la Policía del Estado para solicitar su ayuda. Aunque yo empezara por llamarlos a ellos, acabarían por pasarle el caso al sheriff Kates; y éste ya me odiaba bastante como para empeorar las cosas puenteándolo a la hora de denunciar un crimen. No es que yo no lo odiara, pero en aquel momento podía causarme más problemas a mí que yo a él.

Así que aparqué mi cupé en la calle del Juzgado, en la acera de enfrente, y le aticé otro lingotazo a la botella, para animarme a contarle a Kates la historia que me vería obligado a contar. Luego crucé la calle y subí las escaleras que llevaban a la Oficina del Sheriff, situada en la segunda planta. Pensé que, con un poco de suerte, Kates habría salido y sería su ayudante, Hank Ganzer, quien me recibiera.

No tuve suerte. Hank no estaba y Kates hablaba por teléfono. Me lanzó una mirada feroz cuando entré y volvió a concentrarse en la llamada.

—Vaya, podía haberlo hecho desde aquí, por teléfono. Vete a verlo. Despiértalo y asegúrate de que está lo bastante despejado como para recordar cualquier cosa que dijeran. Sí, luego, antes de volver para acá, me llamas.

Colgó y su silla giratoria chirrió con estridencia mientras se giraba para enfrentarse a mí. Me gritó: “Aún no hay información al respecto”. Rance Kates siempre grita. Jamás le he oído hablar en voz baja, o en un tono normal. Su voz encaja con su cara colorada, que siempre le hace parecer enfadado. A menudo me he preguntado si tendrá ese aspecto también cuando está en la cama. Me lo he preguntado, sí, pero nunca me he sentido inclinado a averiguarlo.

Lo que acababa de gritarme tenía tan poco sentido que me lo quedé mirando.

—He venido a denunciar un asesinato, Kates —dije.

—¿Qué? —Parecía interesado—. ¿Quieres decir que has encontrado a Miles o a Bonney?

Durante un momento, ninguno de esos nombres me dijo nada.

—El hombre se apellida Smith —continué. Pensé que sería mejor dejar para más tarde lo de que se llamaba Yehudi. O permitir que lo leyera directamente en la tarjeta—. Su cuerpo está en el ático de la vieja casa de los Wentworth, en la carretera de peaje.

—Stoeger ¿estás borracho?

—He estado bebiendo —respondí—, pero no estoy borracho.

Al menos, esperaba no estarlo. Tal vez hubiese sido demasiado la última que me tomé en el coche, antes de subir. Incluso a mí me parecía que mi voz sonaba pastosa y sospechaba que tendría la mirada cansada. Ya empezaba a sentir el picor del sueño.

—¿Qué hacías en el ático de la casa Wentworth? ¿Has estado allí esta noche?

Volví a desear haberme topado con Hank Ganzer, en lugar de con Kates. Hank habría aceptado mi palabra y salido en busca del cuerpo; de esa forma mi historia no habría resultado tan increíble cuando la hubiera contado del todo.

—Sí —contesté—. Acabo de llegar de allí. Fui con Smith, a petición suya.

—¿Quién es ese tal Smith? ¿Lo conoces?

—Lo conocí esta noche. Vino a verme.

—¿Para qué? ¿Qué hacíais allí? ¡En una casa encantada!

Suspiré. No podía más que contestar a sus malditas preguntas, y cada vez eran más difíciles de responder. ¿Cómo decirlo para que no sonase mucho a loco?

—Estábamos allí precisamente porque se trata de una casa encantada. A Smith le interesaba lo oculto, los fenómenos paranormales. Me pidió que lo acompañara para realizar un experimento. Entendí que asistirían más personas, pero no apareció nadie.

—¿Qué clase de experimento?

—No lo sé. Lo mataron antes de que pudiera ponerse manos a la obra.

—¿Estabais los dos solos?

—Sí —respondí y me di cuenta a donde me llevaba esa respuesta, por lo que añadí—: Pero yo no lo maté. Ni sé quién lo hizo. Lo envenenaron.

—¿Cómo lo envenenaron?

Una parte de mí quería decirle: “Con una botella cuya etiqueta decía «bébeme» y que habían dejado en una mesa de cristal, como en *Alicia en el país de las maravillas*. Pero la otra parte, más sensata, me aconsejó que permitiera que eso lo averiguara él solo. Así que respondí:

—Con una botella que habían dejado allí y de la que él debía beber. No sé quién la dejó. Pero parece que no me crees. ¿Por qué no vas allí y lo ves con tus propios ojos, Kates? Maldita sea, he venido a denunciar un asesinato. —Entonces se me ocurrió que no había prueba alguna de que lo fuese y arreglé las cosas un poco—: O al menos, una muerte violenta.

Me miró y creo que empezaba a convencerse... un poco. Sonó el teléfono y la silla giratoria chirrió de nuevo, al girarse.

—Soy el sheriff Kates —ladró. Luego controló la voz un poco—. No, señora Harrison, no sabemos nada. Hank ha ido a Neilsville para preguntar allí. En el camino de vuelta examinará a fondo la carretera. La llamaré tan pronto me entere de algo. Pero no se preocupe. No será nada grave. —Se giró hacia mí—. Stoeger, si se trata de una broma, te haré pedazos.

Lo decía en serio y además podía hacerlo. Kates es un hombre de estatura media, no mucho más grande que yo, pero físicamente es duro y fuerte como una piedra.

Es capaz de vencer a hombres que pesan mucho más que él. Y tiene una vena sádica lo bastante desarrollada como para disfrutar con ello cuando encuentra una buena excusa para darle una paliza a alguien.

—No es una broma —insistí—. ¿Qué pasa con Miles Harrison y Ralph Bonney?

—Han desaparecido. Salieron de Neilsville con la nómina de Bonney pasadas las once y media, por lo que deberían haber llegado alrededor de la medianoche. Casi son las dos y nadie sabe dónde están. Mira, si pensara que estás sobrio y que hay un fiambre en la carretera de peaje, llamaría a los polis del Estado. Yo tengo que quedarme aquí hasta que sepamos qué ha sido de Miles y Bonney.

A mí me parecía bien lo de la poli del Estado. Yo había denunciado donde debía denunciar y Kates no se cabrearía si era él quien los llamaba. Estaba abriendo la boca para decir que podría ser buena idea cuando el teléfono volvió a sonar.

Kates le gritó y luego dijo:

—Según ha dicho el cajero, regresaban directos aquí ¿no es eso, Hank? Allí no pasó nada fuera de lo normal. De acuerdo, vuelve y, de camino, observa bien ambos márgenes de la carretera, por si se han salido de ella o algo parecido. Sí, la de peaje. Es el único camino que pudieron seguir. Ah, oye, de paso para en la casa de los Wentworth y echa una ojeada en el ático. Sí, he dicho en el ático. Tengo aquí a Doc Stoeger borracho como una cuba, y dice que hay un fiambre en el ático de esa casa. Empezaré a preocuparme si de verdad lo hay.

Más que colgar, le arreó un golpe al teléfono y empezó a revolver los papeles que tenía sobre la mesa, intentando parecer ocupado. Por fin se le ocurrió algo que hacer y llamó a la Compañía Pirotécnica para preguntar si Bonney se había pasado por allí o llamado. Por lo que pude oír de la conversación, no había hecho ni una cosa ni la otra.

Me di cuenta de que seguía en pie y que, como Kates le había dado aquella orden a su ayudante, no ocurriría nada más hasta que Hank llegara de vuelta, lo que supondría como poco media hora, si conducía despacio para examinar ambos lados de la carretera. Así que me agencié una silla y me senté. Kates volvió a revolver sus papeles y no me hizo ni caso.

Empecé a pensar en Bonney y Miles, y deseé que no hubiesen sufrido un accidente. De haber sido así, y si llevaban dos horas sin dar señales, es que era de los graves. A menos que ambos estuviesen gravemente heridos, uno de ellos habría llegado a un teléfono mucho tiempo antes. Claro que podían haber parado en algún sitio a tomarse algo, pero no parecía probable y menos durante dos horas. Además, pensándolo bien, resultaba imposible, porque la hora de cierre para los bares estaba vigente en todo el condado, no sólo en Carmel City. Y hacía casi dos horas que habían dado las doce.

Eso me fastidió. No porque necesitara o quisiera tomarme una copa en aquel momento, sino porque habría sido mucho más agradable esperar en el bar de Smiley, en lugar de hacerlo en la Oficina del Sheriff.

De repente, Kates dirigió su silla hacia mí.

—Tú no sabrás nada de Bonney y Harrison, ¿verdad?

—Nada —respondí.

—¿Dónde estabas a medianoche?

*Con Yehudi.* ¿Quién es Yehudi? *El hombrecillo que no estaba allí.*

—En casa, charlando con Smith. Estuvimos allí hasta las doce y media.

—¿Había alguien más?

Negué con la cabeza. Pensándolo bien, que yo supiera, nadie más había visto a Yehudi Smith. Si su cuerpo no estaba en el ático de la casa Wentworth, las iba a pasar

canutas para demostrar su existencia. Una tarjeta, una llave y una linterna.

—¿De dónde salió ese tal Smith?

—No lo sé. No me lo dijo.

—¿Cuál era su nombre de pila?

Intenté ganar tiempo y le dije:

—No me acuerdo. Pero tengo su tarjeta por algún sitio. Me la dio él.

Seguramente pensaría que la tenía en casa. Aún no estaba preparado para mostrársela.

—¿Y cómo es que recurrió a ti para que lo acompañaras a una casa encantada si ni siquiera te conocía?

—Había oído hablar de mí. Sabía que soy admirador de Lewis Carroll.

—¿De quién?

—De Lewis Carroll. Creador de *Alicia en el país de las maravillas* y de *Alicia a través del espejo*.

Y de la botella con la etiqueta de “bébeme” sobre una mesa de cristal, de una llave, y de los bandersnatches y los jabberwocks. Pero era mejor que Kates se enterase de eso por su cuenta, después de haber encontrado el cadáver y de saber que yo no estaba ni borracho ni loco.

—*Alicia en el país de las maravillas* —dijo, y sorbió con ruido.

Me miró fijamente durante diez segundos y luego decidió que perdía el tiempo conmigo, por lo que giró la silla de nuevo hacia sus papeles.

Tanteé mis bolsillos para asegurarme de que aún tenía la tarjeta y la llave. Las tenía. La linterna estaba en el coche, pero la linterna no tenía importancia. Tal vez la llave tampoco la tuviera. Sin embargo, la tarjeta suponía, en cierto modo, mi punto de contacto con la realidad. Mientras siguiera diciendo “Yehudi Smith”, sabría que no estaba completamente loco. Sabría que esa persona había existido de verdad y no era producto de mi imaginación.

La saqué del bolsillo para volver a mirarla. Sí, seguía diciendo: “Yehudi Smith”, aunque me costase enfocar la vista con claridad. Las letras parecían borrosas, lo cual significaba que necesitaba una copa más o varias de menos.

Yehudi Smith, en letras de contorno borroso. Yehudi, el hombrecillo que no estaba allí.

Y de repente... que nadie me pregunte cómo lo supe pero lo supe. No fui capaz de ver el patrón completo, pero sí esa parte. El hombrecillo que no estaba allí.

No iba a estar allí.

Hank entraría diciendo: “¿Qué historia es esa del fiambre en el ático de los Wentworth? No encontré ninguno”.

Yehudi. El hombrecillo que no estaba allí. “En la escalera a un hombre vi, un hombrecillo que no estaba allí. Hoy tampoco estaba: ¡Cómo me gustaría que se marchara!”.

Estaba preparado; tenía que estarlo. Era capaz de ver esa parte del patrón. El

nombre Yehudi no había sido una casualidad. Creo que en ese momento me faltó poco para experimentar un destello de comprensión que me habría mostrado la mayor parte del patrón, o incluso todo. Fue como cuando estamos bebidos, pero no demasiado, y nos parece que nos encontramos al borde de comprender algo importante y cósmico que se nos ha escapado toda la vida. Y es muy probable que así sea.

Pero entonces levanté la vista de la tarjeta y perdí el hilo de mis pensamientos, porque Kates me estaba mirando. En vez de hacer chirriar la silla giratoria en la que se sentaba, sólo había vuelto la cabeza. Me miraba de forma especulativa, con suspicacia.

Intenté ignorarlo. Quería recuperar mis pensamientos y dejarme llevar por ellos. Andaba cerca de dar con algo.

“En la escalera a un hombre vi”. El trasero rechoncho de Smith subiendo las escaleras del ático, delante de mí.

No, el cadáver de rostro contraído, la pobre pieza de arcilla que había sido aquel hombrecillo con líneas de expresión alrededor de los ojos y comisuras de la boca, no estaría en el ático cuando Hank Ganzer lo buscara. No podía estar. Su presencia allí no encajaría en el patrón que seguía sin ver del todo y sin comprender.

La silla chirrió cuando Rance Kates giró su cuerpo para acomodarlo a la posición de su cabeza.

—¿Esa es la tarjeta que te dio el hombre?

Asentí.

—¿Cuál es su nombre completo?

A la mierda Kates.

—Yehudi —respondí—. Yehudi Smith.

Claro que en realidad no lo era. Ahora ya estaba seguro de eso. Me levanté y me acerqué al escritorio de Kates. Por desgracia para mi dignidad, hice alguna que otra ese. Pero no me caí. Dejé la tarjeta frente a él y volví a sentarme, esta vez caminando en línea recta.

Miró la tarjeta y luego me miró a mí. Volvió a mirar la tarjeta y después, a mí.

Entonces supe que yo estaba loco.

—Doc —dijo con el tono de voz más calmado que le había oído nunca—, ¿cuál es tu número de bicho?

“Ostras, dijo el carpintero,  
No ha estado mal la vuelta,  
¿Volvemos a casa corriendo?”  
Pero no se oyó respuesta.

LO MIRÉ FIJAMENTE. O estaba loco él o lo estaba yo... y en la última hora, había dudado varias veces de mi cordura. *¿Cuál es tu número de bicho?* Vaya pregunta para hacerle a alguien en mi situación. ¿Y el tuyo?

Al final conseguí responder. Dije:

—¿Eh?

—Tu número de bicho. Tu número sindical.

Entonces lo entendí. Así que no estaba loco, sabía de qué me hablaba.

Mi taller pertenece al sindicato, lo que significa que he firmado un contrato con el Sindicato Tipográfico Internacional y le pago a Pete, mi único empleado, lo que dicta el convenio sindical. En una población tan pequeña como Carmel City se puede salir adelante sin afiliarse al sindicato, pero yo creo en los sindicatos y el Tipográfico me parece de los buenos. Al pertenecer al sindicato, incluimos la etiqueta sindical en todo lo que imprimimos. Se trata de un artilugio enano de forma ovalada, tan pequeño que casi ni se lee, por muy bien que uno tenga la vista. A su lado aparece un número igual de diminuto, el número sindical, que es el que distingue a mi taller de los demás talleres de la zona. Combinando el nombre del lugar, que forma parte de la etiqueta, y el número sindical que la acompaña, se puede saber dónde se ha impreso cualquier trabajo realizado en talleres del sindicato.

Pero entre los tipógrafos que no pertenecen al sindicato, al pequeño logotipo oval se le conoce como el bicho. Admito que recuerda bastante a un bichito que recorre lentamente la esquina inferior de cualquier cosa en la que se incluya. Los tipógrafos no sindicados llaman al número que acompaña al bicho, el número de bicho. Kates no era tipógrafo, ni del sindicato ni de fuera, pero más tarde recordé que dos de sus hermanos, ambos vecinos de Neilsville, eran tipógrafos no sindicados y, naturalmente, de ahí se habría sacado él la expresión y el prejuicio implícito en ella.

—Mi número sindical es el siete —respondí.

Dejó la tarjeta de visita sobre la mesa, frente a él, dando un golpetazo y resopló. Literalmente. Solemos leer que la gente resopla, pero pocas veces oímos a alguien hacerlo.

—Stoeger, tú mismo has impreso la tarjeta —dijo—. Todo esto es una broma. Me cago en...

Hizo ademán de levantarse, pero se acomodó de nuevo en su silla y se concentró en los papeles que tenía delante. Volvió a mirarme y creo que me iba a decir que me

largara inmediatamente, pero luego decidió que bien podía esperar a que llegara Hank.

Él revolvía papeles.

Yo permanecía sentado intentando asimilar el hecho de que, al menos aparentemente, la tarjeta de visita de Yehudi Smith había sido impresa en mi propio taller. No me levanté para examinarla. No sé por qué, pero estaba dispuesto a creer lo que Kates me había dicho.

¿Por qué no? Formaba parte del patrón. Tenía que haberlo imaginado. No por el tipo de letra, casi todos los talleres tienen la Garamond ocho, sino porque la botella del “bébeme” contenía veneno y Yehudi no iba a estar allí cuando Hank fuese a buscarlo. Seguía un patrón y yo ya sabía cuál era: el patrón de la locura.

¿La mía o la de quién? Empezaba a tener miedo. Ya me había pasado lo mismo varias veces en lo que iba de noche, pero ahora se trataba de un miedo distinto. Me daba miedo la noche en sí, el patrón que aquella noche seguía.

Necesitaba una copa urgentemente. Me puse de pie y me dirigí a la puerta. La silla giratoria chirrió y Kates dijo:

—¿A dónde coño te crees que vas?

—Al coche. A buscar una cosa. Ahora vuelvo. —No quería discutir con él.

—Siéntate. No vas a salir de aquí.

Ahora sí quería discutir con él.

—¿Estoy arrestado? ¿De qué se me acusa?

—De ser testigo esencial en un caso de asesinato, Stoeger. Si es que hay cadáver donde tú dices que lo hay. Si no lo hay, lo cambiaremos por embriaguez y alteración del orden público. Tú eliges.

Elegí. Y me senté.

Me tenía pillado y era evidente que le gustaba. Deseé haber ido a mi despacho para llamar a la Policía del Estado, sin pensar en las consecuencias.

Esperé. La idea del *número de bicho* que Kates había tenido me hacía meditar cómo y por qué resultaba que la tarjeta de Yehudi Smith había sido impresa en mi propio taller. Pensándolo bien, no es que el “cómo” resultase muy complicado. Cierro con llave la puerta al irme, pero lo hago con una llave maestra de tienda de baratillo. Te dan dos por diez centavos. Sí, cualquiera podría haberse colado. Y cualquiera, fuera quien fuese, podría imprimir la tarjeta sin necesidad de saber de tipografía. Hay que conocer bien la caja del tipógrafo para componer en cantidad, pero cualquiera podría elegir la docena de letras que más o menos hacen falta para escribir “Yehudi Smith” siguiendo el método de ensayo y error. La pequeña imprenta manual que utilizo para imprimir tarjetas es tan sencilla que un niño —al menos uno de Secundaria— podría entender su funcionamiento. Es verdad que le quedaría fatal y desperdiciaría muchas tarjetas para conseguir una buena. Pero dedicándole tiempo, cualquiera podría haber impreso una sola tarjeta decente en la que se leyera “Yehudi Smith” y que llevara mi número sindical en la esquina inferior.

Pero ¿por qué iba alguien a hacer una cosa así?

Cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía, aunque se me ocurrió una cosa que tenía incluso menos sentido que el resto. Habría sido más fácil imprimir esa tarjeta sin el número sindical que con él, así que quien fuera se había tomado más molestias de lo normal para hacer resaltar el hecho de que la tarjeta se había impreso en el *Clarion*. Excepto por la muerte de Yehudi Smith, todo aquello podría haber sido el patrón de una broma gigantesca. Pero las bromas no incluyen una muerte repentina. Ni siquiera una tan fantástica como la de Yehudi Smith.

¿Por qué había muerto Yehudi Smith?

En algún lugar tenía que estar la clave.

Y eso me hizo pensar en la llave que guardaba en el bolsillo. La saqué y me la quedé mirando, preguntándome qué se podría abrir con ella. La cerradura en la que encajaba tenía que estar en alguna parte.

No me resultaba familiar ni desconocida. Es lo que pasa con las llaves de seguridad. ¿Sería mía? Pensé en todas mis llaves. La que abría la puerta delantera de mi casa era de seguridad, pero no como esta. Además...

Saqué el llavero del bolsillo y lo abrí. La llave de mi puerta delantera colgaba a la izquierda y la comparé con la que había encontrado en el ático. Las muescas no coincidían; no era un duplicado de la mía. Todavía se diferenciaba más de la llave de mi puerta trasera, la que colgaba en el otro extremo de la hilera de llaves. En el medio había dos más, pero eran de tipos muy diferentes. Una abría la puerta de la oficina del *Clarion* y la otra, la del garaje, en la parte de atrás de mi casa. Jamás uso la llave del garaje. Allí no guardo nada de valor, excepto el coche, y siempre lo dejo cerrado.

Creía recordar que tenía cinco llaves, en vez de las cuatro del llavero, pero no estaba seguro y no se me ocurría qué podría abrir la que faltaba, si es que faltaba alguna.

No era la llave del coche porque no la guardaba en ese llavero. No me gusta llevar un llavero tintineando y colgando del encendido del coche, así que llevo la llave suelta en el bolsillo del chaleco.

Guardé el llavero y me quedé mirando la llave. De repente me pregunté si podría ser un duplicado de la de mi coche. Pero no podía compararla porque me la había dejado puesta al salir del vehículo, pensando que sólo estaría uno o dos minutos en la Oficina del Sheriff porque enseguida querría acompañarme a la casa de los Wentworth.

Kates debió girar la cabeza —no la silla, porque no chirrió— y verme concentrado en la llave.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una llave. La llave que desvela un enigma. La clave de un asesinato.

Entonces sí que chirrió la silla.

—Stoeger, ¿qué coño pasa aquí? ¿Sólo estás borracho o también estás loco?

—No lo sé —respondí—. ¿Tú qué crees?

Resopló.

—Déjame ver esa llave. —Se la pasé—. ¿Qué abre?

—No lo sé. —Empezaba a cabrearme de nuevo, esta vez no especialmente con Kates, sino con todo, en general—. Pero sé lo que se supone que debería abrir.

—¿El qué?

—Una puerta que mide cuarenta centímetros de alto y se encuentra en una sala al final de la madriguera de un conejo. Da a un hermoso jardín.

Me contempló durante un buen rato. Yo le devolví la mirada. Ya me daba todo igual.

Afuera se oyó el motor de un coche. Sería Hank Ganzer. Seguro que no había encontrado el cuerpo de Yehudi Smith en aquel ático. De alguna forma, lo sabía. E imaginaba cómo iba a reaccionar Kates ante la noticia. Aunque estaba claro que desde el principio no había creído ni una sola palabra de lo que le decía. En aquel momento habría dado cualquier cosa por poder leer la mente de Kates, o lo que tenga en lugar de mente, para saber qué estaba pensando. Aunque habría dado mucho más por leer la mente de quienquiera que hubiese impreso la tarjeta de Yehudi Smith en mi imprenta manual y puesto el veneno en la botella del “bébeme”.

Se oían los pasos de Hank subiendo las escaleras.

Cruzó el umbral mientras miraba en mi dirección.

—Hola, Doc —saludó como si nada y luego se dirigió a Kates—. Ni rastro de un accidente, Kates. Conduje despacio observando ambas márgenes de la carretera. Nada indica que un coche se haya salido de la misma. Pero podríamos repararla juntos. Si uno va moviendo el foco mientras el otro conduce, el campo de visión será mayor. —Miró su reloj—. Sólo son las dos y media. No amanecerá hasta las seis y en ese período de tiempo tan largo...

Kates asintió.

—De acuerdo, Hank. Pero, escucha, voy a avisar a la Policía del Estado, por si el coche de Bonney aparece en otro sitio. Sabemos cuándo salieron de Neilsville, pero no podemos estar seguros de que pusieran rumbo hacia Carmel City.

—¿Y por qué no iban a hacerlo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —preguntó Kates a su vez—. Pero si pusieron rumbo hacia aquí, no llegaron.

Era como si yo no estuviese presente.

—Hank ¿fuiste a casa de los Wentworth? —metí baza.

Me miró.

—Claro, Doc. Por cierto ¿qué clase de broma es esta?

—¿Miraste en el ático?

—Sí, lo revisé entero con la linterna.

Lo sabía, pero cerré los ojos. Kates me sorprendió: su voz casi resultaba amable.

—Stoeger, lárgate de aquí. Vete a casa y duerme la mona.

Abrí los ojos y miré a Hank.

—De acuerdo —dije—. Estoy borracho o loco. Pero dime, Hank, ¿había un cabo de vela sobre el remate de la barandilla, al final de la escalera del ático?

Negó con la cabeza, despacio.

—¿Y una mesa con cubierta de cristal, en una de las esquinas, la esquina noroeste del ático?

—Yo no la vi, Doc. Pero no buscaba mesas. Aunque me habría fijado en el cabo de vela, de haber estado en el remate de la escalera. Recuerdo que apoyé la mano allí para empezar a bajar.

—¿Y no recuerdas haber visto un cadáver en el suelo?

Hank ni se molestó en responder. Miró a Kates.

—Rance, tal vez sea mejor que lleve a Doc a casa en coche mientras tú haces esas llamadas pendientes. ¿Dónde tienes el coche, Doc?

—Enfrente.

—Vale. No te pondremos una multa por mal aparcamiento. Te llevaré a casa en el mío.

Miró a Kates para que corroborara lo dicho. Kates lo hizo y yo odié a Kates. Me sonreía. Me tenía en una situación tan fea que el muy cabrón podía permitirse el lujo de ser generoso. Si me hacía pasar la noche en el calabozo, yo podría vengarme. Pero si me enviaba a casa a dormirla e incluso me ponía chófer...

—Vamos, Doc —dijo Hank Ganzer, mientras salía.

Me puse de pie. No quería irme a casa. Si lo hacía, el asesino de Yehudi Smith tendría el resto de la noche para acabar con... ¿con qué? ¿Y a mí qué me importaba, excepto el hecho de que Yehudi Smith me caía bien? ¿Y quién demonios era Yehudi Smith?

—Oye, Kates... —empecé a decir.

Kates miró hacia la puerta y pasó de mí.

—Vete, Hank —dijo—. Comprueba si ha aparcado bien el coche o lo ha dejado en medio de la calle. Quiero decirle una cosa y luego te lo mando. Creo que podrá bajar solo.

Seguro que esperaba que me rompiera el cuello al bajar las escaleras.

—De acuerdo, Rance.

Las pisadas de Hank se oyeron cada vez más lejos.

Kates me miró. Yo estaba de pie frente a su escritorio, intentando no parecer un niño al que han pescado copiando en un examen, de pie frente al escritorio del maestro.

Lo miré a los ojos y estuve a punto de dar un paso atrás. Odiaba a Kates y sabía que él me odiaba a mí, pero yo lo odiaba como se odia a quien ocupa un cargo y del que se sabe que es un cenutrio y un bribón. Creí que él me odiaba porque, en mi calidad de director de un periódico, tenía poder contra hombres como él, y lo utilizaba.

Pero aquella mirada no se correspondía con eso: era de puro odio personal y

malevolencia. Nunca lo habría sospechado y me dejó atónito. Y eso que después de cincuenta y tres años no resultaba sencillo dejarme atónito.

La mirada desapareció de repente, como cuando se apaga una luz. Ahora me miraba de forma impersonal. Su voz también resultaba impersonal, casi sin matices y mucho más baja de lo que solía ser.

—Stoeger, sabes lo que podría hacerte por algo así ¿verdad? —me preguntó.

No respondí. Él no esperaba respuesta. Sí, sabía algunas de las cosas que podría hacerme. Por ejemplo, obligarme a pasar la noche en el calabozo por embriaguez y alteración del orden público. Y si por la mañana insistía en mis imaginaciones, podría hacer venir al doctor Buchan para que me realizara un repaso psiquiátrico.

—No te haré nada. Pero quiero que me dejes en paz. ¿Entendido? —continuó.

Tampoco respondí a eso. Si quería pensar que al callar otorgaba, allá él. Me pareció que así era.

—Pues desaparece de mi vista —dijo.

Desaparecí de su vista. No me había ido tan mal la cosa, excepto por aquella mirada que me había echado.

No, no me sentía como un héroe. Tenía que haberme enfrentado a él e insistir en que se había cometido un asesinato en aquella casa, hubiese o no *corpus delicti*. Pero me encontraba demasiado confuso. Necesitaba tiempo para pensar, para decidir qué había pasado en realidad.

Bajé las escaleras y salí de nuevo al aire de la noche.

El coche de Hank Ganzer estaba aparcado en la puerta, pero él se bajaba de mi coche, aparcado enfrente. Me acerqué.

—Lo habías dejado un tanto lejos de la acera, Doc. Te lo he aparcado bien. Toma la llave —me dijo.

Me la entregó y la metí en el bolsillo. Luego volví a abrir la puerta que él acababa de cerrar para coger la botella de *whisky* que descansaba en el asiento. No tenía sentido dejarla allí, aunque me viese obligado a abandonar el coche.

Después volví a la parte de atrás del coche para observar las dos ruedas. Seguía pareciéndome increíble: por la mañana estaban totalmente deshinchadas. Eso también formaba parte del enigma.

Hank se puso a mi lado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Si lo que miras son las ruedas, están bien.

Le dio una patada a la que tenía más cerca y luego se acercó a la otra, para comprobar su estado. Retrocedió y se detuvo.

—Oye, Doc —dijo—, llevas en el maletero algo que ha debido derramarse. ¿Tienes una lata de pintura o algo así ahí dentro?

Negué con la cabeza y me acerqué para ver qué había llamado su atención. Parecía que algo rezumaba desde el maletero. Algo espeso y negruzco.

Hank le dio al picaporte e intentó levantar el portón.

—No está cerrado con llave —dije—. Nunca me molestó en cerrarlo con llave.

No llevo más que una rueda vieja y gastada, sin neumático.

Volvió a intentarlo.

—¿Cómo que no está cerrado? ¿Dónde tienes la llave?

Otra pieza de aquel enredo que encajaba. Ahora sabía de qué era la quinta llave de mi llavero, la que debería haber ocupado el centro de la hilera. Nunca cierro con llave el maletero, excepto en las contadas ocasiones en que salgo de viaje y guardo equipaje. Pero llevo la llave en el llavero. Era una llave de seguridad y no estaba en su sitio unos minutos antes, cuando miré.

—La tiene Kates —dije.

Tenía que ser. Todas las llaves de seguridad se parecen, pero la tarjeta de Yehudi Smith había salido de mi taller. Seguro que la llave también era mía.

—¿Qué?

—La tiene Kates —repetí.

Hank me echó una mirada rara.

—Espera aquí un momento —dijo.

Se dirigió hacia su coche. De camino, miró hacia atrás dos veces, como si quisiera asegurarse de que no me subía al vehículo y me iba.

Sacó una linterna de la guantera y volvió. Se agachó y examinó las manchas atentamente. Yo también me acerqué a mirar. Hank retrocedió como si de repente tuviese miedo al saber que yo estaba a su espalda, observando por encima de su hombro. Por eso no me hizo falta mirar: supe de qué eran aquellas manchas... o de qué creía Hank que eran.

—Hablo en serio, Doc —me dijo—. ¿Dónde está la llave?

—Yo también hablo en serio —respondí—. Se la di a Rance Kates. Entonces no sabía de qué llave se trataba. Pero ahora estoy seguro de que es la del maletero.

Y también creía saber lo que había dentro del maletero.

Me miró, indeciso, y luego empezó a cruzar la calle, en diagonal para no perderme de vista. Puso las manos en la boca a modo de bocina y gritó:

—¡Rance! ¡Oye, Rance!

Y rápidamente miró hacia atrás, para asegurarse de que no intentaba ocultarme o subirme al coche para huir.

No obtuvo respuesta y repitió la jugada.

Se abrió una ventana y la silueta de Kates se recortó al trasluz.

—¿Qué te pasa, Hank? —gritó—. Si quieres algo, sube. No despiertes a todo el mundo.

Hank volvió a mirarme por encima del hombro y luego preguntó:

—¿Te dio Doc una llave?

—Sí. ¿Por? ¿Qué batallita te está contando ahora?

—Trae la llave, Rance. Date prisa.

Volvió a mirar por encima del hombro, empezó a andar hacia mí y se detuvo. Al final decidió quedarse donde estaba sin perderme de vista.

La ventana se cerró.

Rodeé el coche de nuevo y decidí encender una cerilla para examinar las manchas. Pero luego pensé que iba a dar igual. Hank se acercó unos pasos.

—¿A dónde vas, Doc? —preguntó.

Para entonces ya estaba en la acera.

—A ninguna parte —respondí—. Y me senté.

A esperar.

## 12

Llenad los vasos con celeridad,  
De salvado y botones la mesa rociad,  
Añadid gatos al café, ratones al té,  
Y saludad a Alicia Reina treinta veces tres.

LA PUERTA DEL JUZGADO se abrió y se cerró. Kates cruzó la calle. Me miró y le preguntó a Hank:

—¿Qué pasa?

—No lo sé, Rance. Parece que el maletero del coche de Doc ha rezumado sangre. Está cerrado con llave. Dice que te la dio a ti. No quería dejar que subiera él a buscarla. Por eso te grité.

Kates asintió. Dirigía el rostro hacia mí y Hank Ganzer no podía verlo. Yo sí. Estaba contento, muy contento.

Metió la mano por dentro de su cazadora y sacó un arma.

—¿Lo has registrado, Hank? —preguntó.

—No.

—Hazlo.

Hank rodeó a Kates y se acercó a mí desde un lado. Me puse en pie y levanté las manos para facilitarle las cosas. En una sujetaba la botella de *whisky*. No encontró nada más letal que eso.

—Está limpio —dijo.

Kates no guardó la pistola. Metió la mano libre en un bolsillo y sacó la llave que le había dado. Se la lanzó a Hank.

—Abre el maletero —le dijo.

La llave entró en la cerradura. El picaporte giró. Hank levantó el portón.

Oí la repentina y brusca inspiración y me giré para mirar. Dos cuerpos. No se veía más. Desde donde me encontraba, no veía quienes eran. Hank se inclinó y enfocó la linterna.

—Miles Harrison. Y Ralph Bonney. Los dos están muertos.

—¿Cómo los mató?

—Les golpeó con algo en la cabeza. Algo duro. Debió darles más de un golpe. Hay mucha sangre.

—¿Está ahí el arma?

—Hay algo que podría serlo. Un viejo revólver con sangre en la culata. Un Iver-Johnson niquelado, con óxido donde ha perdido el chapado. Creo que es un treinta y ocho.

—¿Está el dinero? El de las nóminas.

—Bajo Miles hay algo que parece un maletín. —Hank se dio la vuelta. Estaba

blanco como la luz de las estrellas—. ¿Tengo que moverlo, Rance?

Kates dudó un minuto.

—Tal vez sea mejor no tocarlo. Antes deberíamos hacer una foto. Oye, Hank, sube a por la cámara y el flash. Ya de paso, llama al doctor Heil y dile que venga de inmediato. ¿Seguro que están los dos muertos?

—Por Dios, Rance, sí. Tienen la cabeza machacada. ¿Llamo también a Dorberg?

Dorberg es el encargado de funeraria que se lleva todo cuanto negocio puede aportarle la Oficina del Sheriff. Es cuñado de Kates, lo cual podría tener algo que ver.

—Sí, dile que traiga el furgón. Pero que no se dé prisa, queremos que el juez de instrucción los vea antes de moverlos. Y antes de eso, las fotos.

Hank empezó a andar hacia la puerta del Juzgado, pero se detuvo y se dio la vuelta.

—Oye, Rance, ¿y si llamo a la mujer de Miles y a la fábrica de Bonney?

Yo volví a sentarme en el bordillo. Necesitaba una copa más urgentemente que antes y tenía la botella en la mano. Pero no me pareció bien darle un trago en aquel momento. La mujer de Miles y la fábrica de Bonney. Pensé que eran dos cosas muy distintas. Bonney se había divorciado aquel mismo día. No tenía hijos. Que yo supiera, no tenía pariente alguno, al menos en Carmel City. Yo tampoco los tenía. Si me asesinaban ¿a quién avisarían? Al *Carmel City Clarion* y, tal vez, a Carl Trenholm, si el encargado de avisar sabía que Trenholm era mi mejor amigo. Sí, tal vez había hecho bien en no casarme. Pensé en el divorcio de Bonney y los hechos que se ocultaban tras él, según Carl me había contado a través de Smiley. Y pensé en cómo se sentiría la mujer de Miles Harrison cuando se enterara de lo ocurrido. Pero eso era distinto. No sabía si era bueno o malo que nadie sufriera así por mí, si moría de repente.

En cualquier caso, me sentía muy solo. Bueno, al menos ahora me arrestarían y podría llamar a Carl para que fuera mi abogado. Me iba a encontrar en una situación terrible, pero si alguien era capaz de creer en mí, y de creer que estaba cuerdo, ese era Carl.

Kates se había pensado bien la respuesta.

—No, aún no llames a ninguno de esos números, Hank —le contestó—. Y menos a Milly. Podría presentarse aquí antes de que los cuerpos estén en la funeraria. Y deberíamos saber si tenemos el dinero de la nómina o no, antes de llamar a la pirotécnica. Puede que Stoeger lo haya escondido en otra parte y no lo recuperemos esta noche.

—Tienes razón en lo de Milly —dijo Hank—. No queremos que vea a Miles así. Bien, llamaré a Heil y a Dorberg y luego bajaré con la cámara.

—Deja de hablar y en marcha.

Hank entró en el edificio del Juzgado.

No iba a servir de nada, pero tenía que decirlo:

—Oye, Kates, no he sido yo. Yo no los maté.

—Eres un hijo de puta. Miles era un buen tipo —fue la respuesta de Kates.

—Estoy de acuerdo. Yo no lo maté.

Pensé que ojalá Miles hubiese aceptado la copa a la que lo invité por la tarde. Ojalá hubiese sabido lo que iba a pasar. Habría insistido y acabaría por convencerlo. Pero era una tontería, porque es imposible saber lo que va a ocurrir antes de que ocurra. En ese caso podríamos evitarlo. Excepto, quizás, en el país del espejo, donde la gente a veces vivía al revés, donde la Reina Blanca gritaba primero y luego se clavaba la aguja en el dedo. Pero incluso en ese caso ¿por qué no se había limitado a no coger la aguja con la que sabía que iba a pincharse? Porque los libros de *Alicia* no eran más que un puro absurdo encantador.

Absurdo encantador, sí, hasta aquella misma noche. Esta noche alguien convertía los episodios más divertidos de Lewis Carroll en un horror incoherente. “Bébeme” y muere de repente y de una forma espantosa. La llave que debería abrir una puerta de cuarenta centímetros que daba a un hermoso jardín y que en realidad había abierto un portón a... no quería ni mirar.

Suspiré y pensé que no podía hacer nada más. Que me iban a arrestar porque Kates pensaba que yo había matado a Miles y a Bonney. Pero no lo culpaba por pensarlo. Tendría que esperar a que Carl me sacara de aquel lío.

—Ponte en pie, Stoeger —ordenó Kates.

No obedecí. ¿Para qué? Pensé que a Miles y a Ralph les daría igual que le pegase un trago a la botella que aún sujetaba. Empecé a destaparla.

—En pie, Stoeger, o te pego un tiro ahora mismo.

Lo decía en serio. Me levanté. No podía verle el rostro, pero recordaba la mirada malévola que me había dirigido en su despacho, esa mirada que decía: “Me gustaría matarte”.

Me iba a pegar un tiro. En aquel mismo momento.

Podía hacerlo sin preocuparse. Podría afirmar, si me daba la vuelta y echaba a correr y él me disparaba por la espalda, que lo había hecho porque intentaba huir. Y si me disparaba de frente le bastaba con decir que un maníaco homicida que ya había matado a Miles y a Bonney se abalanzaba contra él para atacarle.

Por eso había echado de allí a Hank y le había encargado hacer dos llamadas, para que tardara unos minutos en volver.

—Kates, no hablas en serio —dije—. No serías capaz de matar a un hombre a sangre fría.

—Si ha matado a uno de mis ayudantes, sí. Si no lo hago, Stoeger, podrías irte de rositas. Podrían declararte demente y no recibirías tu merecido. Así me aseguraré.

Claro que no era sólo por eso, pero así tenía una disculpa que ayudaba a su propia conciencia. Pensaba que había matado a uno de sus ayudantes. Pero me odiaba como para querer matarme antes de suponerlo siquiera. Odio y sadismo... con una excusa perfecta...

¿Qué podía hacer yo? ¿Gritar? No serviría de nada. Seguramente no habría nadie

despierto. Ya eran bastante más de las tres y para cuando alguien me oyese, llegaría tarde a presenciar lo ocurrido. Hank estaría llamando por teléfono en el despacho de atrás y no llegaría a tiempo a la ventana.

Kates declararía que yo había gritado al abalanzarme sobre él. Mi grito le haría apretar el gatillo.

Se acercó. Si me disparaba de frente, tendría que haber marcas de pólvora, para demostrar que había disparado mientras me echaba sobre él. La boca del arma apuntaba a mi pecho, a unos treinta centímetros de distancia. Podría vivir unos segundos más si me daba la vuelta y salía corriendo. En ese caso, seguramente esperaría a que me encontrara a una docena de pasos de distancia.

Seguía sin verle bien la cara debido a la oscuridad, pero sí veía que estaba sonriendo. No veía sus ojos ni el resto del rostro, pero sí aquella sonrisa. Una sonrisa incorpórea, como la del gato de Cheshire en *Alicia*. Pero a diferencia del gato, Kates no se desvanecería.

Yo sí, a menos que ocurriera algo inesperado. Como que apareciera un testigo en la acera de enfrente. No me dispararía a sangre fría delante de un testigo. Carl Trenholm, Al Grainger, quien fuera.

Miré por encima del hombro de Kates y dije:

—¡Hola, Al!

Kates se giró. Qué remedio, no podía arriesgarse a que de verdad se acercara alguien.

Giró la cabeza para echar una ojeada rápida.

Levanté la botella de *whisky* y le golpeé. Tal vez debería decir que la levantó mi mano, porque yo ni era consciente de seguir sujetándola. Le di en un lateral de la cabeza y el ala del sombrero le salvó la vida. Creo que golpeé lo bastante fuerte como para haberlo matado si hubiese ido con la cabeza descubierta.

Kates y el revólver que sostenía cayeron al suelo por separado. La botella de *whisky* se escurrió de mi mano y golpeó el pavimento. Se rompió. El pavimento debía ser más duro que la cabeza de Kates, o puede que, si Kates no llevara sombrero, se hubiese roto en su cabeza.

Ni siquiera perdí el tiempo en comprobar si estaba muerto. Salí como alma que lleva el diablo.

A pie, claro. Aún tenía en el bolsillo la llave de mi coche, pero salir huyendo con dos cadáveres en el maletero era lo último que pensaba hacer.

Corrí una manzana entera y me quedé sin aliento antes de comprender que no tenía la menor idea de adonde iba. Aminoré el paso y salí de Oak Street. Me metí en el primer callejón. Tropecé con un cubo de basura y me senté para recuperar el aliento y pensar qué podía hacer. Pero tuve que seguir adelante porque un perro empezó a ladrar.

Cuando me di cuenta, estaba detrás del edificio del Juzgado.

Claro que quería saber quién había matado a Ralph Bonney y Miles Harrison y

luego metido sus cuerpos en mi coche, pero había algo que aún me interesaba más en aquel momento: saber si había matado o herido gravemente a Rance Kates. De ser así, estaba metido en un lío espantoso, además de las otras acusaciones en mi contra, porque sería mi palabra contra la suya si decía que lo había hecho en defensa propia, para salvar la vida. Bueno, mi palabra contra la suya en caso de que sólo lo hubiese herido. Mi palabra contra nada de nada si lo había matado.

Y mi palabra no significaría gran cosa para nadie si no era capaz de explicar qué hacían dos cadáveres en mi coche.

La primera ventana que probé no estaba cerrada con pestillo. Supongo que no tienen cuidado con las ventanas del Juzgado porque, por un lado, no guardan nada que un ladrón normal pueda querer robar y, por el otro, la Oficina del Sheriff se encuentra en el edificio y siempre hay alguien de guardia.

La abrí muy despacio, sin hacer demasiado ruido; al menos no bastó para que se oyera en la Oficina del Sheriff, que está en la segunda planta y no da directamente al patio. Después la cerré igual de despacio, para que no me delatase si entraban a buscarme al callejón.

Avancé a tientas en la oscuridad hasta que encontré una silla y me senté para centrarme un poco y decidir qué podía hacer a continuación. De momento, estaba a salvo. La habitación en la que me había colado era una de las pequeñas antesalas de la sala de juicios y nadie me buscaría allí, mientras no hiciera ruido.

Ya habían encontrado al sheriff, o el sheriff se había hecho encontrar. Se oían pisadas en las escaleras de delante: pisadas de más de una persona. Pero allí atrás estaba demasiado lejos para oír lo que decían, si es que decían algo.

Aunque eso podía esperar unos minutos.

Lo que necesitaba de verdad era tomarme un trago. Jamás en mi vida lo había necesitado con tanta urgencia. Me maldije por haber permitido que la botella se rompiera, después de que me hubiera salvado la vida, además. Si no la hubiese tenido en la mano, podría estar muerto.

No sé cuánto tiempo permanecí allí sentado, pero no debieron ser más de unos minutos, porque aún me costaba respirar cuando decidí que sería mejor moverme. Creo que de haber tenido una botella como acompañante, me habría quedado allí toda la noche.

Pero debía enterarme de lo ocurrido con Kates. Si lo había matado, o si lo habían llevado al hospital y estaba fuera de juego, sería mejor entregarse y acabar con todo aquel lío. Si se encontraba bien y seguía al frente de la operación, no me parecía tan buena idea. Si ya quería matarme antes de que le arreará con la botella, ahora tendría tantas ganas de acabar conmigo que lo haría sin siquiera molestarse en contar con una excusa y tal vez delante de Hank o de los demás ayudantes, a los que sin duda estarían avisando para que ayudaran a perseguirme, o delante del juez de instrucción o de cualquier otra persona presente.

Me agaché y me saqué los zapatos. Los guardé en los bolsillos laterales de la

chaqueta y avancé de puntillas, cruzando la sala de justicia, hasta las escaleras de atrás. Había estado tantas veces en aquel edificio que conocía su distribución casi tan bien como la de mi casa o la de la oficina del *Clarion*, por lo que no tropecé con nada ni me caí.

Para subir las oscuras escaleras de atrás me guié apoyando una mano en la barandilla y evitando pisar el centro de los escalones, donde sería más probable que crujieran. Por suerte, entre las escaleras de delante y las de atrás, el pasillo describe una ele, por lo que no corría peligro de que me vieran, al llegar arriba, si alguien entraba o salía en ese momento de la Oficina del Sheriff.

Seguí de puntillas hasta casi llegar a la curva del pasillo e intenté abrir la puerta de la oficina del topógrafo del condado, que está junto a la del sheriff y separada de ella sólo por una puerta de cristal esmerilado. No la habían cerrado con llave.

La abrí con mucho cuidado. Se me escapó de la mano cuando empecé a cerrarla desde dentro y estuvo a punto de dar un portazo, pero la cogí a tiempo y la cerré sin más problemas. Me habría gustado pasar el pestillo, pero no sabía si haría ruido o no, así que no me arriesgué.

Comparado con el resto del edificio, en la oficina del topógrafo había bastante luz: el cristal esmerilado de la puerta que daba a la oficina del sheriff era un rectángulo amarillo y luminoso que dejaba pasar luz suficiente como para ver los muebles con claridad. Tuve cuidado en evitarlos y me acerqué de puntillas al rectángulo amarillo.

A medida que me acercaba, las voces se oían mejor, pero no fui capaz de distinguir a quién pertenecían y qué comentaban hasta que pegué la oreja al cristal. Entonces lo oí todo sin problemas.

—Sigo sin entenderlo, Rance —decía Hank—. Un tipo amable y buena gente como Doc. Dos asesinatos y...

—¿Amable? ¡Y una mierda! —Era la voz de Kates—. Tal vez lo fuera cuando estaba cuerdo, pero ahora está más loco que una cabra. ¡Eh! Tenga cuidado con ese esparadrapo.

El Doctor Heil hablaba en tono más bajo y me costaba entenderlo. Creo que insistía para que Kates aceptara ir al hospital y asegurarse de que no había conmoción.

—Déjeme en paz —dijo Kates—. No pienso hacerlo hasta que atrapemos a Stoeger antes de que mate a alguien más, como mató a Miles y a Bonney y estuvo a punto de matarme a mí. Hank ¿qué pasa con los cuerpos?

—He realizado un rápido examen preliminar —la voz de Heil me llegaba ahora con más claridad—. La causa de la muerte es de lo más obvio: varios golpes en la cabeza con la pistola oxidada que está sobre su mesa, según parece. Por las manchas que tiene en la culata, no creo que surjan dudas al respecto.

—¿Siguen delante?

—No, están en la funeraria —dijo Hank—, o camino de ella. Dorberg y uno de

sus ayudantes trajeron el furgón y se los llevaron.

—Doc. —Era la voz de Kates y me puso nervioso hasta que comprendí que se dirigía al doctor Heil y no a mí—. ¿Ha terminado? Me refiero al vendaje. Tengo que ponerme en marcha. Hank, ¿a cuántos de los nuestros has avisado por teléfono? ¿Cuántos vienen?

—Tres, Rance. He localizado a Watkins, Ehlers y Bill Dean. Ya vienen de camino. Llegarán enseguida. Así seremos cinco.

—Creo que ya no puedo hacer mucho más desde aquí, Rance —dijo la voz del doctor Heil—. Insisto en que debería ir al hospital lo antes posible, para que le hagan un chequeo y lo miren por rayos X.

—De acuerdo, Doc. En cuanto pille a Stoeger. No podrá salir de Carmel con la Policía del Estado vigilando las carreteras, aunque robe un coche. Ahora ¿me hará el favor de acercarse a la funeraria y ocuparse de todo aquello?

La voz de Heil, otra vez en tono muy bajo, dijo algo que no oí y unos pasos se dirigieron a la salida. Otras pisadas subían las escaleras. Llegaban uno o más de los ayudantes del turno de día.

—Hola Bill, Walt —dijo Kates—. ¿Viene Ehlers con vosotros?

—No lo hemos visto. Seguro que está al caer. —Parecía la voz de Bill Dean.

—De acuerdo. De todos modos, lo dejaremos aquí. ¿Venís armados? Bien, escuchad, patrullaréis juntos y yo iré con Hank. Nos moveremos en parejas. No os preocupéis por las carreteras que salen de Carmel City, ya las vigila la Policía del Estado. Y no hay tren ni autobús hasta mañana por la mañana, a última hora. Basta con que peinemos la población.

—¿Nos la dividimos, Rance?

—No. Vosotros, Walt y Bill, recorredla entera, sin dejar calle o calleja alguna. Hank y yo revisaremos los sitios en los que haya podido intentar esconderse. Registraremos su casa y la oficina del *Clarion*, haya luces encendidas o no, y cualquier otro lugar cubierto en el que pudiera ocultarse. Podría meterse en cualquier casa vacía, por ejemplo. ¿A alguien se le ocurre otro sitio donde pueda buscar refugio?

—Se lleva muy bien con Carl Trenholm —dijo la voz de Bill Dean—. Podría recurrir a él.

—Buena idea, Bill. ¿Alguien más?

—A mí me pareció que estaba bastante borracho —dijo Hank—. Pero rompió la botella que tenía. A lo mejor se le mete en la cabeza que quiere otro trago y se cuela en un bar. Probablemente en el de Smiley, porque ahí es donde suele beber.

—De acuerdo, Hank. Lo comprobaremos... Ese que llega debe ser Dick. ¿Alguna otra idea antes de que nos separemos?

Ehlers entró en la oficina.

—A veces la gente vuelve sobre sus pasos y se oculta donde cree que nadie la va a buscar —dijo Hank—. Lo que quiero decir, Rance, es que podría haber vuelto hacia

aquí y entrado por atrás, pensando que el escondite más seguro estaba delante de nuestras narices. Aquí, en el mismo edificio.

—Ya lo has oído, Dick —dijo Kates—. Tú te quedas para vigilar la oficina, así que encárgate de eso: registra el edificio antes de sentarte junto al teléfono.

—De acuerdo, Rance.

—Otra cosa —continuó Kates—: es peligroso. Seguramente a estas alturas ya estará armado. Así que no os arriesguéis. Tan pronto lo veáis, empezad a disparar.

—¿Contra Doc Stoeger?

La voz de alguien parecía sorprendida y conmocionada. No distinguí a qué ayudante pertenecía.

—Contra Doc Stoeger —respondió Kates—. Tal vez lo tengáis por un tipo inofensivo, pero esos suelen ser los que acaban convirtiéndose en maníacos homicidas. Esta noche ha matado a dos hombres e intentado matarme a mí. Seguramente creyó que lo había conseguido, o se habría quedado a rematarme. Y no olvidéis que uno de los hombres a los que ha matado era Miles.

Alguien murmuró algo.

—Pues no lo entiendo —dijo Bill Dean. Al menos creo que fue él—. Un tipo como Doc... No está arruinado, tiene un periódico que le da dinero y no es un granuja. ¿Por qué, de repente, iba a querer matar a dos hombres por mil pavos, sólo por mil pavos?

Kates lanzó un taco y luego dijo:

—Está loco, se le ha ido la cabeza. Seguramente el dinero no habrá tenido mucho que ver, aunque sí que se lo llevara. Estaba en el maletín, bajo el cuerpo de Miles. Prestad atención porque es la última vez que os lo digo: es un maníaco homicida y será mejor que penséis en Miles en cuanto lo tengáis delante y disparéis de inmediato. Está como una cabra. Se atrevió a venir aquí a contarme una historia descabellada sobre un tipo al que habían matado en la casa de los Wentworth, un tipo que se llamaba Yehudi Smith, curiosamente. Doc tenía una tarjeta de visita que lo demostraba, pero la había impreso él mismo. Está tan loco como para añadir su propio número de bicho, el número sindical. Luego me dio una llave que, según él, abría una puerta que mide cuarenta centímetros de alto y da a un hermoso jardín. Pues se trataba de la llave que abría el maletero de su propio coche, con los cuerpos de Miles y Bonney, y el dinero de la nómina. Lo había dejado aparcado enfrente. Lo condujo hasta aquí, subió y me entregó la llave. Además, intentó convencerme para que lo acompañara a una casa encantada.

—¿Alguien fue a comprobarlo? —preguntó Dean.

—Claro, Bill —dijo Hank—. Al volver de Neilsville. La registré entera y nada. Escucha, Rance tiene razón en lo de que está loco. Yo también oí algunas de las cosas que dijo. Y si no te parece peligroso, mira a Rance. Lo siento mucho, porque apreciaba a Doc. Pero maldita sea, estoy de acuerdo con Rance en que debemos disparar primero y detenerlo después.

—Mierda, si mató a Miles... —dijo alguien.

—Si tan loco está... —creo que fue Dick Ehlers—... le haremos un favor. Si alguna vez se me va la cabeza tanto y acabo matando, prefiero que me peguen un tiro a pasarme la vida en una celda acolchada. Pero, ¿qué le habrá hecho estallar así? ¿Puede ser tan repentino?

—El alcohol. Ablanda el cerebro y, de repente... adiós.

—Doc no bebía tanto. Se ponía algo alegre una o dos noches por semana, pero no era un alcohólico. Y era tan buena gen...

Alguien dio un puñetazo sobre una mesa. Debió ser el puño de Kates sobre el escritorio de Kates, porque fue su silla giratoria la que chirrió y su voz la que dijo:

—¿Por qué coño estamos aquí de cháchara? Vamos, en marcha. A por él. Y lo de disparar primero es una orden. Ya he perdido un ayudante esta noche. Andando.

Muchas pisadas en dirección a la puerta y la voz de Kates hablando desde allí:

—No olvides registrar el edificio, Dick. Desde el sótano hasta el tejado, antes de encerrarte aquí.

—De acuerdo, Rance.

Pisadas, muchas y con fuerza, bajando las escaleras. Y un par de ellas que retroceden hacia el pasillo.

Hacia la oficina del topógrafo del condado.

Hacia mí.

Orgullosa y tiesa como un palo, dijo:  
"Yo iré a despertarlos, eso fijo".  
Cogí un sacacorchos del estante  
Y sin pensarlo me lancé adelante.

ESPERABA QUE EHLERS se tomara literalmente las órdenes de Rance Kates y registrara el edificio desde el sótano hasta el tejado, por ese orden. Así, mientras él estaba en el sótano, yo podría salir tanto por delante como por detrás. Pero también podía empezar por aquella planta y por aquella habitación.

Así que me acerqué a la puerta y saqué uno de los zapatos del bolsillo. Me pegué a la pared mientras sujetaba con fuerza el zapato, dispuesto a golpear con el tacón si asomaba la cabeza de Ehlers.

No lo hizo. Los pasos continuaron camino y empezaron a bajar las escaleras de atrás. Yo volví a respirar.

Abrí la puerta y salí al pasillo tan pronto oí que había llegado al piso de abajo. Desde allí, en medio del silencio, podía oír perfectamente lo que hacía: no llegó al sótano, antes estaba revisando la planta baja. Mientras siguiera allí, no podía arriesgarme a bajar por ninguna de las dos escaleras. Me encontraba atascado.

Afuera oí arrancar primero un coche y después el otro. Al menos la entrada principal estaba despejada, por si me veía obligado a intentar huir por ahí, en caso de que Ehlers subiera por la escalera de atrás.

Ocupé un lugar en medio del pasillo, equidistante a ambas escaleras. Lo oía moverse por el piso de abajo, pero me costaba saber dónde se encontraba exactamente. Debía estar listo para huir en cualquier dirección.

Me cabreé al recordar la minuciosidad de los planes de Kates para encontrarme. Mi casa, mi oficina, la casa de Carl, el bar de Smiley o cualquier otro bar... todos los lugares a los que podría ir. Incluso el edificio del Juzgado, donde me encontraba. Pero por suerte, en lugar de registrarlo entre todos para acabar antes y ser más exhaustivos, habían dejado a un solo hombre encargado del asunto. Y mientras yo pudiera oírlo a él y él no pudiera oírme a mí, tenía alguna posibilidad. Seguramente, en el fondo no creían que yo pudiera estar allí.

Pero ¿por qué no se daba prisa Ehlers? Quería tomarme una copa y, si conseguía salir, ya encontraría el lugar y la forma de tomármela. Temblaba como una hoja y a mis ideas les pasaba lo mismo. Un solo trago me serenaría lo bastante como para permitirme pensar bien.

Tal vez Kates guardase una botella en el último cajón de su escritorio.

Me sentía tan mal que valía la pena intentarlo. Presté atención a los ruidos de la planta de abajo y decidí que seguramente Ehlers estaba en la parte trasera del edificio,

así que me dirigí de puntillas a la parte de delante y entré en el despacho de Kates.

Me acerqué a su mesa y abrí el cajón con mucho cuidado, despacio. Había una botella de *whisky*. Estaba vacía.

Maldije a Kates en voz muy baja. No le bastaba con intentar matarme, además tenía que acabarse la botella sin dejar ni un solo sorbo. Y la marca era de las buenas.

Cerré el cajón con tanto cuidado como lo había abierto, para que no quedara ni rastro de mi presencia allí.

Sobre el vade del escritorio de Kates había un revólver. Lo miré mientras me preguntaba si debería llevármelo. Durante un segundo no caí en la cuenta de que estaba oxidado, pero luego recordé la descripción que Hank había hecho del arma utilizada como porra para matar a Miles y a Bonney y me incliné para verlo mejor. Sí, era un Iver-Johnson, niquelado donde la chapa no se había gastado o saltado. Entonces, era el arma del delito.

Prueba A.

Estiré la mano para cogerlo y la retiré de repente. ¿No me habían tendido ya bastantes trampas sin que ayudara ahora al traidor dejando mis huellas dactilares en aquel revólver? Sólo me faltaba eso, que mis huellas aparecieran en el arma usada para matarlos. ¿O estarían ya en ella? Teniendo en cuenta todo lo demás, no me sorprendería demasiado que así fuera.

Entonces, estuve a punto de pegar el bote de mi vida: sonó el teléfono.

En el silencio que se produjo entre el primer timbrado y el segundo, oí los pasos de Ehlers subiendo las escaleras. Pero desde la oficina no podía distinguir si venía por la parte de atrás o por delante. Incluso sabiéndolo, tal vez no tuviese tiempo de escapar.

Miré a mi alrededor, desesperado, y vi un armario con la puerta entornada. Cogí el Iver-Johnson y me escondí en el armario, detrás de la puerta. Allí permanecí de pie, intentando no respirar, mientras Ehlers entraba y cogía el teléfono.

—Oficina del Sheriff —dijo. Y luego—: Ah, eres tú, Rance. —Después escuchó un rato—. ¿Llamas desde el *Clarion*? Y tampoco está en el bar de Smiley. No, no ha llamado nadie. Sí, ya casi he terminado de registrar esto. He mirado en la primera planta y en el sótano. Me falta este piso.

Me cabré conmigo mismo. Así que había estado en el sótano y yo podía haberme escapado. Pero allí había tanto silencio que sus pasos por el sótano me habían parecido venir de la primera planta.

—No te preocupes. No pienso arriesgarme, Rance. Llevo el arma en una mano y la linterna en la otra.

También yo tenía un arma en la mano. De repente me di cuenta de la estupidez que había cometido al cogerla del escritorio de Kates. Ehlers debía saber que estaba allí. Si se daba cuenta de que faltaba, si miraba al escritorio mientras hablaba por teléfono...

Dios debía estar de mi parte, porque no miró.

—De acuerdo, Rance —dijo. Colgó y se marchó.

Oí que recorría el pasillo hacia la parte de atrás, tomaba la curva de la ele y empezaba a abrir puertas por allí. Tenía que salir de inmediato y bajar por la escalera de delante, antes de que regresara. Siguiendo con la rutina seguramente abriría la puerta del armario donde me encontraba, al volver a la habitación de la que había salido para empezar el registro.

Salí y bajé de puntillas las escaleras. Me encontré de nuevo respirando el aire de la noche, en Oak Street. Tenía que abandonarla enseguida, porque uno u otro de los dos coches que me andaban buscando podría pasar por allí en cualquier momento. Carmel City no es tan grande, un coche puede recorrer todas sus calles y callejones en muy poco tiempo. Además, aún llevaba los zapatos en los bolsillos y el revólver en la mano.

Con la esperanza de que Ehlers no mirase por ninguna de las ventanas, di la vuelta a la esquina corriendo y tomé la entrada del callejón que discurre por detrás del edificio del Juzgado. En cuanto me supe relativamente a salvo rodeado de oscuridad, me senté en el bordillo del callejón, me puse los zapatos y guardé el revólver en el bolsillo. No había sido mi intención llevármelo, pero ahora que lo tenía, no podía tirarlo por ahí.

En cualquier caso, le había creado un problema con Kates a Dick Ehlers. Cuando Kates fuese a buscar el arma y viera que había desaparecido, sabría que yo había estado en el Juzgado y que Ehlers no me había visto. Sabría que había entrado en su propio despacho mientras el otro me buscaba fuera.

Pero ahora me encontraba protegido por la oscuridad, seguro durante unos minutos, hasta que un coche lleno de ayudantes del sheriff decidiera buscarme en ese callejón. Y en el bolsillo tenía un revólver que podría disparar o no —aún no lo tenía claro—, llevaba los zapatos puestos de nuevo y las manos me temblaban otra vez.

Ni siquiera me hacía falta preguntarme a mí mismo: “Hombrecillo, ¿y ahora qué?”. El hombrecillo no sólo quería un trago; lo necesitaba de verdad.

Kates ya me había buscado en el bar de Smiley y no me había encontrado allí.

Así que eché a andar hacia el bar de Smiley, sin salir del callejón.

Puede parecer curioso, pero comenzaba a perder el miedo. Al menos un poco. Para todo hay un límite, hasta para el miedo, luego le debe pasar algo a las glándulas adrenales. Ahora no recuerdo si las adrenales son las que hacen que tengamos miedo o las que se oponen a que lo tengamos, pero las mías debieron ponerse a funcionar entonces, en una dirección o en la otra. Aquella noche había pasado tanto miedo que mis glándulas, o yo, empezábamos a hartarnos.

Casi me había vuelto valiente. Y no era la valentía que da el alcohol. No. Hacía tanto que no tomaba un trago que ya ni me acordaba a qué sabía. Estaba totalmente sobrio. Durante aquella larguísima tarde y aún más larga noche, había estado tres veces al borde de la embriaguez, pero siempre había ocurrido algo que me tenía sin beber un buen rato y luego algo más que me hacía recuperar la sobriedad de golpe.

Tonterías como que unos gánsters te lleven de paseo en coche, o ver morir a un hombre de repente y de una forma horrible al tragar el contenido de una botella con una etiqueta de “bébeme”, o encontrar dos hombres asesinados en el maletero de tu coche, o descubrir que el sheriff pretende pegarte un tiro a sangre fría. Cosas como esas.

Así que continué por el callejón hacia el bar de Smiley. El perro que me había ladrado antes volvió a ladrar. Pero no perdí el tiempo en contestarle. Seguí andando por el callejón hacia el bar.

Tenía que cruzar la calle. Eché una ojeada a los lados pero no me preocupé más. Si el coche del sheriff o el de sus ayudantes doblaba de repente la esquina y empezaba a acribillarme con la luz de sus faros y luego a balazos, pues nada. También hay un límite para la preocupación, después ya dejamos de preocuparnos. Cuando las cosas ya no pueden empeorar, a excepción de que alguien te mate, o te matan o todo empieza a ir mejor.

Y las cosas empezaron a ir mejor: la ventana que daba al almacén trasero de Smiley estaba abierta. No me molesté en quitarme los zapatos. Smiley estaría durmiendo arriba, pero solo, y Smiley duerme tan profundamente que aunque en el cuarto de al lado estallase una bomba, no se despertaría. Recuerdo que más de una vez llegué al bar después de comer y me lo encontré dormido. De nada servía intentar despertarlo, así que me servía y dejaba el dinero junto a la caja registradora. Además, se quedaba dormido con tanta facilidad y tan rápidamente que si Kates y Hank lo habían despertado cuando vinieron a buscarme, ya se habría vuelto a dormir.

De hecho... sí, se oía un ligero ruido sordo procedente de arriba, como un trueno muy lejano: Smiley roncando.

Crucé tanteando el almacén a oscuras y abrí la puerta que daba al bar. Había una luz muy tenue que quedaba encendida toda la noche y las persianas estaban levantadas.

Pero Kates ya había pasado por allí y las posibilidades de que pasara alguien más y mirase dentro a las tres y media de la madrugada de un viernes eran insignificantes.

Cogí una botella del mejor *bourbon* que Smiley tenía y, como existía la posibilidad de que aquellas fuesen mis últimas copas, también cogí una botella de soda. Me llevé las dos a la mesa que quedaba oculta tras el recodo que hace el bar, la mesa que habían ocupado Bat y George a primera hora de la noche.

Tenía la impresión de que Bat y George se habían sentado allí hacía mucho tiempo, años, y no me parecían ni la décima parte de peligrosos que entonces. Hasta casi me hacían gracia.

Dejé las dos botellas sobre la mesa y volví a buscar un vaso, una varilla de cóctel y hielo. Había esperado mucho tiempo para tomarme aquella copa e iba a ser de las buenas.

Decidí que incluso iba a pagarla bien, sobre todo después de mirar en mi cartera y comprobar que tenía varios billetes de diez dólares, pero nada suelto. Dejé un billete

de diez junto a la caja registradora y me pregunté si alguna vez recibiría el cambio.

Volví a la mesa y me preparé una copa, muy bien hecha.

También encendí un purito. Eso ya era un poco más arriesgado, porque si Kates volvía a comprobar la zona, podría ver el humo del cigarro a la tenue luz del bar, aunque yo me encontrase fuera de su campo de visión. Pero decidí que merecía la pena arriesgarse. Empezaba a comprender que cuando uno está metido en semejante enredo, un poco más de lío ya no importa.

Le pegué un buen sorbo a la copa y le di una calada profunda al puro. Me sentí genial. Estiré las manos y ya no temblaban. Una tontería por su parte, pero ya no temblaban.

Tenía la oportunidad de pensar por primera vez en mucho tiempo. La primera desde que Yehudi había muerto.

Hombrecillo, ¿y ahora, qué?

El patrón. ¿Sería capaz de encontrarle sentido al patrón?

Yehudi Smith —aunque, sin duda, ese no era su verdadero nombre, de lo contrario su tarjeta de visita no habría estado impresa en mi taller— había venido a verme y me había dicho...

Me convencí de que era mejor olvidar lo que me había dicho. Que sólo era un galimatías, la clase de galimatías que te incita a ir a un sitio tan extravagante como aquel en un momento más extravagante aún. Me recordé a mí mismo que él me conocía, que sabía muchas cosas de mí: mis aficiones, mis debilidades, lo que era y lo que podría interesarme.

Su aparición había sido planificada mucho tiempo antes. La tarjeta lo demostraba.

Siguiendo un plan, había ido a visitarme en un momento en el que no habría nadie más. Probablemente me habría esperado sentado en su coche, me habría visto llegar a casa, sabiendo que la señora Carr estaba dentro —con total seguridad él, u otra persona, habría vigilado la casa toda la tarde— y esperado a que se marchara para llamar a la puerta.

Nadie lo había visto, sólo yo.

Me había llevado a intentar hacer algo imposible. Las Espadas Vorpaldas no existían. Eso también era un cuento chino.

Tenía que relacionar aquello con el hecho de que Miles Harrison y Ralph Bonney habían sido asesinados mientras Yehudi Smith me mantenía entretenido y ocupado, y que alguien había metido sus cadáveres en el maletero de mi coche.

Muy sencillo. Smith era cómplice del asesino, contratado para alejarme de cualquier otra persona que pudiera servirme de coartada mientras se cometía el crimen. Y para darme una historia tan increíble en relación con mi paradero que incluso a mi madre le habría costado creerla, de haber estado viva.

Pero debía relacionar eso con el hecho de que también habían matado a Smith. Y con el hecho de que, junto a los cadáveres, habían dejado en mi coche el dinero de las nóminas.

El galimatías aumentaba.

Le di otro sorbo a la copa y me supo a poco. La miré y comprendí que había dejado pasar tanto tiempo entre sorbo y sorbo que casi todo el hielo estaba derretido. Le añadí un poco más de *bourbon* y volvió a saber bien.

Recordé el revólver que había cogido de la mesa de Kates, el oxidado con el que se habían cometido los asesinatos. Lo saqué del bolsillo y lo miré. Lo manipulaba de forma que no me viera obligado a tocar las manchas secas de la culata.

Lo abrí para ver si lo habían disparado y descubrí que no estaba cargado. Lo volví a cerrar y apreté el gatillo. El óxido no lo dejaba moverse. Entonces no lo habían usado como un arma normal, sino como un martillo, para machacar la cabeza de dos hombres.

Y, desde luego, yo había hecho el idiota al traérmelo. Me había puesto en manos del asesino. Volví a guardarlo.

Deseé tener a alguien con quien hablar. Pensé que decir las cosas en voz alta me ayudaría a encontrarle sentido a todo aquello. Deseé que Smiley estuviese despierto y por un momento sentí la tentación de subir a buscarlo. Pero decidí que no, que ya había puesto en peligro a Smiley una vez aquella noche... un peligro del que él nos había librado a los dos sin recibir ningún tipo de ayuda por mi parte.

Era mi problema y no sería justo enredar a Smiley en él.

Además, aquel asunto no requería de la fuerza y la valentía de Smiley. Era como jugar al ajedrez y Smiley no jugaba. Carl podría ayudarme a comprender aquello, pero Smiley... jamás. Y tampoco quería meter a Carl en semejante lío.

Pero deseaba hablar con alguien.

Puede que estuviera un poco loco, porque borracho no estaba. Pero quería hablar con alguien y lo iba a hacer.

Hablaría con el hombrecillo que no estaba allí.

Imaginé que se encontraba sentado a la mesa, frente a mí, con una copa imaginaria en la mano. Le habría servido encantado una de verdad, si hubiese estado allí. Me miraba de forma rara.

—Smitty —dije.

—¿Sí, Doc?

—¿Cuál es tu verdadero nombre? Sé que no te llamas Yehudi Smith. Eso formaba parte de la broma. La tarjeta que me diste lo demuestra.

No era la pregunta que debía hacerle. Tembló un poco, como si fuera a desaparecer. No debía hacerle preguntas que yo no pudiera responder, ya que estaba allí sólo porque mi mente así lo quería. No podía decirme nada que yo no supiera o no lograra deducir.

Tembló un poco pero se recuperó.

—Doc, eso no puedo decírtelo. Así como tampoco puedo decirte para quién trabajaba. Ya lo sabes.

Fíjense en la construcción de la frase central. Me sentí orgulloso de él y de mí.

—Tienes razón, Smitty, no debí preguntártelo. Y escucha: lo siento, siento muchísimo que hayas muerto.

—No importa, Doc. Todos tenemos que morir. Y hasta ese momento, fue una velada muy agradable.

—Me alegro de haberte dado de comer —dije—. Y de haberte permitido beber cuanto quisiste. Además, Smitty, siento haberme reído al ver la botella y la llave en la mesita con la cubierta de cristal. Es que no pude evitarlo. Tenía gracia.

—Lo entiendo, Doc, pero yo estaba obligado a seguir el juego. Formaba parte de la representación, aunque resultaba cursi. No me extraña que te rieras. Oye, siento haberlo hecho. No conocía el plan al completo... eso ya lo sabes tú. De lo contrario, no me habría tomado el contenido de la botella. No tengo aspecto de querer morir, ¿verdad que no?

Negué con la cabeza lentamente, mirando las líneas de expresión alrededor de sus ojos y su boca. No tenía aspecto de querer morir.

Pero había muerto, de una forma repentina, espantosa.

—Lo siento, Smitty —le dije—. Ni te imaginas cuánto. Daría lo que fuera por tenerte aquí sentado de verdad.

Se rió.

—No te pongas sensiblero, Doc. Afectará a tu capacidad de concentración. Recuerda que estás intentando reflexionar.

—Es verdad —dije—. Pero tenía que sacármelo de dentro. De acuerdo, Smitty, estás muerto y yo no puedo cambiar ese hecho. Eres el hombrecillo que no está ahí y de nada me sirve hacerte preguntas que yo mismo no sea capaz de responder, así que en realidad no puedes ayudarme.

—¿Estás seguro? ¿Y si me haces las preguntas adecuadas?

—¿A qué te refieres? ¿A que mi subconsciente podría saber las respuestas, aunque yo no las conozca?

Se rió.

—No nos pongamos freudianos. Creo que es mejor seguir con Lewis Carroll. Es cierto que era un entusiasta de Lewis Carroll. Soy muy rápido memorizando, pero no tanto, no habría sido capaz de aprenderme de golpe tantas cosas sobre él para una sola ocasión.

La frase me llamó la atención: “Soy muy rápido memorizando”. La repetí y continué por aquello en lo que me había hecho pensar.

—¿Eras actor, Smitty? Vale, no contestes. Tenías que serlo, y yo tenía que haberlo imaginado. Un actor contratado para representar un papel.

Sonrió irónicamente.

—Entonces no era tan bueno, si has acabado por darte cuenta. Un buen pringado sí que era, por haber aceptado el papel. Tenía que haber adivinado que me ocultaba algo. —Se encogió de hombros—. A ti te gasté una broma pesada, pero la que me gasté a mí mismo lo fue mucho más.

—Siento que hayas muerto, Smitty. Me caías bien.

—Me alegro, Doc. Porque estos últimos años no me he caído muy bien a mí mismo. Ya que lo has adivinado, puedo contártelo. Estaba a dos velas, por eso acepté un encargo como ese y al precio que el tipo me ofreció. Además, no me pagó por adelantado, me dio sólo lo justo para los gastos, así que ¿qué saqué en limpio? Que me mataran. Alto, no te vuelvas a poner sensiblero. Brindemos.

Brindamos. Hay cosas peores que el hecho de que te maten. Y hay formas peores de morir que de repente, cuando no te lo esperas, cuando estás ligeramente tenso y...

Pero aquel tema no nos llevaba a ninguna parte.

—Eras un actor de carácter —dije.

—Doc, me decepcionas insistiendo en lo que es obvio. Y eso no te ayuda a descubrir quién es Cualquiera.

—¿Cualquiera?

—Así lo llamabas hace un rato en tu cabeza, cuando intentabas aclarar las cosas. ¿Recuerdas que pensaste que Cualquiera podría haber entrado en tu taller, componer una sola línea y arreglárselas para imprimir una tarjeta decente en tu imprenta manual? Pero ¿por qué querría Cualquiera...?

—No es justo —dije—. Tú puedes meterte en mis pensamientos porque... porque es ahí donde estás. Pero yo no puedo meterme en los tuyos. Tú sabes quién es Cualquiera. Yo no.

—Es posible que ni yo sepa su verdadero nombre, Doc. No me lo habría dicho por si algo salía mal. Por ejemplo, imagina que coges la botella del “bébeme” tan pronto la encuentras y te la bebes antes de que yo pueda decirte que está reservada para mí. Sí, muchas cosas podían haber salido mal en un acuerdo tan complicado como este.

Asentí.

—Sí, imagina que aparece Al Grainger para jugar al ajedrez y nos lo llevamos con nosotros. O imagina que yo no consigo volver a casa. A primera hora de la noche he estado a punto de no contarla.

—En ese caso, Doc, nada habría ocurrido. Deberías ser capaz de darte cuenta sin que te lo diga yo. Si hubieses muerto con Smiley a primera hora de la noche, entonces Ralph Bonney y Miles Harrison no habrían muerto más tarde, al menos si Cualquiera se hubiese enterado, cosa muy probable. O no habrían muerto esta noche. En el plan habría fallado el engranaje y yo habría vuelto a... al lugar del que había salido. Todo quedaría cancelado.

—Pero ¿y si me hubiese quedado en la oficina trabajando hasta tarde en uno de esos noticiones que creía tener y que tan contento me habían puesto? ¿Cómo lo habría sabido Cualquiera?

—Yo no lo sé, Doc. Pero tú podrías deducirlo. Supongamos que tenía órdenes de avisar a Cualquiera de tus movimientos si surgían imprevistos. Al irte de casa diciendo que volvías enseguida, yo podría haber usado tu teléfono para decírselo a él.

Y cuando telefoneaste y me anunciaste que volvías, tuve tiempo de sobra para advertírselo mientras regresabas andando.

—Pero era muy tarde.

—No tanto como para interceptar a Miles Harrison y Ralph Bonney en el camino de vuelta desde Neilsville. En determinadas circunstancias... Si sus planes dependían de que volvieras a casa y te mantuvieras fuera de la circulación antes de la medianoche.

Repetí “en determinadas circunstancias” y me pregunté qué querría decir con eso. Yehudi Smith sonrió. Levantó el vaso y me miró burlón por encima del borde antes de beber. Dijo:

—Continúa, Doc. Sólo vas por la segunda casilla, pero el próximo avance será mayor. No olvides que a la cuarta vas en tren.

—Y cada nube de humo cuesta mil libras.

—Esa es la respuesta, Doc —dijo, tan tranquilo.

Me lo quedé mirando. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Afuera, un reloj dio las cuatro.

—¿Qué quieres decir, Smitty? —pregunté despacio.

El hombrecillo que no estaba allí sirvió más *whisky* de una botella imaginaria a su vaso imaginario y dijo:

—Doc, has permitido que la mesa con cubierta de cristal, la botella y la llave te distrajesen. Proceden de *Alicia en el país de las maravillas*, que en un principio se tituló *Las aventuras subterráneas de Alicia*. Un libro maravilloso. Pero tú estás en el segundo.

—¿La segunda casilla? Acabas de decirlo.

—El segundo libro: *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*. Y tú, Doc, sabes tan bien como yo lo que Alicia encontró allí.

Me serví otra copa, pero poca cantidad, para acompañar a la suya. Ni me molesté con el hielo o con la soda. Levantó su vaso.

—Ahora lo entiendes, Doc —me dijo—. No todo, pero lo bastante como para empezar. Es posible que aún veas amanecer.

—No te me pongas tan dramático —dije—. Pues claro que voy a ver amanecer.

—¿Aunque Kates vuelva por aquí en tu busca? No olvides que cuando se dé cuenta de que falta el revólver oxidado que llevas en el bolsillo, sabrá que estuviste en el Juzgado mientras él te buscaba aquí. Podría volver a registrar todos los sitios a los que acudió antes. Y has sido terriblemente descuidado al llenar el bar de humo.

—¿Te refieres a que cada nube de humo cuesta mil libras?

Eché hacia atrás la cabeza y se rió; luego dejó de reírse y ya no estaba allí, ni siquiera en mi imaginación, porque un ruido leve y repentino me hizo mirar hacia la puerta que llevaba arriba, a las habitaciones de Smiley. La puerta se abrió y apareció Smiley.

En camisa de dormir. No sabía que hubiese gente que usara aún camisas de

dormir, pero Smiley llevaba una puesta. Tenía la mirada somnolienta, el pelo —lo que quedaba de él— alborotado y estaba descalzo. Sujetaba un arma en la mano, el pequeño treinta y ocho de cañón corto, *el amigo del banquero*, que yo le había dado unas horas antes. En su manaza parecía enano, un juguete. No daba la impresión de haber sacado a un Buick de la carretera aquella misma noche, matando a un hombre y dejando al otro gravemente herido.

En su rostro no había expresión alguna.

Me pregunto qué cara tendría yo. Pero me encontrase en el mundo de a través del espejo o no, lo cierto es que no tenía donde mirarme.

¿Había estado hablando solo en voz alta? ¿O mi conversación con Yehudi Smith había sido imaginaria, dentro de mi cabeza? La verdad es que no lo sabía.

Si había hablado en voz alta, me iba a costar explicarlo. Sobre todo si Kates, en su visita al bar, había despertado a Smiley para contarle que yo estaba loco.

En cualquier caso, ¿qué otra cosa podía decir en aquel momento, más que: “Hola, Smiley”?

Abrí la boca para decir: “Hola, Smiley”, pero no lo dije.

Alguien golpeaba el cristal de la puerta de la calle. Alguien que gritaba: “¡Eh, abre la puerta!” con la voz del sheriff Rance Kates.

Hice lo único que podía hacer. Me serví otra copa.

“Eres viejo, dijo el joven, y cuesta suponer  
Que las habilidades de antes pudieras tener;  
Mas con una anguila en la nariz equilibrio guardas,  
¿Cómo es posible que no se te caiga?”.

KATES VOLVIÓ A GOLPEAR la puerta y se peleó con el pomo.

Smiley me miró y yo le devolví la mirada. No podía decirle nada —aunque se me ocurriera algo— a aquella distancia sin arriesgarme a que Kates oyese mi voz.

Kates volvió a los puñetazos. Oí que le decía a Hank algo sobre romper el cristal. Smiley se agachó, depositó el revólver en el escalón que quedaba tras él y luego entró en el bar. Sin siquiera mirarme, caminó hacia la puerta de la calle y, al verle, Kates dejó de montar jaleo.

Smiley no caminó recto hacia la puerta, sino que describió una pequeña curva que lo hizo pasar por delante de mi mesa. Aprovechó para quitarme el cigarro de la mano. Se lo llevó a la boca, se acercó a la puerta y la abrió.

Yo no podía ver lo que pasaba y ni se me ocurrió sacar la cabeza por detrás del recodo. Me quedé allí sentado, sudando.

—¿Qué quieres? ¿A qué viene semejante jaleo? —Oí que Smiley preguntaba.

—Pensé que Stoeger estaba aquí. Ese humo... —La voz de Kates.

—Me dejé el puro abajo —dijo Smiley—. Me acordé al llegar arriba y bajé de nuevo a cogerlo. ¿A qué viene tanto lío?

—Hace casi media hora que estuve aquí —respondió Kates en tono agresivo—. Un purito de esos no dura tanto.

—Después de tu visita, no podía dormir —explicó Smiley con paciencia—. Hace cinco minutos que bajé y me serví una copa. Olvidé el cigarro aquí abajo. —Su voz se suavizó mucho—. Ahora lárgate de aquí. Ya me has estropeado la noche. No pude acostarme hasta las dos, tú me despiertas a las tres y media y ahora vuelves a las cuatro. ¿De qué va todo esto, Kates?

—¿Estás seguro de que Stoeger no...?

—Te dije que te llamaría en caso de verlo. Ahora largo de aquí, cabrón.

Imaginé a Kates poniéndose morado. Lo imaginé mirando a Smiley y dándose cuenta de que Smiley era casi el doble de fuerte que él.

El portazo fue de tal calibre que a punto estuvo de romperse el cristal.

Smiley regresó. Sin girarse para mirarme dijo:

—No te muevas, Doc. Kates aún puede volver a mirar hacia aquí.

Se metió detrás de la barra, cogió un vaso y se sirvió una copa. Se sentó en el taburete que tiene dentro para él, el rostro ligeramente vuelto hacia la parte de atrás del local, para que nadie que mirase desde la calle viese el movimiento de sus labios.

Le dio un sorbo a la copa y una calada a mi cigarro.

Con un tono de voz tan bajo como el suyo, dije:

—Smiley, deberías lavarte la boca con jabón. Has contado una mentira.

—Que yo sepa, no, Doc —sonrió—. Le dije que lo llamaría en caso de verte. ¿No has oído lo que le llamé?

—Smiley, esta es la noche más descabellada que he vivido jamás, pero lo más extraño de todo es que estás empezando a tener sentido del humor. Nunca pensé que pudieras tenerlo.

—¿En qué lío te has metido, Doc? ¿Qué puedo hacer yo?

—Nada. Excepto lo que acabas de hacer. No sabes cómo te lo agradezco. Esto es algo que debo meditar y resolver por mi cuenta. Nadie puede ayudarme.

—La primera vez que estuvo aquí, Kates dijo que eras un maniático... ¿Cómo era eso?

—Un maniaco homicida —aclaré—. Cree que esta noche he matado a dos hombres. A Miles Harrison y Ralph Bonney.

—Sí. No te molestes en decirme que no has sido tú.

—Gracias, Smiley —dije.

Entonces se me ocurrió que “no te molestes en decirme que no has sido tú” tenía doble sentido y volví a preguntarme si habría hablado en voz alta, o sólo en mi imaginación, mientras Smiley bajaba las escaleras y abría la puerta.

—Smiley, ¿crees que estoy loco?

—Siempre he pensado que estabas loco, Doc. Pero loco en el buen sentido.

Pensé que tener amigos era algo maravilloso. Aunque estuviese loco, había dos personas en Carmel City con las que podía contar en cualquier situación: Smiley y Carl.

Pero la amistad debería ser algo recíproco. Quien corría peligro era yo, y el problema era mío, así que no tenía derecho a meter a Smiley en todo aquello más de lo que se había metido él mismo. Si le contaba a Smiley que Kates había intentado matarme y seguía intentándolo, Smiley, que odia a Kates a muerte, saldría a buscarlo y, o bien lo mataba con sus propias manos, o recibía un tiro al intentarlo. No podía hacerle eso a Smiley.

—Smiley, termínate la copa y sube a dormir. Tengo que pensar —le dije.

—¿Seguro que no puedo ayudarte en nada?

—Totalmente seguro.

Se bebió lo que le quedaba en el vaso y apagó el cigarro en un cenicero.

—Está bien, Doc. Sé que eres más listo que yo y si lo que puede ayudarte ahora es una buena cabeza, yo sólo podría molestarte. Buena suerte.

Se dirigió a la puerta que daba a las escaleras. Escrutó las cristaleras de delante para asegurarse de que nadie miraba desde fuera y recogió el revólver del lugar donde lo había dejado. Luego se acercó a mi mesa.

—Doc, si eres un maní... eso que has dicho antes, tal vez necesites matar a

alguien más esta noche. Está cargado. Incluso he reemplazado las dos balas que disparé antes.

Lo dejó frente a mí, sobre la mesa, me dio la espalda y volvió a las escaleras. Lo miré irse, maravillado. Nunca había visto un hombre con camisa de dormir que no resultase ridículo. Hasta aquel momento. ¿Qué otra cosa puede hacer alguien para demostrar que no te toma por loco si no es proporcionarte un arma cargada para luego darte la espalda e irse andando, tan tranquilo? Al pensar en todas las veces que le había tomado el pelo a Smiley y la de chistes que había hecho a su costa, quería...

El caso es que no pude contestarle cuando dijo: “Buenas noches, Doc”, justo antes de cerrar la puerta a su espalda. A mi garganta le pasaba algo y si hubiese intentado hablar, habría acabado berreando.

Me tembló un poco la mano al servirme otra copa corta. Empezaba a sentir su efecto y sabía que sería mejor no seguir bebiendo.

Necesitaba pensar con más claridad que nunca. No podía emborracharme. No me atrevía.

Intenté recuperar las ideas previas, aquello de lo que había hablado con el hombrecillo que no estaba allí, antes de verme interrumpido por la aparición de Smiley y los golpes de Kates.

Miré hacia donde había estado Yehudi Smith, según mi cabeza. Pero ya no estaba allí. No lograba hacerlo volver. Estaba muerto y no volvería.

El silencio de aquel bar en medio del silencio de la noche. La tenue luz de una única bombilla de veinte vatios sobre la caja registradora. El rechinar de mis ideas al intentar que encajasen de nuevo. Relacionar los hechos.

Lewis Carroll y los asesinatos.

*A través del espejo y lo que Alicia encontró allí.*

¿Qué había encontrado Alicia?

Piezas de ajedrez y una partida. La propia Alicia había sido un peón. Por eso había cruzado la tercera casilla en tren. Y cada nube de humo costaba mil libras, casi tanto como me habría costado el humo de mi cigarro si Smiley no me lo hubiera quitado de la mano para decir que era suyo.

Piezas de ajedrez y una partida.

Pero ¿quién la jugaba?

Lo supe de repente. No era lógico porque no tenía ni el más mínimo motivo. No veía el por qué, pero Yehudi Smith me había contado el cómo y ahora yo veía el quién.

El patrón. Quienquiera que hubiese organizado el problema ajedrecístico de aquella noche sabía jugar al ajedrez, y muy bien, además. Al ajedrez de a través del espejo y al normal. A los dos. Y me conocía a la perfección, lo cual significaba que yo también lo conocía a él. Conocía mis debilidades, las cosas que me harían picar. Sabía que iría con Yehudi Smith atraído por aquella historia extraña, de locos, que Yehudi me había contado.

Pero ¿por qué? ¿Qué podía ganar? Había matado a Miles Harrison, a Ralph Bonney y a Yehudi Smith. Y no se había llevado el dinero que Miles y Ralph guardaban en el maletín, sino que lo había dejado en mi maletero, con los dos cadáveres.

El dinero no era el motivo. O eso, o el motivo era tal cantidad de dinero que el par de miles de dólares que Bonney llevaba no tenía importancia.

¿Acaso no estaba involucrado en todo aquello uno de los hombres más ricos de Carmel City? Su Compañía Pirotécnica, sus otras inversiones, sus propiedades inmuebles, debían alcanzar el medio millón de dólares. Quien mata por medio millón de dólares bien puede abandonar una ganancia de dos mil para dejarlos con los cuerpos de los hombres a los que ha matado y así colocarle el delito con más facilidad al peón escogido y alejar de sí mismo las sospechas.

Relacionar los hechos.

Ralph Bonney se había divorciado por la mañana. Lo habían matado por la noche.

Entonces la muerte de Miles Harrison era algo secundario. Yehudi Smith había sido otro peón.

Una mente retorcida pero brillante. Una mente fría, cruel. Y sin embargo, paradójicamente, una mente que disfrutaba con la fantasía, como yo, y que disfrutaba con Lewis Carroll, como yo.

Empecé a servirme otra copa y comprendí que sólo contaba con una parte de la respuesta y que, aun en el caso de saberlo todo, no tenía ni la menor idea de para qué podría servirme, sin una sola prueba a la que aferrarme.

Y sin la más mínima sospecha de la razón de todo aquello, del motivo. Aunque alguno debía de haber, porque lo ocurrido estaba muy bien planeado, tenía mucha lógica.

Existía una posibilidad.

Permanecí un rato escuchando para asegurarme de que no se acercaba ningún coche. Era tal el silencio que lo habría oído a una manzana de distancia.

Miré el revólver que Smiley me había devuelto, dudé y al final me lo guardé en el bolsillo. Luego volví al almacén y salí al callejón por la ventana.

La casa de Carl Trenholm se encontraba a tres manzanas de allí. Por suerte, estaba en la calle que corría junto a Oak Street, paralela a ella, por lo que podía hacer todo el camino sin abandonar el callejón trasero, excepto en los cruces.

Al llegar a la segunda calle oí que se acercaba un coche, me agaché y me escondí detrás de un cubo de la basura hasta que pasara. Iba despacio. Seguramente serían Hank y el sheriff o los dos ayudantes. No miré por miedo a que enfocaran el reflector hacia el callejón.

Antes de cruzar, esperé hasta que dejó de oírse por completo.

Entré por la verja trasera a la finca de Carl. Como su mujer no estaba, no sabía en qué dormitorio habría decidido dormir, pero cogí unos guijarros y los lancé contra la ventana que me parecía la correcta.

Se abrió y asomó la cabeza de Carl. Me acerqué a la casa para no tener que gritar.

—Soy Doc, Carl —dije—. No enciendas ninguna luz, pero baja y abre la puerta de atrás.

—Ya voy.

Cerró la ventana. Yo subí las escaleras del porche de atrás y esperé a que se abriera la puerta. Entré y la cerré. La oscuridad de la cocina era tan densa como la de una tumba.

—No tengo ni idea de dónde habrá una linterna —dijo Carl—. ¿No podemos encender una luz? Me encuentro fatal.

—No, déjalo así —le dije.

Aunque encendí una cerilla para buscar un sitio donde sentarme y su luz me permitió ver a Carl con el pijama arrugado, el pelo revuelto y cara de estar sufriendo la abuela de todas las resacas. Aprovechó para sentarse mientras duró la cerilla.

—¿Qué pasa, Doc? Kates y Ganzer han venido en tu busca. Me despertaron hace un rato pero no me contaron gran cosa. ¿Te has metido en un lío? ¿Has matado a alguien?

—No —respondí—. Oye, tú eres el abogado de Ralph Bonney ¿verdad? Me refiero a que llevas todos sus asuntos, no sólo su divorcio.

—Sí.

—¿Quién es su heredero, ahora que se ha divorciado?

—Doc, me temo que eso no puedo decírtelo. Un abogado no puede hablar de los asuntos de sus clientes. Eso lo sabes tan bien como yo.

—¿No te ha dicho Kates que Ralph Bonney ha muerto? Y Miles Harrison. Los mataron al regresar de Neilsville con el dinero de la nómina, alrededor de la medianoche.

—¡Dios mío! —exclamó Carl—. No, Kates no me lo dijo.

—Sé que aun así, no deberías hablar de sus asuntos hasta que se legalice el testamento, si es que existe. Pero yo podría hacer suposiciones y tú me dirías si me equivoco. Si tengo razón, no será necesario que lo confirmes, basta con que guardes silencio.

—Adelante, Doc.

—Bonney tuvo un hijo ilegítimo hará cosa de veintitrés años. Ayudó a la madre del chico toda su vida, hasta que esta murió, hace poco. Ella trabajaba, era sombrerera, pero Ralph le pasaba dinero suficiente para que viviera mejor de lo que hubiera podido por sus propios medios, se hizo cargo de los estudios universitarios del chico y le dio toda clase de oportunidades.

Me detuve. Esperé, pero Carl no dijo nada. Así que continué:

—Bonney siguió pasándole una asignación al chico. Así es como él... bueno, ya está bien, será mejor llamarlo por su nombre... Así es como Al Grainger ha podido vivir sin trabajar. Y, o bien sabe con seguridad que está en el testamento de Bonney, o tiene pruebas de su paternidad y puede reclamar el total de su fortuna, que debe

rondar el medio millón.

—Voy a hablar —dijo Carl—. Sumaré un total de trescientos mil dólares. Y has acertado en todo lo relativo a Al Grainger, aunque no sé cómo has sido capaz. La relación de Bonney con la señora Grainger y con Al ha sido el secreto mejor guardado del mundo. De hecho, a excepción de las partes a las que concierne, yo era la única persona que lo sabía... o que podía llegar a sospecharlo. ¿Cómo lo has sabido tú?

—Por lo que me ha ocurrido esta noche, que es demasiado complicado para explicártelo ahora. Pero Al juega al ajedrez y tiene la clase de cabeza necesaria para hacer las cosas al estilo complicado, que es como han ocurrido hoy. Conoce a Lewis Carroll y... —Me detuve porque aún me faltaban pruebas y no quería empezar a dar explicaciones.

La noche llegaba a su fin. Un destello verdoso en medio de la oscuridad me recordó que Carl llevaba un reloj de pulsera con la esfera luminosa.

—¿Qué hora es? —pregunté.

El destello desapareció al girar la esfera para verla.

—Casi las cinco. Las cinco menos diez. Mira, Doc, sabes ya tanto que creo que te mereces saber el resto. Sí, Al tiene pruebas de su parentesco. Y al ser hijo único, ilegítimo o no, puede reclamar toda la herencia, ahora que Bonney ya no está casado. Antes del divorcio se habría llevado sólo una parte.

—¿Ha dejado testamento?

—Ralph nunca hizo testamento. Era supersticioso. Intenté convencerlo muchas veces, pero jamás accedió.

—¿Y Al Grainger lo sabía?

—Supongo —respondió Carl.

—¿Hay algún motivo por el que Al pudiese tener tanta prisa? Quiero decir que si hubiera podido producirse algún cambio en su estado de haber esperado un poco, en lugar de matar a Bonney la misma noche de su divorcio.

Carl tardó un minuto en responder.

—Bonney tenía pensado marcharse mañana para tomarse unas largas vacaciones. Al habría tenido que esperar varios meses, y tal vez temió que Bonney pudiera volver a casarse, después de conocer a alguien en el crucero que iba a realizar. Esas cosas pasan a veces, cuando uno se está recuperando de un divorcio. Y Bonney sólo tiene... sólo tenía cincuenta y dos años.

Dije que sí con la cabeza, para mí mismo, claro, porque Carl no podía verme en la oscuridad. Eso último terminaba de explicar cualquier duda relacionada con el motivo.

Ya lo sabía todo, excepto los detalles y eso no importaba demasiado. Sabía por qué Al había hecho lo que había hecho. Tenía que tenderle una trampa muy clara a alguien porque, una vez reclamase la herencia de Bonney, su motivo quedaría a la vista de todos. Incluso adivinaba algunas de las razones por las que me había

escogido como chivo expiatorio.

Debía odiarme, aunque lo ocultaba con mucho cuidado. Y entendía por qué, ahora que sabía más cosas acerca de él. Soy un poco bocazas y en ocasiones insulto a la gente de forma cariñosa, ya me entienden. ¿Cuántas veces, cuando Al me ganaba al ajedrez, le había sonreído y dicho: “Vale, bastardo, a ver si te atreves a repetirlo”?

Por supuesto, ni se me había ocurrido que fuera hijo ilegítimo y que además lo supiera.

Debía odiarme a muerte. Podía haber escogido una víctima más creíble, alguien a quien se considerase más capaz que yo de matar para robar. Al elegirme, su plan debía convertirse en un galimatías. Me había obligado a contar semejante historia que nadie creería ni una palabra y en cambio pensaría que me había vuelto loco. Además, también sabía lo mucho que me odiaba Kates. Contaba con eso.

De repente se me ocurrió una cosa que me hizo estremecer. ¿Habría estado Kates conchabado con Al? Eso explicaría que quisiera matarme en lugar de detenerme. Tal vez habían quedado en eso. A cambio de una parte de la herencia —veinte o cincuenta mil dólares—, Kates había aceptado acabar conmigo, alegando que había querido matarlo o escapar.

No, decidí pensándolo mejor, no podía ser así. Había permanecido casi media hora a solas con Kates en su oficina, mientras Hank Ganzer regresaba desde Neilsville. Le habría resultado muy fácil matarme entonces, ponerme un arma en la mano y decir que había entrado para atacarle. Cuando aparecieran los dos cuerpos en mi coche, la historia habría resultado perfectamente creíble. Incluso habría subrayado el hecho de que me había vuelto loco y era muy peligroso.

No, el motivo de Kates para desear matarme era algo personal, pura maldad debido a lo que había escrito sobre él en los editoriales y mi oposición a su candidatura durante las elecciones. Quería matarme y había visto la oportunidad al aparecer los cuerpos en mi coche. Si había dejado pasar una oportunidad mucho mejor, cuando estuve tanto tiempo a solas con él, fue porque no sabía que los cuerpos estaban allí.

No, sin duda aquello era cosa de una sola persona, a excepción de Yehudi Smith. Al había contratado a Smith para tenerme distraído pero lo había eliminado una vez cumplida su misión. Un peón más. El ajedrez no se juega en equipo.

—¿Qué relación tienes con todo esto, Doc? ¿Qué puedo hacer? —preguntó Carl.

—Nada —respondí. Aquello era mi problema, no de Carl. No había mezclado a Smiley y tampoco mezclaría a Carl. Excepto por la ayuda que ya me había prestado al darme toda esa información—. Vete a la cama, Carl. Necesito pensar un poco más.

—Y un cuerno. No podría dormir sabiendo que estás aquí, pensando. Me quedaré contigo, sin hablar, a menos que me hables tú. Total, si me callo, no serás capaz de ver si estoy aquí o no.

—Pues entonces cállate —le dije.

Pensé que necesitaba pruebas. Pero ¿qué pruebas? En algún lugar —Dios sabría

dónde— se encontraba el cuerpo del actor a quien Al había contratado para representar a Yehudi. Pero todo aquello estaba muy bien planeado. La eliminación de aquel cuerpo habría sido preparada mucho antes de que Al se lo llevase de casa de los Wentworth. No aparecería por casualidad y podía haberlo ocultado o enterrado en cualquier parte. Había tenido varias horas para hacerlo y sabía por adelantado todos y cada uno de los pasos que iba a dar.

El coche en el que Yehudi Smith me había llevado a casa de los Wentworth y que había cambiado por el mío después de utilizarlo en el supuesto atraco. No, no conseguiría encontrar ese coche y, aun en caso de hacerlo, no valdría como prueba. Podía ser —seguramente lo era— un coche robado que habría devuelto ya al lugar de donde lo había cogido, sin que su dueño lo hubiese echado en falta. Ni siquiera recordaba de qué marca o modelo era. Sólo sabía que el pomo de la palanca de cambios era de ónice y la radio de teclas. Podía tratarse de cualquier tipo de automóvil, desde un Cadillac descapotable hasta un Ford cupé.

¿Se habría Al preparado una coartada?

Puede que sí y puede que no. Pero ¿qué importaba eso si no encontraba algo en su contra, además del motivo? El motivo y mi certeza absoluta de que Al era culpable. Yo no tenía coartada. Sólo podía aportar una historia increíble y la aparición de dos cadáveres y el dinero robado en mi maletero. Además de un sheriff y tres de sus ayudantes persiguiéndome y dispuestos a disparar contra mí nada más verme.

Llevaba el arma del crimen en el bolsillo. Y otra arma, cargada.

¿Podía ir a ver a Al Grainger y meterle el susto en el cuerpo hasta el punto de obligarlo a redactar y firmar una confesión?

Se reiría de mí. Yo me reiría de mí mismo por intentarlo. Un tipo tan retorcido como para idear semejante plan no iba a cantarme ópera porque lo apuntase con un arma.

Por las ventanas empezaba a asomar un ligero tinte de luz. Ya intuía a Carl sentado al otro extremo de la mesa, frente a mí.

—Carl.

—Sí, Doc. Oye, te he dejado pensar, pero me alegro de que me hables porque se me acaba de ocurrir una idea.

—Eso es justo lo que necesito —le dije—. ¿Qué idea?

—¿Quieres una copa?

—¿Esa es la idea? —pregunté.

—Esa misma. Verás, yo tengo una resaca de mil demonios y no puedo beber contigo, pero acabo de darme cuenta de lo mal anfitrión que soy. ¿Quieres beber algo?

—Gracias —dije—, pero ya he bebido. Oye, Carl, háblame de Al Grainger. No me preguntes qué quiero saber. Habla sin más.

—¿Cualquier cosa? ¿Al azar?

—Cualquier cosa. Al azar.

—Pues siempre me ha parecido que andaba un tanto desencaminado. Brillante, pero algo retorcido. Tal vez a eso haya contribuido el saber quién era y lo que era. Smiley también opina lo mismo, me lo ha comentado. Claro que Smiley no sabe quién o qué es Al, pero ha presentido que tiene problemas.

—Esta noche, mi opinión sobre Smiley ha dado un giro de ciento ochenta grados. Es más listo y mejor persona que tú y yo juntos. Pero sigue hablando de Al.

—Tiene una pizca de complejo de Edipo, complicado por su ilegitimidad. Seguramente, de alguna forma retorcida, ha llegado a culpar a Bonney de la muerte de su madre. No es un paranoico, pero se acerca lo bastante como para hacer algo así. Casi todos tenemos una pequeña vena sádica, pero lo de Al es un torrente.

—Casi todos tenemos una pequeña vena de cualquier cosa posible. Continúa.

—Es pirofóbico. Pero eso ya lo sabes. Los demás también tenemos lo nuestro. Tú tienes acrofobia y yo tengo miedo a los gatos. Pero el caso de Al es de los graves. Tiene tanto miedo al fuego que no fuma y me he fijado que incluso hace una mueca de dolor cuando me ha visto encender un ciga...

—Cállate, Carl.

Tenía que haberlo pensado antes. Mucho antes.

—Me tomaré esa copa, Carl —dije—. Sólo una, aunque de las buenas.

Físicamente no la necesitaba, pero psicológicamente sí. Me moría de miedo con sólo pensar en lo que iba a hacer.

¡Un, dos! ¡Un, dos! Como una tijera,  
 La espada vorpalina corta y raja.  
 Lo deja muerto, su cabeza siega  
 Y triunfanlopa de regreso a casa

LAS VENTANAS eran leves rectángulos grises. Me había acostumbrado a la oscuridad, cada vez menor, por lo que vi a Carl sin problemas cuando se acercó a la despensa y buscó a tientas hasta que encontró la botella que buscaba.

—Creo que me voy a tomar una copa contigo —dijo—. A ver si se me pasa la resaca. O me cura o me mata.

Cogió dos vasos junto al fregadero y sólo rompió uno, que se le cayó dentro. Soltó un taco y llevó los vasos a la mesa. Yo encendí una cerilla y la sostuve mientras él servía el *whisky*.

—Maldita sea, Doc —dijo—. Si piensas hacer esto muy a menudo, compraré pintura fluorescente. Podría pintar franjas en los vasos y las botellas. ¿Y sabes qué más? Podría pintar con ella un tablero de ajedrez y sus piezas, así jugaríamos al ajedrez a oscuras.

—Yo ya estoy jugando, Carl. Acabo de llegar a la séptima casilla. Tal vez alguien me corone en la próxima jugada, cuando llegue a la hilera de los reyes. ¿Tienes quitamanchas?

Empezaba a alargar la mano para coger el vaso, pero la retiró y se me quedó mirando.

—¿Quitamanchas? ¿Es que no te llega con el *whisky*?

—No me lo voy a beber —expliqué—. Es para quemarlo.

Negó suavemente con la cabeza.

—Repítemelo.

—Pero quiero del que no es inflamable. Ya me entiendes.

—Mi mujer tiene quitamanchas, claro, aunque no sé si es inflamable o no. Voy a mirar.

Fue a mirar, utilizando mis cerillas para leer las etiquetas de una hilera de botellas guardadas en el armario bajo el fregadero. Volvió con una a la que examinaba de cerca.

—No. Aquí pone “peligro” en mayúsculas y “manténgase apartado del fuego”. Parece que no tenemos del que no es inflamable.

Suspiré. Si Carl hubiese tenido la marca adecuada, todo habría sido más fácil. Yo la guardaba en casa, pero no quería ir hasta allí. Así que iba a tener que acercarme al supermercado.

Tampoco le pedí una vela a Carl. Podía cogerla en el súper y no quería que Carl me tomase por loco, ni tener que explicarle lo que pensaba hacer.

Nos tomamos la copa. Carl se estremeció ante la suya, pero yo me la bebí de un trago.

—Oye, Doc, ¿no puedo hacer yo algo? —me preguntó.

Me giré desde la puerta.

—Ya has hecho bastante —le dije—. Pero si quieres hacer más, puedes vestirte y estar preparado. Si todo va bien, podría llamarte pronto. Seguramente para entonces te necesite.

—Espera. Me visto en un segundo y...

—No harías más que incordiar, Carl —interrumpí.

Y salí pitando antes de que insistiera. Si hubiese imaginado el lío en el que andaba metido y la locura que estaba a punto de cometer, me habría derribado de un golpe y atado a una silla, antes que dejarme salir a la calle.

La luz gris y tenue del amanecer me permitía avanzar sin problemas. Había olvidado preguntarle a Carl de nuevo qué hora era, pero debían ser las cinco y cuarto, más o menos.

Ahora corría más riesgo de que me vieran, si Kates y sus ayudantes seguían buscándome, pero tenía la corazonada de que lo habían dejado ya, convencidos de que estaba oculto en algún sitio. Seguramente ahora se concentrarían en las carreteras para que no pudiera salir de Carmel. Pero eso era lo último en lo que yo pensaba.

Avancé a lo largo de los callejones traseros, como antes, dispuesto a ocultarme entre los garajes o tras los cubos de basura tan pronto oyese el motor de un coche. Pero no pasó ninguno. Las cinco y cuarto es demasiado temprano, incluso para una población como Carmel City.

El supermercado aún no estaba abierto. Con el pañuelo envolví la culata de uno de mis dos revólveres —me llaman Stoeger *Dos Pistolas*— y rompí el cristal de una de las ventanas traseras. Monté un buen escándalo, pero en esa manzana no hay casas y nadie me oyó, o al menos nadie hizo nada al respecto.

Entré y empecé a comprar.

Quitamanchas. De dos tipos. Necesitaba del no inflamable y, pensándolo bien, también necesitaba de ese en el que pone: “Peligro. Manténgase alejado del fuego”.

Abrí los dos y olían de forma muy parecida. Vacié el inflamable en el fregadero del almacén y lo sustituí por el que no arde.

Incluso me aseguré de que era cierto que no ardía. Mojé un trapo con él e intenté encenderlo. Tal vez habría estado en consonancia con el resto de la noche que se hubiera quemado y yo no hubiese conseguido apagarlo. Si quemaba el supermercado, añadiría el incendio provocado a mis otros logros. Pero el trapo ardió tanto como si lo hubiera empapado en agua, en lugar de en quitamanchas con olor a gasolina.

Hice memoria de las demás cosas que iba a necesitar y empecé a buscarlas: varios rollos de cinta adhesiva ancha, una vela y una pastilla de jabón. Había oído decir que

una pastilla de jabón dentro de un calcetín se convertía en una buena porra: el jabón es lo bastante suave como para dejar sin sentido y no matar. Me quité un calcetín y me hice una porra.

Cuando salí del súper, por la misma ventana que había usado al entrar, llevaba los bolsillos llenísimos. Para entonces, estaba tan curtido en el crimen que ni se me ocurrió dejar dinero por las cosas que había cogido.

Casi era de día. El gris claro del amanecer presagiaba un buen día... para alguien. Pronto sabría si también lo iba a ser para mí.

Recorrí de nuevo la distancia hasta la casa de Carl, siempre por los callejones, y continué tres manzanas más.

Llegué a la de Al Grainger. Se trataba de una casa de una sola planta y tres habitaciones, más o menos del tamaño de la mía.

Ya eran casi las seis. Estaría dormido, si pensaba dormir en algún momento. Pero, no sé por qué, tenía la certeza de que iba a estar dormido. Hacia las dos habría terminado de hacer todo lo que podía hacer, y de eso habían pasado cuatro horas. Es posible que sus fechorías lo mantuviesen despierto un buen rato, pero no toda la noche.

Eché una ojeada a la casa y suspiré aliviado al ver que la ventana del dormitorio no estaba cerrada. Daba al porche de atrás y me sería muy fácil colarme por ella.

Me incliné y entré. No hice mucho ruido y Al Grainger, que dormía profundamente en su cama, no se enteró. En la mano derecha llevaba el revólver —el que estaba cargado— y tenía intención de usarlo si se despertaba.

Pero mantenía oculta la mano derecha con el revólver cargado. En la izquierda llevaba el Iver-Johnson oxidado y sin balas que había servido para matar a golpes a Miles y a Bonney. Tenía en mente una prueba que, si daba resultado, para mí sería la prueba definitiva de que Al era culpable. Si no lo daba, no refutaría su culpa y yo seguiría adelante igual, pero no me costaba nada hacerla.

Había poca luz en la habitación, así que alargué la mano izquierda y encendí la lámpara de pie que estaba junto a la cama. Quería que viera el revólver. Se movió inquieto al sentir la luz, pero no se despertó.

—Al —dije.

Entonces sí que se despertó. Se sentó en la cama y se quedó mirándome.

—Arriba las manos, Al —le dije, mientras lo apuntaba con el revólver de mi mano izquierda, lo bastante alejado de él para que no pudiera agarrarme, y suficientemente cerca como para que viera el revólver a la perfección, bajo la luz de la lámpara que había encendido.

Paseó la mirada de mi rostro a mi mano y viceversa. Apartó las sábanas para levantarse.

—No seas idiota, Doc —me dijo—. Ese revólver no está cargado y, aunque lo estuviera, tampoco dispararía.

Si necesitaba más pruebas, ya las tenía.

Empezaba a mover los pies hacia el borde del colchón cuando adelanté la mano derecha, en la que sujetaba el otro revólver.

—Este está cargado y funciona.

Se detuvo. Yo guardé el revólver oxidado en el bolsillo de mi chaqueta y dije:

—Date la vuelta, Al.

Dudó y yo amartillé el revólver. Lo apuntaba desde una distancia de menos de dos metros, demasiado cerca para fallar si apretaba el gatillo y muy lejos para que él se arriesgara a intentar quitármelo, sobre todo porque estaba sentado en la cama. Lo observé mientras estudiaba sus posibilidades con frialdad e imparcialmente.

Decidió que no eran buenas. Y probablemente decidió también que si permitía que yo lo retuviese, no afectaría a sus planes. Si lo entregaba a la Policía y les contaba mi historia, sin pruebas, saldría aún más perjudicado.

—Date la vuelta, Al —repetí.

Seguía mirándome de forma calculadora. Era consciente de lo que estaba pensando, de que si se daba la vuelta, probablemente yo lo golpearía con la culata del revólver y, fueran cuales fueren mis intenciones, podría pegar demasiado fuerte. Si lo mataba, aunque de manera accidental, no le serviría de nada saber que me colgarían un asesinato más.

—Date la vuelta y pon las manos a la espalda.

Sentí que parte de su tensión se esfumaba al oírme decir aquello. Si sólo iba a atarlo...

Se dio la vuelta. Rápidamente pasé el revólver a la mano izquierda y saqué la porra improvisada que había hecho con el calcetín y la pastilla de jabón. Rogué en silencio que fuese capaz de calcular bien el impulso, para no golpear ni demasiado fuerte ni demasiado flojo, y golpeé.

El ruido sordo me asustó. Pensé que lo había matado y supe que no fingía al caer desmayado sobre la cama porque su cabeza golpeó el cabecero, produciendo un segundo ruido sordo casi tan fuerte como el primero.

Y si hubiese fingido, en ese caso podría haber acabado conmigo sin problemas, porque tenía tal susto en el cuerpo que bajé el revólver. Ni siquiera era capaz de guardármelo en el bolsillo porque estaba amartillado y no sabía como desmartillarlo sin dispararlo. Así que lo dejé en la mesilla de noche y me incliné sobre Al para tomarle el pulso. Aún le latía el corazón.

Saqué del bolsillo los rollos de cinta adhesiva y me puse manos a la obra. Le tapé la boca para que no pudiera gritar y le até las piernas por los tobillos y las rodillas. Luego uní la muñeca izquierda al muslo derecho y utilicé un rollo entero de cinta adhesiva para pegarle el brazo derecho al costado, hasta la altura del codo. Necesitaba que tuviese libre la mano derecha.

En la cocina encontré cuerda para tender la ropa y lo até a la cama, de manera que pudiese tirar de él y dejarlo casi sentado, apoyado contra el cabecero.

De su escritorio cogí un bloc de notas de tamaño normal y lo dejé junto con mi

bolígrafo, al alcance de su mano derecha.

Ya no podía hacer otra cosa que sentarme a esperar.

Pasaron diez minutos, o puede que quince, y afuera ya había bastante luz. Empecé a impacientarme. Probablemente no había prisa. Al Grainger siempre se levantaba tarde, así que nadie lo echaría de menos hasta dentro de un buen rato, pero aquella espera resultaba terrible para mí.

Decidí que ya podía tomarme otra copa y que, además, la necesitaba. Me dirigí a su cocina y busqué hasta encontrar una botella. Era ginebra, en lugar de *whisky*, pero serviría igual. Sabía a rayos.

Cuando volví al dormitorio, estaba despierto. Tan despierto que no tuve duda de que llevaba un buen rato haciéndose el dormido, intentando ganar tiempo. Desesperado, con la mano derecha intentaba despegar la cinta adhesiva que le sujetaba la muñeca izquierda al muslo.

Pero al tener el brazo derecho pegado al costado hasta el codo no era capaz de hacer gran cosa. Cuando recogí el revólver de la mesilla, dejó de intentarlo. Me miró furioso.

—Hola, Al —le dije—. Estamos en la séptima casilla.

Ya no tenía prisa. No tenía prisa alguna. Me senté cómodamente antes de continuar.

—Escucha, Al. Te he dejado libre la mano derecha para que puedas usar ese papel y ese boli. Quiero que escribas una cosa. Te sujetaré el bloc para que veas lo que escribes. ¿O no estás de humor para escribir, Al?

Se limitó a recostarse sin hacer ruido y cerró los ojos.

—Sólo quiero que escribas que anoche mataste a Ralph Bonney y a Miles Harrison. Que te llevaste mi coche y los interceptaste cuando volvían de Neilsville, seguramente a pie, después de haber ocultado mi automóvil. Te conocían, detendrían el coche y te dejarían subir. Así que subiste al vehículo y antes de que Miles, que iría conduciendo, pudiese arrancar de nuevo, lo golpeaste en la cabeza para repetir la jugada con Bonney. Luego metiste sus cuerpos en mi coche y abandonaste el de ellos en algún lugar apartado de la carretera. Después fuiste a casa de los Wentworth y allí dejaste mi coche, cambiándolo por aquel en el que me habían llevado hasta allí. ¿O me equivoco en algún detalle?

No respondió, aunque yo tampoco esperaba que lo hiciera.

—Será una buena parrafada, porque también quiero que expliques que contrataste a un actor para que utilizara el nombre de Yehudi Smith y me proporcionara una historia tan increíble que nadie me creería cuando la contase. Quiero que relates cómo le pediste que me engatusara para ir a casa de los Wentworth, y que hables de la botella que dejaste allí y de su contenido. También que le dijiste que sólo él debía beberlo. Y que digas cuál era su verdadero nombre y qué hiciste con su cuerpo.

»Creo que con eso bastará. No es necesario que escribas cuál fue tu motivo. Resultará obvio cuando salga a la luz tu relación con Ralph Bonney. Tampoco es

necesario que escribas los detalles relacionados con cómo o cuándo deshinchaste las ruedas de mi coche para que yo no me lo llevara, o cuándo utilizaste mi taller para imprimir la tarjeta con el nombre de Yehudi Smith y mi número sindical. Ni hace falta que cuentes por qué me elegiste a mí para que cargara con los asesinatos. De hecho, no me enorgullezco de esa parte de la historia. Hace que me dé vergüenza lo que voy a tener que hacer para convencerte de que escribas lo que te he pedido.

Me daba un poco de vergüenza, pero no tanta como para dejar de hacerlo.

Cogí la botella que contenía el quitamanchas no inflamable que olía a gasolina y la abrí.

Los ojos de Al Grainger se abrieron también cuando comencé a rociar su contenido sobre las sábanas y el pijama, mientras sujetaba la botella de forma que pudiese ver el “peligro” que ponía en la etiqueta y, si tenía buena vista para la letra más pequeña, lo de “manténgase alejado del fuego”.

Vacíé la botella, y terminé mojando muy bien una zona al lado de sus rodillas, que él podía ver perfectamente. El cuarto apestaba a gasolina.

Saqué la vela y una navaja, con la que corté un trozo de vela de tres centímetros. Estiré bien el lugar más mojado de la sábana, junto a sus rodillas, y allí la situé.

—Voy a encenderla, Al, y será mejor que no te muevas demasiado o la tirarás. Estoy seguro de que a un pirofóbico no le haría ninguna gracia lo que le ocurriría en ese caso. Y tú eres pirofóbico.

Cuando encendí la cerilla, el espanto le hizo abrir los ojos al máximo y, si no hubiese tenido la boca tapada, habría gritado de pavor. Hasta el último músculo de su cuerpo estaba rígido.

Intentó hacerse el desmayado, probablemente pensando que no seguiría adelante si estaba inconsciente, si yo creía que se había desvanecido. Con los ojos podía convencerme, pero los demás músculos de su cuerpo lo delataban. Era incapaz de relajarlos, aunque le fuese la vida en ello.

Encendí la vela y volví a sentarme.

—Tienes tres centímetros de vela, Al —le dije—. Puede que dure diez minutos si permaneces así de quieto. Menos, si te pones nervioso y empiezas a moverte. Sobre un colchón blando, no resulta demasiado estable.

Había vuelto a abrir los ojos y miraba horrorizado la vela que ardía y se acercaba a la sábana empapada. Sentí odio hacia mí mismo por lo que le estaba haciendo, pero seguí adelante. Pensé en los tres hombres a los que había asesinado y eso me dio fuerzas. Además, el único peligro que corría Al estaba en su cabeza. La gran cantidad de líquido que empapaba la sábana en el punto donde se encontraba la vela evitaría que el resto de la ropa llegase a arder.

—¿Listo para escribir, Al?

Sus ojos horrorizados pasaron de la vela a mi rostro, pero no movió la cabeza para asentir. Por un momento pensé que me había visto el farol, aunque luego me di cuenta de que no se movía por miedo a tirar la vela.

—Está bien. Vamos a ver si estás listo. Si no lo estás, volveré a dejar la vela en su sitio. No la apagaré y seguirá consumiéndose, por lo que no habrás ganado tiempo.

Cogí la vela con cuidado y la deposité sobre la mesilla de noche.

Sostuve el bloc. Empezó a escribir y luego se detuvo. Hice ademán de coger la vela y continuó escribiendo.

—Es suficiente. Fírmalo —dije al cabo de un rato.

Suspiré aliviado y me dirigí al teléfono. Carl Trenholm debía estar esperando pegado al suyo, porque contestó casi antes de que hubiera terminado de sonar la primera señal.

—¿Vestido y preparado? —pregunté.

—Claro, Doc. ¿Qué hago?

—Tengo la confesión de Al Grainger. Necesito entregársela a los representantes de la ley para quedar libre de toda sospecha, pero no puedo hacerlo yo. Kates me pegaría un tiro antes de leerla y algunos de sus ayudantes es posible que también. Tendrás que hacerlo tú, Carl.

—¿Dónde estás? ¿En casa de Al?

—Sí.

—Ahora voy. Y llevaré a Ganzer para que detenga a Al. Tranquilo. Hank no disparará contra ti. He estado razonando con él y admite que otra persona pudo haber metido los cuerpos en tu coche. Y cuando le diga que Grainger ha confesado, nos escuchará.

—Pero ¿y Kates? Por cierto ¿cómo es que has hablado con Hank Ganzer?

—Me llamó preguntando por Kates. Hace dos horas que Kates lo dejó para volver a la oficina, pero allí no llegó y nadie sabe dónde está. Tú no te preocupes, Kates no te disparará si estás conmigo y con Ganzer. Enseguida voy.

Telefoneé a Pete y le conté que se habían abierto las puertas del infierno y teníamos una noticia que podíamos publicar, una incluso más importante y mejor que la que se nos había escapado. Contestó que bajaría enseguida al taller para encender el fuego bajo el recipiente del metal fundido de la linotipia.

—De todos modos ya salía, Doc. Son las siete y media —me dijo.

Tenía razón. Miré por la ventana y vi que ya era de día. Me senté a esperar, muerto de miedo, hasta que aparecieron Carl y Hank.

Cuando llegué a la oficina eran las ocho. Al ver la confesión, Hank dejó que Carl y yo lo convenciéramos para que Grainger le contase cualquier detalle que le faltara por saber y así yo pudiese sacar el periódico a tiempo. Iba a tardar dos horas, tranquilamente, en redactar semejante noticia y lo más probable es que entráramos tarde en prensa.

Pete empezó a dismantelar la primera plana para hacerle sitio al notición... mucho sitio. Yo llamé a la cafetería, los convencí para que me enviaran un termo grande de café bien cargado y empecé a aporrear mi máquina de escribir. Sonó el teléfono y lo cogí.

—¿Doctor Stoeger? Soy el Doctor Buchan, del manicomio. Ayer fue usted tan amable al aceptar no publicar la noticia sobre la huida y captura de la señora Griswald, que me ha parecido de lo más justo llamarle ahora para decirle que, al final, puede usted sacarla, si aún está a tiempo.

—Estoy a tiempo —respondí—. Vamos a entrar tarde en prensa de todas formas. Gracias. Pero ¿por qué? Creí que la señora Griswald no quería preocupar a su hija, la que vive en Springfield.

—Su hija ya lo sabe. Una amiga suya que vive aquí, a la que fuimos a ver mientras buscábamos a nuestra paciente por si sabía algo de ella, la telefoneó para contárselo. La hija, a su vez, llamó al manicomio para asegurarse de que su madre se encontraba bien. Así que ya lo sabe y no importa que usted publique la noticia.

—De acuerdo, doctor Buchan. Muchas gracias por llamar.

Me concentré otra vez en la máquina de escribir. Llegó el café y del primer sorbo vacié casi una taza entera, por lo que estuve a punto de escaldarme.

La noticia del manicomio era de las que se escriben rápido y podía sacármela de encima enseguida, así que la redacté primero. Acababa de terminarla cuando volvió a sonar el teléfono.

—¿Es usted el señor Stoeger? —me preguntó una voz—. Soy Ward Howard, supervisor de la Compañía Pirotécnica. Ayer tuvimos un pequeño accidente en la planta y me gustaría que sacara usted una noticia breve, si no es demasiado tarde.

—No lo es —respondí—, si el accidente se produjo en el departamento de velas romanas. ¿Fue allí?

—Ah, entonces ya lo sabía usted. ¿Conoce los detalles o necesita que se los pase?

Le pedí que me los diera, tomé nota y luego le pregunté por qué querían que publicásemos la noticia.

—Se debe a un cambio de política, señor Stoeger. Verá, se han oído toda clase de rumores en la ciudad sobre accidentes ocurridos en la planta que no son ciertos. La gente cree que se producen accidentes y que nosotros evitamos que se publiquen. Por eso hemos decidido que si se publican los accidentes que de verdad ocurren, se acabarán los rumores y las falsedades.

Le dije que lo entendía y le di las gracias.

Me tomé otro café y trabajé un rato en la noticia de los asesinatos de Bonney, Harrison y Smith, luego intercalé la del departamento de velas romanas y después volví a la gran exclusiva.

Ya sólo me faltaba...

Entró el capitán Evans, de la Policía del Estado. Levanté la mirada hacia él y a cambio recibí una sonrisa.

—No me lo diga —me adelanté—. Ha venido a comunicarme que, al final, puedo publicar la noticia del paseo que Smiley y yo dimos con los dos gánsters y de cómo Smiley capturó a uno y mató al otro. Es justo lo que me hacía falta. Así podré pasar a otras páginas cosas menos importantes.

Volvió a sonreír y cogió una silla. Se sentó, pero no le hice caso y seguí tecleando.

Luego se echó el sombrero hacia atrás y dijo con calma:

—Así es, Doc.

Cometí cuatro erratas en una palabra de tres letras y me lo quedé mirando.

—¿Cómo? —dije—. Yo estaba de broma.

—Tal vez usted sí, pero yo no. Puede publicar la noticia. Hace dos horas que detuvieron a Gene Kelley en Chicago.

Solté un gruñido de felicidad y volví a mirarlo.

—Pues entonces haga el favor de marcharse ya —le dije—. Tengo mucho trabajo por delante.

—¿No quiere que le cuente el resto de la historia?

—¿Qué resto? No necesito saber los detalles de cómo detuvieron a Kelley, me basta saber que lo han detenido. Desde mi punto de vista, eso no está relacionado con las noticias locales. Lo que sí pertenece al ámbito local es lo que les pasó aquí a George y a Bat... y a Smiley a mí. Así que, largo.

Tecleé una frase más y solté:

—Doc.

El tono en que lo dijo me llevó a apartar las manos del teclado y concentrar mi mirada en él.

—Doc, tranquilícese. Es una noticia local. Hay una cosa que no le conté anoche porque era demasiado local y demasiado candente. Una cosa que le sacamos a Bat Masters. No iban directos a Chicago ni a Gary. Pensaban ocultarse a pasar la noche en un escondrijo para delincuentes. Se trata de una granja que dirige un hombre llamado George Dixon, en la sierra, en un lugar aislado. Sabíamos que Dixon tenía antecedentes, pero nunca pensamos que llevase un refugio para forajidos. Anoche hicimos una redada. Detuvimos a cuatro criminales de los que buscaban en Chicago y, entre otras cosas, encontramos varias cartas y otros documentos que nos dijeron dónde se encontraba Gene Kelley. Telefoneamos a Chicago y lo detuvieron, así que ya puede publicar el artículo porque los demás miembros de la banda no acudirán a la cita en el hotel. Pero nos conformamos con haber sacado a Kelley de la circulación y con todo lo demás que conseguimos en la granja de Dixon. Por eso se trata de una noticia local, Doc. ¿Quiere que le dé los nombres y esas cosas?

Claro que los quería. Lo quería todo. Cogí un lápiz. Lo que no sabía es dónde iba a meter el artículo. Evans habló durante un rato y yo tomé notas hasta que no necesité saber nada más y le dije:

—Por favor, no siga. Me voy a volver loco.

Se rió y se puso en pie.

—De acuerdo —dijo. Caminó hacia la puerta y se volvió cuando ya casi había salido—. Entonces no le interesa saber por qué hemos detenido al sheriff Kates.

Salió y había empezado a bajar las escaleras cuando lo cogí y lo hice volver a

rastras.

Dixon, que dirigía el escondite para delincuentes, pagaba a Kates a cambio de su protección y tenían pruebas. Al sufrir la redada, pensó que Kates lo había traicionado y habló. La Policía del Estado se dirigió a la oficina de Kates y lo pilló a las seis de la mañana, cuando entraba en el edificio del Juzgado.

Pedí que trajeran más café.

Sólo se produjo una interrupción más y fue justo antes de que por fin cerrásemos los moldes a las once y media. Clyde Andrews llamó y me dijo:

—Doc, quiero darte otra vez las gracias por lo que hiciste anoche y decirte que el chico y yo hemos hablado largo y tendido y todo saldrá bien.

—Me alegro muchísimo, Clyde.

—Otra cosa, y espero no darte una mala noticia. Confío en que no estuvieras pensando en venderme el periódico, porque he recibido un telegrama de mi hermano, desde Ohio. Ha decidido aceptar la oferta que le han hecho, por lo que ya no necesito comprar. Si tenías pensado vender, lo siento de verdad.

—No te preocupes, Clyde. No cuelgues aún. Voy a incluir un anuncio en el periódico para ponerlo en venta. —A Pete, que estaba al otro extremo del taller, le grité—: Oye, Pete, haz un hueco en alguna parte y añade un anuncio en tamaño sesenta que diga: “En venta el *Carmel City Clarion*. Precio, un millón de dólares”. Volví al teléfono—. ¿Lo has oído, Clyde?

Se rió.

—Me alegro de que pienses así. Oye, una cosa más. Me acaba de llamar el señor Rogers. Dice que se ha enterado de que los Scouts van a utilizar el gimnasio de la iglesia el próximo martes, en lugar de este. Así que, al final, sí que vamos a celebrar el rastrillo benéfico. Si aún no has entrado en prensa y si no tienes bastantes noticias para llenar el hueco...

Casi me atraganto, pero conseguí decirle que incluiríamos la noticia.

A las doce y media bajé al bar de Smiley con el primer periódico salido de imprenta en las manos. Lo iba sosteniendo con el mayor de los cuidados.

Lo deposité sobre la barra, muy orgulloso.

—Lee —le dije a Smiley—. Pero antes, saca la botella y un vaso. Estoy medio muerto y hace casi seis horas que no bebo. La tensión no me deja dormir. Necesito tres tragos cortos.

Me tomé los tres tragos mientras Smiley leía los titulares.

La habitación empezó a moverse un poco y comprendí que debía meterme en la cama lo antes posible.

—Buenas noches, Smiley —dije—. Ha sido un placer conocerte. Tengo que...

Me dirigí hacia la puerta.

Smiley dijo:

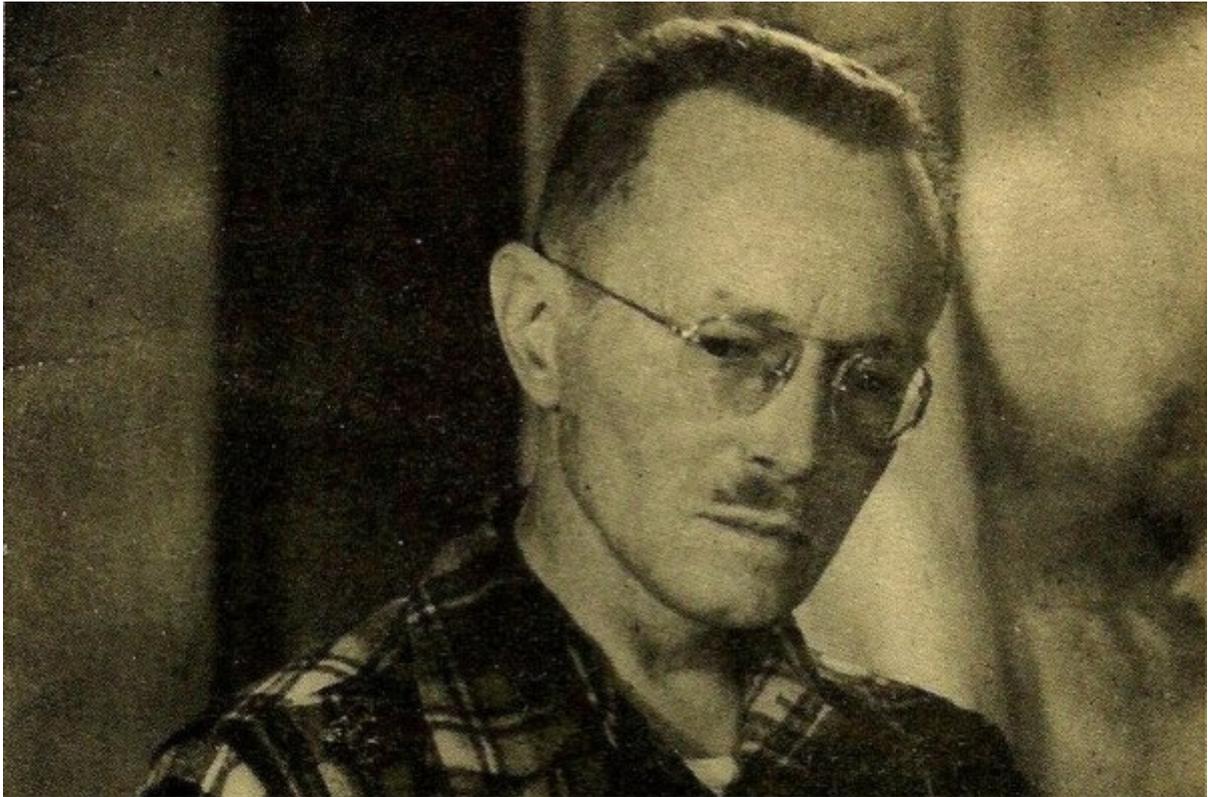
—Doc, deja que te lleve a casa en coche.

Su voz parecía venir desde muy lejos. Vi que se dirigía al extremo de la barra para

salir al bar.

—Doc —decía—, siéntate y espera, que ya voy. Te vas a caer de bruces.

Pero el taburete más próximo se encontraba a varias millas de distancia, a través del pentelleo, y los escurrosos tovos aspeaban la matambecida. La advertencia de Smiley había llegado con un segundo de retraso.



FREDRIC BROWN (Cincinnati, Ohio [USA], 1906 - Tucson, Arizona [USA], 1972). Mencionado por San Lundwall como autor de uno de los más cortos relatos jamás escritos (tres párrafos), Fredric Brown cuenta con una especial reputación basada en su humor y superlativa sátira que impregna la mayor parte de su obra. «Placet is a Crazy Place» (1946, recogido en la antología *Angels and Starships*, 1954) es uno de los más altos pilares entre todos los mundos de cómica improbabilidad de la ciencia ficción.

Nació en Cincinnati en 1906, empezando a trabajar como oficinista y, posteriormente, como lector de pruebas y periodista antes de convertirse en escritor profesional en 1947. Gran parte de su obra fue dedicada a la ciencia ficción, logrando un puesto puntero en el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción antes de su muerte, en 1972. Su novela *What Mad Universe* (1949; *Universo de locos*), considerada como su mejor obra, es una sátira sobre un universo paralelo. Entre sus otras novelas merecen destacarse *The Lights in the Sky are Stars* (1953; *Por sendas estrelladas*), *Rogue in Space* (1957; *Vagabundo del Espacio*), *The Mind Thing* (1961; *La Mente asesina de Andrómeda; El Ser Mente*) y *Martians, Go Home* (1955; *Marciano, vete a casa*). Casi toda la obra corta de Fredric Brown, de la que parte ha sido publicada en colaboración con Mack Reynolds, puede encontrarse en: *Space on my Hands* (1951; *Amo del espacio*), *Honeymoon in Hell* (1958; *Luna de Miel en el Infierno*), *Nightmares and Geezenstacks* (1961; *Pesadillas y Geezenstacks*), *Daymares* (1968).